Juliana de Norwich

Libro de visiones y revelaciones

edición y traducción de María Tabuyo

En los mismos años en que al sexo femenino le estaba prohibido enseñar en público, de palabra o por escrito, a menos que su instrucción hubiera sido cuidadosamente examinada, una mujer, encerrada en una celda adjunta a la iglesia de Saint Julian (Norwich, Inglaterra), se dedicó a escribir uno de los libros más fascinantes de los últimos siglos. No le puso ningún título, de ahí que haya llegado hasta nosotros simplemente como A book of Showings to the Ancboress Julian of Norwich. Sus páginas nacieron fruto de las revelaciones que Juliana recibió el 13 de mayo de 1373, a los treinta años de edad, en el transcurso de una enfermedad que la llevó a las puertas de la muerte. Convencida entonces de que tenía algo importante que decir, escribió un primer texto, breve, apenas cincuenta páginas. Luego, durante veinte años, reflexionó sobre lo escrito y lo vivido, y al fin, lograda la certeza, elaboró un nuevo texto en el que recogía, ahondaba y ampliaba el anterior.

Contemporánea de Chaucer, el libro se inscribe en la gran corriente mística inglesa medieval, en la que sobresale por su rigor y claridad intelectual. Su lenguaje, pleno de armonía, aúna visión y reflexión, conocimiento y amor, deseo y libertad, poesía y pensamiento. Valores que, a pesar del amplio periodo de tiempo en que permaneció olvidado, rescataron autores como T. S. Elliot, quien llega a citar textualmente a Juliana en sus célebres Cuatro Cuartetos, en el poema «Little Gidding». Largo tiempo ignorado, el libro despierta hoy pasiones merecidas, celebrado como obra cumbre de la mística y la teología occidentales.

Introducción

Juliana de Norwich (1342-¿1416?)

... le está prohibido al sexo femenino [...] (ITim 2, 12) enseñar en público, sea de palabra o por escrito [...] Todas las enseñanzas de las mujeres, en especial la enseñanza formal de palabra o por escrito, debe ser tenida bajo sospecha a menos que haya sido cuidadosamente examinada y mucho más plenamente que la de los hombres. La razón es clara: la ley común —y no cualquier ley común, sino la que viene de lo alto— se lo prohíbe. ¿Y por qué? Porque ellas son fácilmente seducidas, y seductoras decididas: y porque no está probado que sean testimonio de la gracia divina.

Jean Gerson (1363-1429)

En los mismos años en que el cardenal Gerson pronuncia y trata de imponer estas palabras, una mujer, encerrada en una celda adjunta a la iglesia de Saint Julian (Norwich, Inglaterra), se dedica a escribir uno de los libros más fascinantes de los últimos siglos. Convencida de que tiene algo importante que decir —recibió una revelación de Dios— ha escrito un primer texto, breve, apenas cincuenta páginas; luego, durante veinte años, reflexiona sobre lo escrito y lo vivido, y al fin, lograda la certeza, elabora un nuevo texto en el que recoge, ahonda y amplía el anterior. No le dio ningún título, y llega hasta nosotros simplemente como *A book of Showings to the Anchoress Julian of Norwich*.

El libro esconde un tesoro, y como los tesoros de los que hablan las leyendas permaneció oculto a las miradas indiscretas; largo tiempo ignorado, despierta hoy pasiones merecidas. Celebrado como obra cumbre de la mística y la teología occidental (T. Merton[1]), T. S. Eliot recibe de él la inspiración que transluce *Little Gidding*[2], el último de sus *Cuatro Cuartetos*, donde las palabras e imágenes de Juliana articulan el poema, para concluir en un auténtico homenaje:

Así, mientras declina la luz

en una tarde de invierno, en una capilla apartada

la historia es ahora y es Inglaterra.

---

[1] T. Merton, *Mystics and Zen Masters*, New York, 1967. *Conjectures of a Guilter Bystander*, New York, 1968.

[2] T. S. Eliot, *Cuatro Cuartetos*, ed. bilingüe de Esteban Pujáis Gesalí, Cátedra, Madrid, 1987; T. S. Eliot, *Poesías reunidas 1909-1962*, versión española e introducción de José María Valverde, Alianza Editorial, Madrid, 1978.

Con la atracción de este Amor y la voz de esta Llamada

[•••I

Aprisa, aquí, ahora, siempre...

Estado de simplicidad completa

(que cuesta nada menos que todo)

y todo acabará bien, y

cualquier cosa, sea cual sea, acabará bien

cuando las lenguas de llama se entrelacen

en el nudo de fuego coronado

y el fuego y la rosa sean uno.

Reclusa, mística y visionaria

Poco sabemos de la vida de Juliana, tan sólo lo que ella cuenta, y esto se refiere especialmente a su experiencia: lo que deseó, lo que vio, lo que oyó, lo que preguntó... y pocos datos más, suficientes no obstante para situarla. Recibió sus revelaciones el 13 de mayo de 1373, a los treinta años y medio de edad, en el transcurso de una enfermedad que la llevó a las puertas de la muerte. El copista de la primera versión de las *Visiones* afirma que en 1413 vivía todavía, como reclusa en Norwich; en este mismo manuscrito se nos dice que su madre y otras personas estaban a su lado en el momento de la enfermedad. Nada más. No sabemos dónde nació, si se casó, cuándo se convirtió en reclusa, cuándo murió; ni siquiera su nombre es seguro, pues tal vez lo tomó de la iglesia de Saint Julian junto a la que se recluyó. Por los archivos de la ciudad de Norwich tenemos noticia de algunas donaciones hechas a Juliana; la primera está fechada en 1394, lo que parece indicar que en ese tiempo era ya anacoreta; un legado de 1404 menciona a su sirvienta Sara, y otro de 1415 nombra, además de Sara, a Alicia, «en ocasiones su criada». El último de los testamentos que se refiere a Juliana por su nombre es de 1416; después —1423,1429— se hablará simplemente de la reclusa de Saint Julian, lo que hace suponer que Juliana había muerto.

Todo empezó con el deseo

Esta revelación fue concedida a una criatura simple e iletrada, viviendo en su carne mortal, en el año de nuestro Señor 1373, el día 13 de mayo; y antes de esto, ella había deseado tres gracias (c. 2).

La aventura visionaria de Juliana empezó con el deseo, palabra clave en su obra que repite una y otra vez. No fundó una orden religiosa, no tuvo, que sepamos, una vida social relevante, simplemente deseó y vio; y escribió lo que vio. Juliana deseó, nos dice, y deseó tener un deseo ardiente, y se encontró con el deseo ardiente de Dios.

Su experiencia visionaria ocupó poco más de veinticuatro horas, pero Juliana necesitó veinte años para comprender cabalmente sus visiones. Fruto de todo ello son las dos versiones de su único libro; una, la más breve, la más apegada a la experiencia inicial; la segunda, más larga, en la que recoge las reflexiones realizadas en esos veinte años con su inteligencia iluminada, pues Dios le ha abierto «los ojos del entendimiento». Entre ambas versiones se puede apreciar la transformación que sufre Juliana en ese tiempo. La mujer que habla de sí misma como de una criatura «débil y frágil», que no se considera maestra, pues es «tan sólo mujer», y por tanto «iletrada», adquiere con los años confianza en sí misma, acepta su papel convencida de que la revelación recibida, así como su interpretación, es realmente revelación de Dios dirigida a todos los seres, sin distingos jerárquicos, y ello aunque su enseñanza roce o rompa los límites marcados por la doctrina oficial. Escribe no como teóloga ni para teólogos, sino para la gente sencilla, para sus semejantes cristianos, para «todos aquellos que serán salvados», expresión que terminará por incluir a la humanidad toda.

Dice que era iletrada, como tantas otras místicas y visionarias, desde Hildegarda de Bingen a Teresa de Jesús, pero ése es un recurso habitual en épocas difíciles. Cierto es que entonces el término se utiliza para designar a quienes no saben latín, pero lo es también que en las disputas de los maestros de la teología escolástica de los siglos XIII y XIV se planteó a menudo la cuestión de si las mujeres podían enseñar; la respuesta fue negativa. Así, más que señal de humildad, como a menudo se afirma, será un artificio utilizado especialmente por las mujeres para que sus palabras se escuchen, para que se las reconozca como receptáculo de la Sabiduría, defendiendo su derecho a hablar y tratando de protegerse de las más que posibles persecuciones. También Cristina de Pizán[3], contemporánea de Juliana, habrá de utilizar el tópico de la ignorancia en su larga polémica con los doctores de la universidad de París, y alegará, no sin ironía, su «pequeño saber» mientras escribe sin cesar.

En el caso de Juliana se advierte con claridad la ficción de tal afirmación. Primera escritora en lengua inglesa, muestra un gran dominio del lenguaje y las figuras retóricas, que adapta con maestría a la lengua naciente. En su obra se advierte su dominio de la Biblia, así como el conocimiento de la patrística, del Pseudo-Dionisio, de Guillermo de Saint Thierry y la literatura religiosa de la época; no es de descartar, dada la localización de Norwich y el momento histórico, la influencia de la mística renano-flamenca. Eckhart había sido condenado unos años antes, pero su influencia no disminuyó y su enseñanza pervivía a través de sus discípulos, especialmente Tauler y Suso. Pues en aquella época de fronteras fluctuantes, de continuos cambios políticos, de peregrinaciones y migraciones, se produce un fluido intercambio cultural. En el siglo XIV Norwich es una ciudad grande, la segunda del reino, llena de iglesias y órdenes religiosas: benedictinos, dominicos, carmelitas, franciscanos y agustinos; cuenta también con una comunidad de beguinas y gran número de ascetas y ermitaños. Puerto

[3] Cf. Cristina de Pizán, *La ciudad de las damas*, trad. de Marie-José Lemarchand, Siruela, Madrid, 1995. Régine Pernoud, *Cristina de Pizán*, trad, de María Tabuyo y Agustín López, Olañeta ed., 2000.

de mar, centro de cultura, de arte, música y literatura, es igualmente la ciudad de las iglesias, con cerca de doscientas dentro de sus murallas. Con gran actividad comercial, importante por su industria textil, mantiene estrechas relaciones con Flandes y Alemania; libros y pensamiento se difunden, se copian y leen en castillos y monasterios, donde se guardan y comentan. Por eso no es de extrañar que en esa atmósfera religiosa se tenga noticia de las místicas y visionarias de la época, de las beguinas perseguidas[4] y de las místicas que empiezan a ser reconocidas: Ángela de Foligno, Catalina de Siena o Brígida de Suecia, célebre por sus visiones y cuyo proceso de canonización se inicia en tiempos de Juliana. Esa atmósfera explica también la de otra manera inexplicable influencia de Raimundo Lulio (1235-1315) en la obra de Juliana, alguno de cuyos párrafos mantiene una semejanza tan estrecha con la obra de aquél que no se puede hablar de mera coincidencia.

Contemporánea de Chaucer, superior a éste en la prosa, el libro de Juliana se inscribe en la gran corriente mística inglesa medieval, junto a Richard Rolle (*Incendio de amor*), Walter Wilton (*La escala de la perfección*) y el tratado anónimo *La nube del no saber*, sin olvidar la obra de esa aventurera de Dios que fue Margarita Kempe, que visitó a Juliana en su reclusión y dejó testimonio de ello.

Mas a todas estas influencias, ciertas o no, impone Juliana su nota personal, su gran rigor y claridad intelectual. Su lenguaje, lleno de música, de armonía, aúna visión y reflexión, conocimiento y amor, deseo y libertad, poesía y pensamiento. Juliana pensó el mundo y su sentido, vio y experimentó lo que otros decían creer, y sin duda la vida de reclusión fue para ella de gran ayuda: las muchas horas de oración, de reflexión, de atención, ayudan a profundizar, a desnudar experiencia y pensamiento, enseñan a mirar y dan tiempo.

La vida de una reclusa

No sabemos en qué momento decide Juliana entrar en reclusión, solamente que fue después de su experiencia visionaria. La vida de anacoreta, reclusa o enmurada no tiene en aquella época el carácter sombrío que la distancia de los años puede dibujar. Existe una larga tradición eremítica cristiana, todavía viva, que sin embargo ha ido tomando formas diferentes en el transcurso de su historia. En los primeros tiempos, ya en los siglos III y IV, en Egipto, nos encontramos con la gran tradición de las madres y padres del desierto, de quienes se recogen las palabras; pero en el siglo XIV, tiempo de Juliana, las cosas han cambiado y la vida eremítica no se desarrolla necesariamente en lugares apartados, surge en medio de la ciudad, y en general no reviste los caracteres extremos en los que la hagiografía se ha recreado. Las celdas se construían junto a cementerios, castillos, murallas y puertas de la ciudad, en el campo o, lo que era más frecuente, adosadas a una iglesia; habitualmente constaban de dos habitaciones, locutorio y dormitorio, con dos ventanas, a veces tres: una daba a la

---

[4] Cf. *El lenguaje del deseo. Poemas de Hadewijch de Amberes*, ed. y trad, de María Tabuyo, Trotta, Madrid, 1999.

iglesia o capilla, desde donde la reclusa podía seguir la misa, los oficios, y recibir la comunión; desde la otra recibía a quienes acudían a verla para solicitar su consejo y enseñanza. Ser reclusa no significaba vivir sola, y era habitual tener una sirvienta, como ya hemos visto en el caso de Juliana; también se podía tener un gato y en algunos casos un pequeño jardín.

Si bien no existía una regla universal para cenobitas, en la Edad Media circularon algunos tratados —especialmente en Inglaterra— entre ellos el de Elredo de Rievaulx, compuesto para su hermana; poco después, principios del siglo XIII, se escribe la *Ancrene Riwle*, probablemente en vigor en tiempos de Juliana y que sigue y amplía el tratado anterior; por ellos podemos conocer algunas de las características de este tipo de vida, tan popular en la época que se contaba entre los oficios y ocupaciones del momento. El rito de enclaustramiento se asemeja en alguna medida al de un entierro, simbolizando de esta manera la voluntad de la mujer de morir para el mundo; se producía entonces la entrada en la reclusión, en la que, al menos en teoría, habría de permanecer hasta la muerte física. La reclusa hacía voto de celibato, obediencia y estabilidad, pero no se menciona el voto de pobreza. Era habitual, aunque no obligatorio, que la reclusa hubiera pertenecido antes a una orden religiosa, pero no siempre sucedía así, pues se conocen muchos casos en los que quien elegía esa forma de vida hubiera pertenecido antes a la corte. La *Ancrene Riwle*, escrita en principio para tres damas, hace hincapié en la confesión y la penitencia, temas muy presentes tras el concilio de Letrán de 1215, que exigía confesarse y comulgar por lo menos una vez al año, en Pascua.

En teoría, todo estaba regulado. La alimentación, consistente en verduras, mantequilla, aceite, leche, y una medida de cerveza o vino; esta dieta podía ampliarse en tiempos que no fueran de ayuno con fruta y pescado. El vestido, sencillo y preferentemente negro o blanco. El tiempo, de oración, de silencio, de ayuno, de meditación. Pero conocemos por Elredo el caso de la reclusa que desde su ventana se dedica a enseñar a las niñas, o el de aquellas que desde su celda seguían celosamente la administración de sus bienes.

Sea como fuere, la cenobita gozaba de gran consideración y respeto, y era habitual que acudieran a recibir su consejo todo tipo de gentes, desde los grandes del reino a los más humildes, por lo que nos encontramos con mujeres bien informadas e influyentes. La vida de reclusa era reputada como una orden religiosa, no sujeta a nadie sino al obispo, lo que en cierta medida podía procurar una libertad de la que no gozaban quienes dependían de abades o abadesas. El aislamiento, con toda su dureza, permite sin embargo una organización propia, adecuada a las necesidades de cada cual; proporciona además el silencio y el tiempo imprescindibles a toda creación. El propósito de la vida de reclusión no es un ascetismo heroico, sino la apertura total a Dios, lejos del ruido y las distracciones mundanas, y si bien era una vida rigurosa, no era necesariamente extrema e inhumana.

Todavía hoy se puede visitar la celda en que viviera Juliana, reconstruida por segunda vez tras su destrucción por la aviación alemana durante la segunda Guerra Mundial.

Un tiempo de calamidades

Juliana vivió en un tiempo difícil, si es que alguno no lo es. Por su texto sabemos que nació en 1342, cinco años después de que estallara la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra; de 1309 a 1377 se produce la estancia de los papas en Aviñón, lo que en la historia de la Iglesia se conoce como la Cautividad de Babilonia; en 1378, cinco años después de las primeras visiones, el gran Cisma de Occidente: dos Iglesias enfrentadas, dos papas, un tercer papa elegido en 1409, hasta la resolución final del conflicto en 1417, fecha aproximada de la muerte de Juliana. Es tiempo también de revueltas y conflictos sociales, de numerosas disputas religiosas, de contestación a la Iglesia y al papado, al que se considera absolutamente corrompido. En Inglaterra, Wycleff (1330-1384) denuncia al papa como el Anticristo, capitán del ejército del diablo, y distinguirá entre la Iglesia espiritual invisible, pobre, humilde, amorosa, verdadera seguidora de Jesús, y la Iglesia jerárquica, orgullosa y pervertida, infiel al Evangelio. Sus seguidores, los lolardos, junto con obreros y campesinos, llenan las calles de Norwich, atacan y toman la ciudad. El obispo Henry Despenser dispone su persecución y logra aplastar a los rebeldes; su cabecilla, Geoffrey Lister, es ahorcado, después se descuartiza su cuerpo, se arroja una parte ante su casa la otra se cuelga a las puertas de la ciudad. Terminada la matanza, el obispo celebra una misa de acción de gracias en la catedral. Todo ello sucede muy cerca de Juliana: su celda se encuentra a media milla de allí, al otro lado del río.

A la crisis religiosa se suman catástrofes de todo tipo. La sucesión de hambres, epidemias y catástrofes naturales que se abaten sobre Europa tiene consecuencias dramáticas para una sociedad que hasta el siglo XIII parecía destinada a un futuro de prosperidad. La Gran Peste de los años 1347-1349 marca un punto trágico que permanece en la memoria de los pueblos; todas las crónicas de la época hablan de ciudades destrozadas, aniquiladas, de gentes espantadas, casas, calles y hospitales llenos de cadáveres a los que no hay ni manos ni tiempo para enterrar; difícil parece cifrar las pérdidas: se calcula que al menos un tercio de la población de la Europa occidental murió víctima de aquella epidemia.

La Peste Negra asola Norwich en tres oleadas sucesivas, de 1348 a 1369, e Inglaterra ve diezmada su población. Las consecuencias económicas y sociales son terribles. Cultivos arruinados, cosechas escasas, aumento de tasas e impuestos municipales, carestía, provocan el descontento, que estalla en levantamientos populares duramente reprimidos; en 1381 es ejecutado, entre otros, el sacerdote John Ball, uno de los líderes de la revuelta de los campesinos, que quiso hacer realidad el sueño igualitario medieval; conocida y repetida era su frase: «Cuando Adán cultivaba la tierra y Eva

hilaba, ¿dónde estaban los señores?»[5]. Y el descontento continúa. El pesimismo y la negrura de esa época de hambrunas y epidemias, de ese «tiempo de calamidades», como algunos contemporáneos lo denominaron, toma cuerpo en las corporaciones de flagelantes que recorren las ciudades de Inglaterra y encuentra su reflejo en ese arte fascinado por la muerte que tan honda huella dejaría en la espiritualidad, pero también en la imagen del Jesús pobre —campesino, artesano, trabajador—, el Cristo de los oficios que aparece en la pintura popular rodeado de sus útiles de trabajo. La carga de profundidad de esa identificación llevará a la Iglesia a modificar la orientación de sus sermones; a no mucho tardar el pobre, confundido ya con el hereje, desaparecerá de la predicación.

El universo visionario: «todo acabará bien»

A nada de ello es ajena Juliana, que en su reclusión reflexiona sobre todo aquello de lo que ha sido testigo. La experiencia visionaria había cambiado su vida, pero la vida no había cambiado. Su deseo se había cumplido en la experiencia del dolor y el sufrimiento —su enfermedad—, con la percepción de los límites de la vida; ahí se liberó del miedo gracias a la revelación recibida en la visión: no obstante el pecado, no obstante el dolor y el sufrimiento del mundo, «todo acabará bien». Partió de la visión dolorista de la pasión de Cristo para terminar descubriendo que «hay escondido en Dios un elevado y maravilloso misterio». Ésa es la gran lección aprendida, el misterio del amor infinito, inabarcable, que nada descuida y en todo está presente. Pero permanece la gran pregunta, cómo compaginar el sufrimiento atroz, la violencia, la muerte, con ese amor infinito que se le revela.

Juliana aceptará sus visiones no sin un punto de duda y cuestionamiento al principio («he estado delirando»). Todo sucedió súbitamente, palabra recogida una y otra vez en el texto; súbitamente el dolor, súbitamente la dicha, súbitamente la palabra formada en el entendimiento, la visión corporal, la visión espiritual... hasta que llegó a comprenderlas como revelación de Dios. El deseo desencadenó la visión no como algo externo, sus mismos huesos se estremecen, pues la visión es experiencia que toca el cuerpo y la existencia, el tiempo y el espacio. En esa primera visión se encuentran y entretejen y fundamentan todas las demás; se trata de una única revelación desplegada en el tiempo, en el tiempo de las visiones, pero también en el tiempo de la vida, que sigue ahondando e iluminando la visión. Juliana contempla a Dios como un intercambio

---

[5] En la época medieval, la atmósfera religiosa impregna la vida social, y el clero pobre toma parte en las revueltas populares frente al poder de los señores y de la Iglesia. Los sermones igualitarios, fundamentados en la Biblia, son entonces habituales; por ejemplo éste, también atribuido a John Ball: "Y si todos descendemos de un mismo padre y de una misma madre, Adán y Eva, ¿cómo pueden los señores decir o probar que ellos son más señores que nosotros, salvo porque nos hacen cavar y cultivar el campo para luego despilfarrar lo que producimos? Visten de terciopelo y seda, con forros de piel de ardilla, nosotros nos cubrimos con toscas telas. Tienen vinos, especias y pan blanco, nosotros sólo centeno, salvado y paja, y agua para beber. Tienen hermosas residencias y castillos, nosotros afanes y trabajos, siempre en los campos bajo la lluvia y la nieve. Pero de nosotros y de nuestro trabajo proviene todo aquello con lo que mantienen su pompa y su boato".

continuo, como una melodía ininterrumpida en la que todo es interrelación, movimiento, es el Amor increado que crea el amor que siempre estuvo en el amor. Es la unidad y la armonía divina manifestándose en múltiples formas que, tomadas por separado, son ruptura y angustia y dolor; en la mente de Juliana se va abriendo paso la nueva comprensión: «en la humanidad que será salvada todo está incluido, quiero decir, todo lo creado y el creador de todo, pues en el ser humano está Dios y Dios está en todo» (c. 9). No huye del dolor, de la contradicción, de la atrocidad de su mundo, y se atreve a preguntar, a gritar a su Dios; no se refugia en un intimismo autosatisfecho, utiliza su razón iluminada, ampliada, tratando de comprender. Examinará los problemas una y otra vez, desde distintos ángulos, en esa escritura circular que se va abriendo, retomando, en un ritmo creciente. Plantea su pregunta, su inquietud, reflexiona, la enriquece, desaparece, la vuelve a retomar, la amplifica, la transforma, crece... en una espiral que se abre hacia el infinito, y vuelve de nuevo a la visión.

Éste es el problema mayor para el lector moderno. Se puede aceptar la enseñanza que Juliana quiere transmitir, pero resulta inaceptable el modo en que esa enseñanza se produjo y se transmite: «Todo ello me fue mostrado por visión corporal, por palabras formadas en mi entendimiento, y por visión espiritual» (c. 9); sin visiones no existiría ni libro ni enseñanza. María Zambrano[6], nos brinda una clave de aproximación a la experiencia visionaria:

> *TODO es revelación, todo lo sería de ser acogido en estado naciente. La visión que llega desde afuera rompiendo la oscuridad del sentido, la vista que se abre, y que sólo se abre verdaderamente si bajo ella se abre al par la visión. Cuando el sentido único del ser se despierta en libertad, según su propia ley, sin la opresiva presencia de la intención, desinteresadamente [...] Se enciende así [...] la visión como una llama. Una llama que funde el sentido hasta ese instante ciego con su correspondiente ver, y con la realidad misma que no le ofrece resistencia alguna.*

Visión y revelación unidas, entretejidas, en libertad. Y en libertad se mueve Juliana, y la realidad se le abre. Hay un solo mundo, una sola realidad, que no se muestra a todos por igual. La realidad que describe Juliana es una realidad abierta, inclusiva, multidimensional, que acepta los contrarios sin anularlos; una realidad a primera vista caótica y contradictoria —la realidad es siempre más compleja de lo que puede parecer— y la visionaria acepta esa complejidad con una sabiduría y una lucidez inmensas.

En su obra describe lo que ve; narra e interpreta lo que narra en primera persona, pues es ella la que ve, pero sin los tintes poseedores de la confesión: la visión es para todos, no tiene dueño. La diferencia entre la confesión y el relato visionario estriba precisamente en la diferente interpretación de la «experiencia». La confesión

---

[6] María Zambrano, *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona, 1977, p. 51.

reduce la experiencia a «mi» experiencia, el relato sin embargo es narración de los sucesos experimentados, excluyendo el subjetivismo sentimental, siempre utilizable y sometible; es contemplación y narración de lo contemplado[7]. En la confesión, el corazón es el lugar de los sentimientos; en el relato visionario es el lugar de la visión:

> *Y entonces nuestro buen Señor abrió mi ojo espiritual, y me mostró mi alma en el centro de mi corazón. Y vi el alma tan grande como si fuera una ciudadela infinita, y también como si fuera un reino bienaventurado, y tal como la vi, comprendí que es una ciudad excelente. En el centro de esa ciudad se sienta nuestro Señor Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre (c. 68).*

1.a visión se fija como imagen, cifra de lo esencial, a la que es posible acudir una y otra vez. En el capítulo 51 de su obra Juliana refiere cómo, después de 20 años menos tres meses, vuelve a prestar atención a todos los detalles. A partir de ahí, ahonda y se libera en una experiencia transformada en la contemplación, hasta encontrar en el centro de sí y de todo lo que es, en el fondo, suelo [*ground*], el fundamento, que es Dios y es amor, y lo dirá de muchas maneras[8].

Recepción: ambiente de sospecha

> *[...] soy una mujer, ignorante, débil y frágil. Pero sé muy bien que lo que digo lo he recibido por revelación de aquel que es el soberano maestro. [...] ¿Pero debo pensar que por ser mujer no debería hablaros de la bondad de Dios, cuando vi al mismo tiempo que él quiere que su bondad se conozca? (TB c. 6).*

Por razones que desconocemos, las palabras anteriores no aparecen en el texto largo (TL) de las *Visiones*; algo debió de suceder en ese lapso de tiempo. Por otra parte, y gracias a testimonios de sus contemporáneos, sabemos que, en vida, Juliana fue una mujer admirada y respetada por su sabiduría, pero, a diferencia de lo sucedido con otros escritos de la época, su obra desapareció pronto de la circulación y su recuerdo se

---

[7] Sobre el tema visionario, H. Corbin sigue siendo el autor más profundo y con intuiciones mayores. Cf. Henry Corbin, *Avicena y el relato visionario*, trad. de Agustín López y María Tabuyo, Paidós, Barcelona, 1995; *La imaginación creadora en el sufismo de Ibn 'Arabi*, trad. de María Tabuyo y Agustín López, Destino, Barcelona, 1993; *L'Archange empourpré*, Fayard, Paris, 1976 (trad. parcial en *El encuentro con el ángel*, ed. y trad. de Agustín López, Trotta, Madrid, 2002. Siguiendo a Corbin, James Hillman, *El pensamiento del corazón*, trad. de Fernando Borrajo, Siruela, Madrid, 1999.

[8] No hay espacio para entrar en ello, pero es importante advertir, para quien quiera detenerse y meditarlo, que la obra visionaria de Juliana se inscribe en una larga tradición, no por desconocida inexistente, en la que muchos de los motivos de las Visiones adquieren su sentido pleno. Así sucede con toda su simbólica de números y colores, el tema del *Puer Aeternus* (decimoquinta revelación, c. 64), el castillo en el centro del corazón, el tesoro escondido, la visión en el fondo del mar, etc. Esa tradición, invisible, estaba muy viva en tiempos de Juliana, aunque se viviera en los márgenes y en los márgenes continúe hasta hoy; quiero también subrayar el hecho de que en esa tradición las mujeres ocupan, o deberían ocupar, un lugar importantísimo —Juliana es un claro ejemplo de ello—, aunque, lamentablemente, sus nombres hayan sido prácticamente olvidados. En cualquier caso, en tiempos de la reclusa de Norwich esas otras tradiciones estaban ya bajo sospecha, cuando no condenadas.

pierde en los siglos inmediatamente posteriores. Tan sólo existen cuatro manuscritos: uno del siglo XV[9], los otros tres más tardíos (siglos XVII y XVIII)[10]. La primera edición de la obra, probablemente basada en el manuscrito de París, está fechada en 1670 y se debe al benedictino Serenus Cressy, que la conoció gracias a las monjas benedictinas de Cambrai, establecidas en París tras el decreto de disolución de los monasterios dictado por Enrique VIII, de las que fue capellán; a su vez, éstas habrían copiado el texto a instancias de su anterior capellán, el benedictino inglés Agustín Baker. Por otra parte, de los dos manuscritos Sloane, el segundo fue copiado del primero en ese mismo monasterio, como también la selección que aparece en el manuscrito Upholland (una vez más, monjas y monasterios se revelan albergue de tesoros).

La escasez de copias y referencias no deja de provocar extrañeza, mas tal vez se pueda hacer algo de luz si se tienen en cuenta las circunstancias del momento, los indicios que aparecen en la obra y, no en último lugar, la obra en sí misma. Para algunos, ya durante su vida, o inmediatamente después de su muerte, hubo que ocultar el texto, o bien fue directamente prohibido. Para otros, se trata simplemente de que no despertó suficiente interés. En cualquier caso, la lectura detenida de las *Visiones* sugiere que la obra, y por tanto Juliana, pudo haber sido considerada peligrosa, posibilidad no baladí en aquellos tiempos.

La Iglesia estaba respondiendo con gran dureza a los desafíos que representaban Wycleff y los lolardos, y la represión fue especialmente brutal en Norwich. Enfrentados a Roma, predican y difunden la Biblia en lengua vernácula, en contra de la postura oficial; cierto es que existía ya alguna traducción, de uso muy limitado, pero no parece que la jerarquía eclesiástica estuviese interesada en su difusión, más bien al contrario, como pronto demostró armada de prohibiciones. El análisis minucioso del texto de Juliana revela su familiaridad con la Escritura, especialmente el evangelio de Juan y las cartas de Pablo, textos privilegiados en las traducciones lolardas, así como el uso de términos queridos a éstos[11], si bien no es éste un indicio categórico. Más importantes son los contenidos de su obra y el que, siendo mujer, se atreviera a escribir libremente cuando no se reconocía ese derecho a su género.

Afirma que no vio ni infierno ni purgatorio, y la doctrina hacía especial hincapié en estas «verdades». Se inscribe en una clara doctrina de la predestinación, pero a diferencia de san Agustín y de la doctrina oficial, su experiencia la lleva a afirmar una «predestinación positiva», un final feliz para todos los seres, pues «nuestro padre no puede, no quiere atribuirnos más culpa que a su amado Hijo» (c. 46), v -en la humanidad que será salvada está todo incluido, la creación v el Creador de todo», como repite constantemente. Además, su distinción entre el «juicio superior» de Dios y el

---

[9] Manuscrito de Amherst, corresponde al texto breve de las Visiones (en adelante, TB).
[10] Manuscrito de París y manuscritos de Londres (Sloane 2499 y Sloane 3705), que recogen el texto largo de las Visiones (en adelante, TL).
[11] Cf. Margaret Deansley, *The History of the Medieval Church 590-1500*, London, 1925; The Lollard Bible, Cambridge, 1920.

«juicio inferior» de la Iglesia recuerda a la establecida por Wycleff entre la Iglesia visible y la invisible, y no anda lejos de la «Iglesia pequeña» y la «Iglesia grande» de las que hablara Margarita Porete, quemada en la hoguera.

Mención aparte merece su gran construcción teológica, la parábola del señor y el servidor, donde Juliana establece la ecuación Cristo = Adán = la humanidad y, de alguna manera, condensa su pensamiento. El sueño igualitario que subyace en ese texto supera ampliamente lo que cualquier jerarquía está dispuesta a aceptar. Y por si algo faltara, en la figura del servidor, de honda raigambre bíblica, resuena «Piers Plowman», el personaje de Lagland que, más allá de las intenciones de su autor, adquiere en los levantamientos populares de 1381 un carácter netamente subversivo —el de justiciero de los pobres—, e identificará a éstos con la divinidad.

En realidad, es la misma perspectiva de Juliana, y el hecho de ser mujer, lo que casi necesariamente habría de resultar sospechoso a una Iglesia que en aquellos años no duda en afirmar:

> *La sacrosanta Iglesia romana [...] Firmemente cree, profesa y predica que nadie que no esté dentro de la Iglesia Católica, no sólo paganos, sino también judíos o herejes y cismáticos, puede hacerse partícipe de la vida eterna, sino que irá al fuego eterno que está aparejado para el diablo y sus ángeles [Mt 25, 41], a no ser que antes de su muerte se uniere con ella; y que es de tanto precio la unidad en el cuerpo de la Iglesia, que sólo a quienes en él permanecen les aprovechan para su salvación los sacramentos y producen premios eternos los ayunos, limosnas y demás oficios de piedad y ejercicios de la milicia cristiana. Y que nadie, por más limosnas que hiciere, aun cuando derramare su sangre por el nombre de Cristo, puede salvarse, si no permaneciere en el seno y unidad de la Iglesia Católica. [El subrayado es mío.]*
>
> *Concilio de Florencia (1438-1445)*

Dando la vuelta al mensaje de Jesús, contradiciendo incluso el mismo pasaje que cita, la Iglesia se erige en instancia suprema[12], por encima del Evangelio. No es extraño por tanto que el copista del manuscrito de Sloane (S 2499) advierta a los lectores para que no malinterpreten el texto según «la actitud de los herejes».

---

[12] La cosa viene de antiguo. Ya san Agustín, contra Pelagio, expresó ideas semejantes: «*Si un infiel viste a los que están desnudos, etc., actúa mal, aunque la obra sea buena. Pues los frutos de un árbol malo son malos*». Véase al respecto lo que dicen los pasajes evangélicos (Mt 25,36-46; 7,15-20) que parafrasea Agustín, contradiciéndolos. Simone Weil, comentando las palabras de Agustín, escribe: «*Esto es directamente contrario a Cristo, que dijo: Conoceréis el árbol por sus frutos — y no los frutos por el árbol. Es, por el contrario, completamente semejante a la actitud de los fariseos hacia Cristo. Es la idolatría social [...] Directamente contraria a la historia del samaritano (herejes de la época). Es totalitarismo*». Cf. Simone Weil, El conocimiento sobrenatural, trad. de Agustín López y María Tabuyo, Trotta, Madrid, 2003.

La misma Juliana parece consciente de la amenaza que se cierne sobre ella. Aun así, defiende su derecho a hablar, y habla con autoridad, como muestran los repetidos «yo vi» que jalonan el texto. Insistirá en que es «iletrada» e «hija de la Iglesia» —especialmente tras alguna afirmación arriesgada—, pero conviene recordar que desde su celda podían verse las llamas en las que muchos lolardos ardieron gracias al celo eclesial. Parece evidente que el hecho de ser mujer y atreverse a pensar, a escribir en libertad, contestando la enseñanza recibida y dominante, no fue tarea fácil. Frente a la lógica de la dominación, cuando las hogueras se encienden —y no es una metáfora— se hace necesaria una estrategia, y Juliana deberá desplegar toda su inteligencia, toda su sensibilidad. Tenaz, insistirá una y otra vez, cada vez con mayor dominio de sí, incluso en sus excesos; su lenguaje es sereno, su objetivo, inmenso. Su teología es una teología del amor llevada a sus últimas consecuencias.

Una teología del amor[13]

Juliana había partido de la religión recibida, de las imágenes y el lenguaje propios de su época, pero se encontró con su experiencia. Desde ella, teniendo ante sí el sufrimiento del mundo —simbolizado en el Crucificado—, se hace las grandes preguntas, aquellas por las que toda teología debe comenzar: qué o quién es Dios, qué o quién es el ser humano, por qué el mal y el pecado, qué sentido tiene la creación, es decir, la vida. Y se muestra una teóloga espléndida, conquistando paso a paso su libertad, sin dar nada por supuesto, como maestra consumada en el arte de la interpretación. Los temas centrales de la teología aparecen en su obra interpretados siempre desde la clave de ese amor infinito que se le revela, sin ninguna concesión, y esto la llevará muy lejos, quizá más de lo permisible.

En principio, su proceder no encierra novedad, pues es propia del cristianismo —fundamental en el cuarto evangelio— la definición de Dios como amor; pero a menudo el amor aparece como atributo, llegando incluso a solaparse bajo la imagen de un Dios lejano y cruel, el Dios del juicio y de la ira que tan sólo suscita miedo y sometimiento, Para Juliana no se trata de un atributo: amor es lo que Dios es, es decir, amor es el ser mismo de Dios; adquiere por tanto un carácter ontológico. Y puesto que amor es palabra dinámica, despliegue, efusión, movimiento, sufrimiento, alegría, búsqueda de unión, la visión y la interpretación de Juliana llevan, se podría decir que de manera natural, a la Trinidad. En la primera revelación (c. 4), en su visión de la Pasión, conoce y contempla el gran misterio cristiano:

> *Súbitamente la Trinidad llenó mi corazón con la mayor alegría [...] Pues la Trinidad es Dios, y Dios es la Trinidad. La Trinidad es nuestra creadora, la Trinidad es nuestra protectora, la Trinidad es nuestra amante eterna, la Trinidad es nuestra alegría infinita y nuestra dicha, por nuestro Señor Jesucristo y en nuestro Señor*

---

[13] Se podría, y quizá se debería, hablar con toda justicia de la «teosofía» de Juliana, pero esa perspectiva, necesaria, desborda los límites de esta introducción. Cf. lo apuntado en la n. 8.

> *Jesucristo. Y esto me fue revelado en la primera visión y en todas las demás, pues donde aparece Jesús hay que entender la santísima Trinidad, según yo lo vi.*

La contemplación de la Pasión, con la descripción del tormento y la agonía de Jesús, desemboca así en una alegría inmensa, imprevista, con el descubrimiento de las infinitas presencias de Dios en todo cuanto es.

El punto y la avellana

Juliana necesitó tiempo para comprender. En su primer texto (TB) apenas hace referencia a la Trinidad; será después, en los largos años de reclusión, cuando el gran misterio se vuelva transparente para ella. Desde su experiencia del mundo y de Dios, la Trinidad se le hace necesaria para comprender el despliegue de la realidad, el tesoro inagotable de la vida que se le muestra presente por doquier y que la idea de un Dios separado y arriba, en el cielo, no basta para explicar. Aplicará entonces el dinamismo sin límites de la divinidad trinitaria para transmitir la riqueza de su experiencia y la inmensidad de ese Dios que ninguna explicación ni palabra podía encerrar, utilizando todos los medios a su alcance, razón e imaginación, figuras retóricas, metáforas y símbolos, y el enorme caudal de una tradición que encierra riquezas insospechadas.

Ya en la primera visión, al contemplar el rostro agonizante de Jesús, descubre Juliana la estructura crística de la realidad, y pone sumo cuidado en precisar que «donde digo Jesús hay que entender toda la Trinidad» (c. 4). El mundo se le muestra frágil, pequeño, amenazado, «no mayor que una avellana», como «una pequeña nada» (c. 5), pero amado, protegido y penetrado por la divinidad, que es su raíz, su origen, su fondo, su fundamento. Juliana tiene una tercera visión especialmente iluminadora: «vi a Dios en un punto [...] y vi que está presente en todas las cosas [...] él hace todo lo que se hace [...] él está en el centro de todo» (c. 11). Dios es, pues, la vida de todo lo que es, el aliento de todo lo que respira, la energía con la que todo se mueve. Dios no está lejos, separado, afuera, pues no puede haber un «afuera» de Dios; y Juliana exclamará más de una vez, maravillada: «Así, yo le veía, y le buscaba; le tenía, y me faltaba». Dios está presente en todo momento y en todo lugar, aquí y ahora, lo estuvo siempre, lo está y lo estará. En la experiencia visionaria conoce Juliana la simultaneidad de todo lo que existe: el tiempo es una perspectiva, no la única, y en el tiempo visionario el espacio ofrece la riqueza de la diferencia en la simultaneidad. No se trata de una ausencia de tiempo, sino de un ahora continuo, dinámico, en movimiento. Esta experiencia marcará ya toda su teología, que establece así una visión paradójica de la realidad en la que los planos coexisten sin oponerse.

Por una parte, la creación es, por decirlo así, anterior a la creación, tuvo lugar primero en la mente de Dios, que luego «nos creó a todos al mismo tiempo. Y en nuestra creación nos incorporó y unió a sí mismo, y por esta unión somos conservados tan puros y nobles como fuimos creados» (c. 58). Por otra, la creación continúa,

produciéndose la quiebra de los mundos separados; la divinidad está presente en lo creado y lo creado vive en la divinidad. Adán es para Juliana los seres humanos de todos los tiempos, en cada instante de su vida, pero también Cristo, el Hijo; es el Amor infinito que toma forma en el tiempo, en la historia, en la carne, para llegar y volver a su principio, la alegría sin fin. La salvación no es un acontecimiento externo, pertenece a la dinámica del amor y de la vida: nuestra identidad, nuestra substancia, es Jesús, es decir, la Trinidad, «a cuya imagen fuimos creados»; estamos incorporados, «tejidos» en la divinidad, la divinidad es nuestra naturaleza: «Y no vi ninguna diferencia entre Dios y nuestra substancia, sino como si todo fuera Dios» (c. 54). Todo está entrelazado, se trata de un acontecimiento cósmico que todo lo incluye: creación, encarnación, pasión, muerte y resurrección, pues «cuando Adán cayó, el Hijo de Dios cayó»; el momento de la caída de Adán es ya el momento de la salvación, y en esa salvación todo está incluido, pues «el Hijo de Dios [...] iba a excusar a Adán de toda culpa; y con todo su poder lo sacó del infierno».

En definitiva, Juliana está hablando de la divinización de los seres humanos, en la más pura tradición patrística; de volver a ser con Dios cuando, en realidad, nunca se dejó de ser en Dios. Expresa así su experiencia de que el tiempo de la historia no es el tiempo de Dios, pues, en palabras de Eckhart, «en la eternidad todas las cosas están presentes».

El sufrimiento, el mal, el pecado

Pero la historia continúa, y en ella el ser humano se dirige libremente hacia su destino, a oscuras, sin conocerlo, y a costa de grandes sufrimientos. De ese sufrimiento es símbolo privilegiado la agonía de Cristo; asombrada contempla Juliana cómo esa pasión, esa agonía, es también nuestra pasión, nuestra agonía:

> *[...] vi una gran unidad entre Cristo y nosotros. Pues cuando él sufría, nosotros sufríamos, y todas las criaturas capaces de sufrir sufrían con él. Es decir, todas las criaturas que Dios ha creado para nuestro servicio, el cielo y la tierra [...] Y cuando él desfalleció, ellos desfallecieron con él, según su naturaleza [...) Y así, aquellos que eran sus amigos sufrieron dolor a causa del amor, y toda la creación en general sufrió (c. 18).*

Mientras la historia y el tiempo continúen, Jesús, resucitado, «sigue sufriendo con nosotros» (c. 20). Los temas se van entrelazando, como entrelazada es la realidad, y así, un capítulo tras otro, la visión es analizada desde ángulos distintos, desde un deseo creciente, aumentado. A través de la oscuridad, de la negrura, de manera secreta, escondida, todo resplandece de belleza, y Juliana escuchará en la revelación:

> *¡Mira!, yo soy Dios. ¡Mira!, yo estoy en todas las cosas. ¡Mira!, yo hago todas las cosas. ¡Mira!, yo nunca retiro mis manos de mis obras, y no las retiraré jamás. ¡Mira!, yo conduzco todas las cosas*

hacia el fin que he ordenado para ellas, antes del comienzo del tiempo, con el mismo poder, sabiduría y amor con que las creé. ¿Cómo alguna de ellas podría ser mala? Así fue sondeada mi alma, poderosamente, sabiamente, amorosamente, en esta visión. Entonces vi en verdad que debía asentir, con gran reverencia y alegría en Dios (c. 11).

No se trata de un optimismo superficial. Juliana será arrebatada a una alegría sin límites, pero también volverá una y otra vez a la angustia y el sufrimiento. En repetidas ocasiones escuchará las palabras de Jesús, «todo acabará bien», pero no obstante pregunta, discute con Dios sobre todo aquello que la inquieta. Las conversaciones duran horas, si nos atenemos a la extensión que ocupan en el texto.

Una de sus grandes preocupaciones es el pecado:

Me preguntaba a menudo por qué la gran sabiduría de Dios no había impedido el comienzo del pecado. Pues entonces, me parecía, todo habría estado bien. Tendría que haber rechazado con todas mis fuerzas este pensamiento, y, sin embargo, lloraba y me entristecía por ello, sin razón ni medida. Jesús respondió: «El pecado es necesario, pero todo acabará bien, todo acabará bien, y cualquier cosa, sea cual sea, acabará bien» (c. 27).

Juliana no acaba de estar satisfecha, y se empeñará en ver, en comprender: «Pero no vi pecado, pues creo que el pecado no tiene substancia, no participa del ser, no puede ser reconocido salvo por el dolor que causa». Si el pecado, del que sufrimos las consecuencias, tuviera ser, estaría en Dios, pues todo lo que es participa en el ser de Dios; Dios no es el mal, si el mal tuviera ser habría dos dioses, y nada puede haber fuera de Dios, que es amor infinito. Así, visión e interpretación se van alimentando, iluminando mutuamente.

Un problema mayor, el de la condenación eterna, le inquieta. La doctrina dice una cosa, la revelación del amor, otra. La Iglesia enseña que muchos serán condenados eternamente al infierno, judíos, paganos, etc., que los pecadores merecen «la justa ira de Dios»:

Y siendo esto así, me parecía imposible que todo pudiera acabar bien, como nuestro Señor me reveló en aquel tiempo. Y no tenía más respuesta como revelación de nuestro Señor que esto: «Lo que es imposible para ti, no lo es para mí. Yo preservaré mi palabra en todas las cosas, y haré que todo se transforme en bien» (c. 32).

Esta revelación ocupa numerosos capítulos en los que todas las grandes preguntas desfilan ante nosotros. Juliana quiere ver el infierno y el purgatorio, contemplar con sus ojos aquello que no puede dejar de contradecir su experiencia, «pero a pesar de todos mis deseos, no pude ver nada de ello». Verá sin embargo que el diablo no tiene la última palabra, no puede hacer el mal que desea, pues su poder está

completamente encerrado en las manos de Dios (c. 13). Se inscribe así en la vieja tradición bíblica que encontramos en el libro de Job, donde Satanás actúa siempre con el permiso divino. Por otra parte, mi insistencia la llevará a comprender la característica principal de lo que llamamos infierno, el abismo más hondo en que puede caer el ser humano cuando siente que todas sus esperanzas se quiebran y se experimenta sin suelo y sin luz: «El infierno es un dolor diferente, pues es desesperación» (c. 17).

Y Juliana sigue preguntando, impaciente cuando no encuentra respuesta, hasta reconocer, casi rendida, que «las revelaciones que recibí manifestaban la bondad de Dios y hablaban poco del mal» (c. 33). Nada escapa a su mirada, a su deseo; volverá una y otra vez a la visión maravillosa del amor, en busca de consuelo, pero es incapaz de olvidar el terrible sufrimiento que provoca el pecado. Grita, hasta que el mismo Jesús le hace saber que es él, la divinidad, el fundamento de su grito, de su deseo, de su oración (c. 41).

Dios no puede perdonar. No hay ira en Dios

1.a gran contradicción que experimenta Juliana es la de cómo conciliar esta revelación con la enseñanza de la Iglesia. Bien es verdad que existe una larga tradición cristiana que anduvo esos caminos, pero lo es también que no es ésa la tradición oficial. En el discurrir de las visiones se va afianzando su conocimiento de ese amor que es Dios, y tendrá que admitir de manera provisional que existen dos juicios acerca de los seres humanos: uno, el «juicio superior» de Dios, dice una cosa, el «juicio inferior» de la Iglesia, otra. El juicio de Dios

> *procede de su amor infinito, y ése es ese juicio amable, suave, que me fue mostrado en aquella bella revelación en la que le vi que él no nos imputa ninguna clase de culpa. [...] no pude quedar plenamente consolada debido al juicio de la santa Iglesia, que yo había conocido anteriormente y estaba continuamente ante mis ojos. Me parecía que por ese juicio yo debía reconocerme necesariamente pecadora. Y el mismo juicio me llevaba a comprender que los pecadores merecen a veces el castigo y la cólera; ahora bien, yo no podía ver nada de ello en Dios. Por eso mi deseo era mayor de lo que pueda o sepa expresar, debido al juicio superior que el mismo Dios me reveló al mismo tiempo, y que yo debía aceptar necesariamente. El juicio inferior me había sido enseñado anteriormente en la santa Iglesia y, en consecuencia, no podía ignorarlo de ninguna manera (c. 45).*

Merece la pena leer la larga reflexión de Juliana sobre esta revelación. La experiencia a la que ha sido llevada le hace comprender, una vez más, que el ser humano está enraizado en Dios, que es bondad infinita, bondad en la que no cabe ira ni maldad y que, por tanto, no puede perdonar, pues «le resulta imposible estar airado», y

contempla a sus criaturas en la belleza y dignidad de su origen y destino, que es la misma divinidad (c. 49).

> *Pues vi realmente que es contrario a la naturaleza de su poder estar airado, y contrario a la naturaleza de su sabiduría, y contrario, igualmente, a la naturaleza de su bondad. Dios es esa bondad que no puede encolerizarse, pues Dios no es sino bondad. Nuestra alma está unida a aquel que es bondad inmutable. Y entre Dios y nuestra alma no hay, a sus ojos, ni ira ni perdón. Pues nuestra alma está tan plenamente unida a Dios, por la propia bondad divina, que nada puede interponerse entre Dios y nuestra alma (c. 46).*

Más que una revelación acerca de Dios se trata de una revelación sobre la humanidad, que camina a ciegas, sin conocer realmente quién es, y que sólo conocerá a Dios cuando se conozca verdaderamente a sí misma (c. 46). «Pues esto se me reveló, que nuestra vida está totalmente fundamentada y enraizada en el amor, y sin amor no podemos vivir» (c. 47).

El desconocimiento del ser humano de su propia dignidad acarrea dolor, sufrimiento, pecado en definitiva, pero no tiene realidad última, «es una nada», por eso Juliana no podrá contemplarlo aunque se guarde de no tomarlo en consideración. En la misma línea, ya en el siglo XX, Simone Weil[14] desarrollará la misma intuición: el pecado no alcanza a Dios, cae sobre nosotros con todo su espanto, y rueda, creciendo cual siniestra bola de nieve, hasta que alguien, inocente y puro, lo recibe en forma de desdicha. Sin embargo, al final, nos dice Juliana, todo resplandecerá de belleza, pues entonces «no habrá vergüenza, sino honor, amor, belleza, alegría eterna». Que esto sea así se debe a que «hay escondido en Dios un elevado y maravilloso misterio», «un tesoro profundamente escondido en su seno [...]», «una obra que la Trinidad realizará en el último día»; ese misterio es que «todo acabará bien». Juliana no sabe cómo, pero sí el porqué, de nuevo el amor infinito que le dice: «Lo que es imposible para ti, no lo es para mí». Son las obras secretas de Dios, que ahora no podemos conocer.

Esta realidad paradójica le resulta difícil de soportar: «Grité interiormente con todas mis fuerzas, pidiendo a Dios que me ayudara» (c. 50). «Entonces nuestro cortés Señor me contestó muy misteriosamente mediante la revelación de un maravilloso ejemplo de un señor y un servidor» (c. 51).

Parábola del señor y el servidor

La respuesta que esta vez recibe Juliana reviste la forma de una configuración simbólica, son las imágenes las que proporcionan la resolución de su dilema, aunque en un principio no pudiera comprenderlas; «veinte años menos tres meses después» una «instrucción interior» abre su visión y su entendimiento y la ayuda

[14] Simone Weil, *El conocimiento sobrenatural*, cit.

a resolver el enigma. Se trata de la historia de un servidor, enviado por su señor a comarcas lejanas en busca de un tesoro; el servidor parte corriendo a cumplir su misión, pero cae en un barranco, sufriendo todo tipo de heridas y desconsuelo. No es posible resumir la riqueza de esta parábola, que Juliana paladea con detenimiento, sin escatimar detalle, describiendo sensaciones, vestidos y colores, aturdimiento y dolor, apurando la revelación. El servidor es para ella un símbolo de fecundidad desconcertante: es Adán, y somos nosotros, la humanidad de todos los tiempos, en cada instante de la historia, y todo lo creado, y es también Cristo, la manifestación del amor y la sabiduría de Dios.

> *En el servidor está incluida la segunda persona de la Trinidad, y en el servidor está incluido Adán, es decir, todos los seres humanos. Por lo tanto, cuando digo «el Hijo» pienso en la divinidad que es igual al Padre; y cuando digo «el servidor» me refiero a la humanidad de Cristo, que es el verdadero Adán. Por la cercanía del servidor se entiende el Hijo, y por su permanencia a la izquierda se entiende Adán. El señor es Dios Padre, el servidor es el Hijo, Jesucristo, el Espíritu Santo es el mismo amor que está en ellos dos. Cuando Adán cayó, el hijo de Dios cayó; a causa de la verdadera unión realizada en el cielo, el Hijo de Dios no podía separarse de Adán —por Adán yo entiendo toda la humanidad.*
>
> *[...] entonces descendió a los infiernos; y cuando estuvo allí, arrancó la gran raíz del profundo abismo, que debidamente estaba unida a él en el cielo (c. 51).*

La audacia de Juliana en su interpretación corre pareja con la profundidad de su experiencia y se inscribe en una larga tradición, cada vez más olvidada. Es la tradición del *Pastor de Hermas* y la patrística, de Orígenes y el cristianismo oriental, presente todavía, aunque ya por poco tiempo, en la Europa medieval, muy especialmente en las grandes místicas de la época. Así por ejemplo Hadewijch de Amberes podrá ver, ella sí, el infierno, ¡y allí al mismo Cristo abrazando y sosteniendo a los condenados! Esa es la experiencia del amor radical, que contradice la visión dualista de la realidad, ése es el sentido auténtico de la palabra compasión, padecer con el otro, sufrir la pasión que el otro sufre; desde esa experiencia, el amor está condenado al infierno mientras un solo ser padezca el infierno: quien ama no puede vivir sin el ser amado. Ahí, Dios no es un ente, separado, sino libertad total, amor infinito, vida que todo lo penetra.

En esta parábola se resume la gran experiencia que Juliana nos ha ido contando de muchas maneras. El Dios que se le revela está traspasado por la compasión y el deseo, y en esa clave interpreta ella sus visiones. Y así, superando cualquier dolorismo, la sed del Jesús crucificado se le aparece como metáfora de «su ardiente deseo de amor» (c. 31), sed y deseo que ella misma padece, abrasada.

Al final, todo acaba bien; el servidor retorna con el tesoro, y ese tesoro es la humanidad: «Somos un tesoro escondido en Dios, conocidos y amados desde toda la eternidad»[15] (c. 53). Es la historia de la reconciliación de todo en Dios y de Dios en todo, de la reunión de lo que se vive como separado. A este respecto, es importante señalar que, en el inglés actual, la palabra utilizada por Juliana para referirse a este movimiento es *atonement*, traducida habitualmente al castellano por *expiación*; sin embargo, en el inglés del siglo XV permanece su sentido etimológico: *at-one-ment*, hacerse uno, re-unir, re-conciliar. En definitiva, es el juego, el despliegue de la trinidad en el que toda vida participa, la distancia que media entre las dos creaciones (c. 10), la reunión:

> *Debemos alegrarnos grandemente de que Dios habite en nuestra alma, y debemos alegrarnos más aún de que nuestra alma habite en Dios. Nuestra alma es creada para ser la morada de Dios, y la morada de nuestra alma es Dios, el Increado. Es gran inteligencia ver y conocer interiormente que Dios, que es nuestro creador, habita en nuestra alma, y es una inteligencia mayor ver y saber interiormente que nuestra alma, que es creada, habita en Dios en substancia, substancia por la cual, a través de Dios, nosotros somos lo que somos (c. 54).*

La descripción de Juliana de ese camino de re-unión, del viaje de los amantes, es impresionante: Dios, el amor infinito, moviéndose, desplegándose en el tiempo para unirse a su amor, y nosotros todos, amadores, a tientas buscando, andando, cayendo, movidos todos, también Dios, por el anhelo ardiente de amor, por el deseo y la pasión, pasión compartida, libertad apasionada..., ése es el secreto, el tesoro que somos, la belleza que encerramos, que encierra el mundo, que encierra y transluce todo, aunque ahora, y a ciegas, seamos una mezcla de nada y de Dios, de dicha y desdicha, de ventura y desventura, de ser y no ser, de tristeza y amor, de luz y oscuridad, de sombra... (c. 52). Esta revelación adquiere formas diferentes; una de ellas, no menos sorprendente, es la de la maternidad de Cristo.

Nuestra madre Jesús

Juliana había tardado tiempo en comprender el alcance de su experiencia primera, pero una vez lograda la comprensión entra en un universo de sentido que resulta inabarcable. Así sucede con su reflexión de Dios como madre, a la que dedica varios capítulos.

---

[15] El tema del tesoro, junto al de la sed y el deseo de Dios, fue ampliamente tratado en la mística musulmana en esa época, siglos XII y XIII, en que buscadores y místicos de Oriente y Occidente parecían estar en estrecha comunicación. Fueron muchos los espirituales islámicos, y muy especialmente Ibn 'Arabi (1164-1240), los que comentaron el célebre hadiz *«Yo era un tesoro oculto, y quise ser conocido, por eso he creado a las criaturas»*, es decir, para manifestarse en las criaturas a las criaturas, según los comentaristas musulmanes.

[...] de esto se sigue que tan verdaderamente como Dios es nuestro Padre, así Dios es verdaderamente nuestra Madre. Nuestro Padre quiere, nuestra Madre trabaja, nuestro buen Señor el Espíritu Santo confirma.

[...] y así, Jesús es nuestra verdadera Madre en cuanto a la naturaleza por nuestra primera creación, y es nuestra verdadera Madre en cuanto a la gracia por su asunción de nuestra naturaleza creada. Todas las bellas obras y todos los dulces oficios de amor de la maternidad amorosa son apropiados para la segunda persona, pues en ella tenemos esta voluntad santa, entera y segura para siempre, en la naturaleza y en la gracia, por la bondad propia de Dios.

[...] comprendí que hay tres formas de contemplar la maternidad en Dios. La primera es el fundamento de nuestra naturaleza en la creación; la segunda es su asunción de nuestra naturaleza, en la que comienza la maternidad de la gracia; la tercera es la maternidad en acción. Y en ésta, por la misma gracia, todo es penetrado, en anchura y largura, en altura y profundidad; y todo es un único amor (c. 59).

El tema de la maternidad de Dios[16] no es nuevo en el cristianismo, ni tampoco específicamente femenino —fue utilizado por Anselmo, Pedro Lombardo, san Bernardo, Guillermo de Saint Thierry, Elredo, Buenaventura, Dante—. Común a muchas tradiciones religiosas, se encuentra ya en el Antiguo Testamento, mientras el Nuevo hace especial hincapié en «Dios, el Padre de Jesucristo», aunque no faltan «notas maternales» atribuidas a Jesús (Cf. Mt 23, 37; Jn 19, 34). En los primeros siglos del cristianismo alcanzó cierto auge, especialmente en los grupos gnósticos[17], pronto perseguidos, y también en algunos Padres de la Iglesia, como Clemente de Alejandría; en la Edad Media aparece con mayor frecuencia, y ejemplo de ello son san Bernardo, Eckart, santa Matilde, santa Brígida de Suecia, santa Catalina de Siena, etc., y muy especialmente la escuela cisterciense, que abundará en la idea de «nuestra Madre Jesús» como símbolo de la ternura y el amor acogedor.

Así pues, Juliana no inventa el tema, pero hace precisiones importantes. No se trata para ella de dibujar universos separados, divididos, entre lo femenino y lo masculino, ni de remitirse a una naturaleza esencial, el tan manido eterno femenino. Insiste por el contrario en integrar la idea de maternidad en la realidad trinitaria, divina

---

[16] Cf., entre otros, Isabel Gómez Acebo, *Dios también es Madre. Reflexiones sobre el Antiguo Testamento*, San Pablo, Madrid, 1994. Caroline Walker Bynum, Jesus as Mother, Studies in the Spirituality of the High Middle Ages, University of California Press, Berkeley/London, 1982. Sallie McFague, Modelos de Dios, trad, de Agustín López y María Tabuyo, Sal Terrae, Cantabria, 1987.

[17] Para el tema de la maternidad de Dios entre los gnósticos, cf. Elaine Pagels, *Los evangelios gnósticos*, trad, de Jordi Beltrán, Crítica, Barcelona, 1990.

y humana, en el desarrollo misterioso de la vida. Al atribuir a Jesús el «oficio» de la maternidad ya más allá de la piedad habitual en su época, y su comprensión está estrechamente unida a su teología de la creación y la salvación, que interpreta no como actos separados de Dios sino pertenecientes al mismo proceso, al despliegue de la divinidad. Jesús, Cristo, es nuestra madre porque de él nacemos y en él renacemos; creados en Cristo, estamos habitados por la divinidad y habitamos en la divinidad: somos «trinidad creada». Dios, que «hace todo lo que se hace», que da vida a todo lo que vive, es esa misma vida que da, y así, al morar en nosotros, hace que todos nosotros, hombres y mujeres, poseamos el atributo de la maternidad, a su imagen y semejanza. Y a imagen y semejanza de Jesús. Toda la naturaleza humana, femenina y masculina, está enraizada en la divinidad.

Por otra parte, característica de la maternidad no será para ella la pasividad, la mera receptividad; por el contrario, es actividad, salida de sí, libertad, sabiduría, amor. Y tan convencida está de la autoridad de sus palabras que así como en el Evangelio se dice: «a nadie llaméis padre», extenderá esta precisión a la palabra «madre»:

> *Esta hermosa palabra, «madre», es tan dulce y amable en sí misma que, verdaderamente, no puede decirse de nadie o a nadie, excepto de él y a él, que es la verdadera Madre de la vida y de todas las cosas [...] a la propiedad de la maternidad pertenece la naturaleza, amor, sabiduría y conocimiento, y esto es Dios (c. 60).*

Experiencia y lenguaje cortés

El texto de Juliana mantiene una estructura circular, pues circular es su razonamiento, que gira, incansable, en torno al horizonte abierto del amor. Este tipo de escritura, que se aproxima a la música, a la canción, se debe no tanto a la época como al carácter indecible de la experiencia que quiere expresar, y precisa del difícil arte de la interpretación. Todo discurso es interpretación, pero no toda interpretación se constituye como arte.

Juliana es consciente de la riqueza de su experiencia y de la enorme carga simbólica del lenguaje, y utiliza los datos, las figuras interpretativas en libertad, recreándolas y dándoles sentidos nuevos. O rompiendo. Por eso vuelve una y otra vez a sus visiones, a sus palabras, tratando de que se abran, ahondándolas, recurriendo a la simbología de números y colores en una arquitectura visionaria imposible de reducir. Pero su terminología corre el riesgo de parecer sentimental si no se tiene en cuenta el trasfondo de la obra, en la que se refleja el todavía cercano para ella lenguaje cortés medieval, los relatos artúricos, la leyenda del Graal, iluminados por su experiencia única y aplicados a Dios, como hicieron otras místicas de la época.

En esa trasposición del lenguaje cortés Jesús se le muestra como el caballero que parte a la aventura para salvar a su dama —cada ser humano—, abandonando todo lo que es, que deja su reino vaciándose y arriesgando su vida, tan

grande es su deseo. Jesús es el *caballero cortés y gentil, bello y gracioso,* para quien su amada es el bien más precioso, *el tesoro escondido* que desea ardientemente rescatar. Evidentemente, las palabras han ido perdiendo su sentido pleno con el tiempo: *gracioso* significa atractivo, amable, pero se refiere también, y no en último lugar, a la gracia de Dios, esa gracia que es amor, delicadeza, ternura, y que es en definitiva el mismo Dios. Y *precioso* no será tan sólo hermoso, que también, sino valioso, de alto precio, tan alto como ese deseo y amor infinito que hacen que el caballero abandone todo en busca de su amada; tan alto como la vida y muerte que Jesús ha debido afrontar para encontrarse con el ser humano, su amado, su hijo, su amigo, para llevarle de nuevo al reino que le pertenece. Pues Jesús es también *nuestra preciosa madre* que nos engendra de nuevo a la vida divina. *Amable*, repetido una y otra vez por Juliana, es decir, digno de ser amado y, al tiempo, amoroso, lleno de delicadeza y bondad. En realidad, esos términos no nos son ajenos, todavía están cerca de nosotros, aunque convenga llamar la atención sobre ellos para no perder la profundidad que Juliana les da. Pues ese Dios gentil, amable y cortés, es al tiempo el fondo de nuestro ser, nuestro fundamento y raíz, del que participa nuestra substancia. El ser humano participa en la vida de la divinidad, en el poder, la sabiduría, el amor y la belleza de la Trinidad (c. 58); Juliana trata de mostrar el camino hacia esa conciencia de la unión con Dios y para ello utiliza el lenguaje con suma precisión.

En el texto hay una intención clara de subrayar esa participación, que el lenguaje empleado hace explícita. Tras la utilización en el reino de Inglaterra de la lengua de *oil*, impuesta por la monarquía normanda, en el siglo XIV se ha establecido ya la lengua inglesa, que se desarrolla con gran rapidez, pero la traducción de algunos términos al inglés actual hace desaparecer los riquísimos matices que poseía la lengua recién formada, y esto afecta especialmente a las *Visiones*. Por eso puede ser conveniente repetir lo ya señalado sobre un término fundamental en el texto: *atonement*. Juliana insistirá en hablar de la re-unión, la re-conciliación, el hacerse uno, el volver a estar en armonía, del ser humano y Dios; con esa intención escribe su texto y así se puede comprender el término empleado si nos atenemos a su etimología: *at-one-ment*. Sin embargo, la traducción moderna, *expiación* (que he evitado), reviste la carga dolorista de la insistencia en el sufrimiento y la muerte, o, aún peor, en la *satisfacción* procurada por ese sufrimiento a Dios.

Otro tanto sucede con el término *recollection*, del latín *recollegere*, que la palabra recuerdo traduciría fielmente si conservara su sentido etimológico, *re-cordar*, traer al corazón, el lugar de la visión, y no hubiera terminado remitiéndose a algo ya pasado. Lo traduzco por contemplación porque así precisa Juliana, en el capítulo 2, lo que está queriendo decir con dicho término.

Porque el lenguaje de Juliana no es un lenguaje abstracto: se palpa; no es el suyo ese pensamiento escolástico, académico, que a partir de la deducción establece una verdad inamovible, LA verdad, cerrada, excluyente, que se arroja sobre todos aquellos, «iletrados», que no participan de ella. Por el contrario, el texto de Juliana está

dirigido, y ella se cuida de manifestarlo, no a los adelantados, no a los que se creen doctos, sino a la gente sencilla, a quienes, quizá atemorizados por el Dios de la ira, abandonan su fe o viven sometidos. La revelación no pertenece a unos pocos, todos pueden llegar a ella y aprender de ella; Juliana querrá que todos veamos, que experimentemos, que deseemos, que preguntemos. Ése es también el deseo de Dios: «Dios, en su gran bondad, desea que deseemos saber» (c. 44).

«Este libro no está concluido» (c. 86); es un libro abierto, como la vida. Conviene, pues, huir de interpretaciones cerradas, y muy especialmente de la interpretación pía y dolorista, que se ha hecho frecuente y es ajena a Juliana, para recuperar la enorme carga de profundidad que su texto visionario introduce en el discurso religioso.

Conclusión

Sólo la razón poética puede dar cuenta de ese saber (María Zambrano), y quizá ése sea otro de los motivos del desconocimiento del pensamiento de Juliana. Poco quedaba ya de los espacios de libertad abiertos en el siglo XIII por las beguinas y otros grupos, y una razón cada vez más cerrada, excluyente, se acabaría imponiendo en todos los ámbitos, aunque, aquí y allá, se abrieran resquicios por donde se filtrara la luz. Pero en ella, como en otras muchas mujeres, místicas o no, se nos ofrece una clave fundamental de resistencia, un camino diferente al de la sumisión. Esta clave es el deseo, el anhelo ardiente de amor.

«El deseo será mi tesoro», dirá Simone Weil, una de las mentes más libres y lúcidas del siglo XX, y el deseo se revela fuerza desencadenante de todas las búsquedas, de la vida digna. En la senda del deseo se inscribe el camino de liberación emprendido por los buscadores de todos los tiempos, a los que nada ni nadie puede detener, pues intentarlo sería tan inútil, son palabras de Hadewijch de Amberes, como tratar de «detener los esfuerzos de una mujer que está de parto». Aunque en los tiempos difíciles haya que recurrir a la resistencia del amor.

Y Juliana, mujer de hermosa exageración, de pasión sin medida, sabrá mostrarse serena, equilibrada, cuando la realidad cotidiana presente su lado oscuro, anodino a veces. La enseñanza recibida en esta «lección de amor» será para ella fuente de consuelo: el amor infinito no exige de nosotros la perfección. Aunque pertenezcamos a la eternidad nos habita también la finitud, y la vida en esta tierra es mezcla de luz y oscuridad; así, escuchará en la visión las palabras de Jesús: «no te acuses... no quiero que te sientas excesivamente triste o deprimida» (c. 77). Una y otra vez se repite la misma enseñanza, dirigida a todos, animando a buscar, pues «buscar es tan bueno como contemplar» (c. 10). En la teología visionaria de Juliana la vida es el viaje desde el Amor al amor en el amor, y en ese espacio existimos, aturdidos.

Pero esto me fue revelado: que al caer y al levantarnos estamos siempre preciosamente protegidos en un único amor. Pues, a los ojos de Dios, no caemos. Y a

nuestros ojos, no nos mantenemos en pie. Y las dos cosas son verdad, tal como yo lo veo (c. 82).

Con la autoridad y libertad del discurso visionario, presenta un horizonte abierto, hecho de luz, en el que surge, deslumbrante, la certeza: creado para el amor y la alegría, el ser humano está llamado a la alegría y el amor —ésa es su verdadera naturaleza— y esto se cumplirá. Conocer esa naturaleza, ese fondo último que nos habita, es conocer a Dios; vivir ese amor, esa belleza y libertad que somos, es vivir a Dios y en Dios, que es el nombre de la vida. Ese es, en definitiva, el mensaje que nos transmite Juliana; ahí está nuestra herencia, nuestra raíz, nuestro futuro. Ahí se reconcilian lo humano y lo divino, el cuerpo y el espíritu, conocimiento y amor.

El tesoro escondido en las *Visiones* aparece, luminoso, en su conclusión, con la revelación final del sentido de todas las preguntas, de todos los anhelos:

Desde el momento en que esto me fue revelado, deseé muchas veces saber lo que nuestro Señor quería decir. Y más de quince años después me fue respondido en mi entendimiento: «Y bien, ¿deseas saber lo que nuestro Señor ha querido decir con esto? Sábelo bien, amor era su significado. ¿Quién te lo revela? Amor. ¿Qué te reveló? Amor. ¿Por qué te lo reveló? Por amor. Permanece en ello, y conocerás más y más el amor. Pero nunca lo conocerás diferente, jamás».

Así me fue enseñado que el amor es el propósito último de nuestro Señor. Y vi con plena certeza, en esto y en todo, que Dios, ya antes de crearnos, nos amaba. Su amor nunca disminuyó y nunca disminuirá. En este amor ha hecho todas sus obras, en este amor ha hecho todas las cosas provechosas para nosotros, y en este amor nuestra vida es eterna. En nuestra creación, tuvimos un principio, pero el amor en el que nos creó estaba en él desde toda la eternidad. En este amor está nuestro principio. Y veremos todo esto en Dios para siempre. Demos gracias a Dios (c. 86).

Nota

Existen cuatro manuscritos de las *Visiones*: Amherst Additional 37790 (British Muséum, siglo XV), el único que se conserva del texto breve; el manuscrito de París (Bibliothèque National, fonds anglais n.° 40, siglo XVII), y los dos manuscritos de Londres (British Muséum, Sloane n.° 2499, siglo XVII; Sloane n.° 3705, siglo XVIII), los tres del texto largo. Se conservan también algunos fragmentos hallados en bibliotecas inglesas (Westminster Cathedral I.ibrary, de principios del XVI, y Upholland Seminary Library, del XVII).

Para la traducción he tenido en cuenta las distintas versiones (citadas en bibliografía) compulsadas con la edición crítica de James Walsh y Edmund Colledge de la versión larga, manuscrito de París. La discrepancia entre las dos versiones aparece señalada en nota a pie de página, donde se recoge también el texto del manuscrito Amherst (TB) cuando la discrepancia es significativa o no aparece en el manuscrito de París (TL).

He tratado de mantener el estilo original, sin modernizarlo, sin (casi) eliminar las numerosas copulativas y reiteraciones que pueden resultar excesivas para el lector actual, pero procuran el tono directo, fresco y visual de Juliana de Norwich.

Abreviaturas utilizadas

TL, texto largo de las Visiones.

TB, texto breve.

S, manuscrito Sloane.

SS, los dos manuscritos Sloane.

Bibliografía

Visiones, texto breve

A Book of Shewings to the Anchoress Julian of Norwich, trad. y ed. a cargo de Edmund Colledge y James Walsh, Toronto, 1978.

Julian of Norwich. Showings, trad. y ed. a cargo de Edmund Colledge y James Walsh, Nueva York, 1978.

Julienne de Norwich, Le petit livre des révélations, trad. de Roland Maisonneuve, Suisse, 1976.

Julian of Norwich: A Shewing of God's Love, trad, de Anna Maria Reynolds, London, 1985.

Visiones, texto largo

A Book of Shewings to the Anchoress Julian of Norwich, trad, y ed. a cargo de Edmund Colledge y James Walsh, Toronto, 1978.

Julian of Norwich. Showings, trad, y ed. a cargo de Edmund Colledge y James Walsh, Nueva York, 1978.

Julian of Norwich: A Revelation of Love, ed. a cargo de Marion Glasscoe, University of Exeter, 1976.

Julienne de Norwich, Le Livre des révélations, ed. a cargo de Roland Maisonneuve, Paris, 1992.

Revelations of Divine Love, ed. a cargo de M. L. Del Mastro, New York, 1977.

Otros textos

The Book of Margery Kempe Kempe, trad, de William Butler-Bowden, London, 1936.

Bynum, Caroline, *Jesus as Mother: Studies in the Spirituality of The High Middle Ages*, Berkeley, 1982.

Jantzen, Grace, *Julian of Norwich, Mystic and Theologian*, New York, 1987.

Llewelyn, Robert {ed.), *Julian: Woman of our Day*, London, 1986.

Pelphrey, Brant, *Love was his meaning: The Theology and Mysticism of Julian of Norwich*, Salzburg, 1982.

Power, Eileen, *Medieval English Nunneries c. 1275-1535*, Cambridge, 1922.

Maisonneuve, Roland, *L'Universe visionnaire de Julian of Norwich*, Paris, 1986.

Molinari, Paul, *Julian of Norwich: the Teaching of a 14th Century English Mystic*, London, 1958.

Tanner, Norman, *The Church in Late Medieval Norwich 1370-1532*, Toronto, 1984.

Capítulo 1

Aquí comienza el capítulo primero.

Esta es una revelación de amor que Jesucristo, nuestra dicha eterna, hizo en dieciséis visiones[1], la primera de las cuales es acerca de su preciosa coronación de espinas. En ella estaba incluida y precisada la Trinidad bendita, con la Encarnación y la unión entre Dios y el alma humana, y muchas hermosas revelaciones y enseñanzas de la sabiduría y el amor infinitos, en las que todas las revelaciones que siguen encuentran su fundamento y su unidad.

La segunda es acerca de la decoloración de su rostro, signo de su preciosa Pasión.

La tercera es que nuestro Señor todopoderoso, todo sabiduría y todo amor, así como en verdad ha creado todo lo que es, así, en verdad, hace y lleva a cabo todas las cosas que se hacen.

La cuarta es acerca de la flagelación de su delicado cuerpo, con el abundante derramamiento de su preciosa sangre.

La quinta es que el demonio es vencido por la preciosa Pasión de Cristo.

La sexta es acerca del agradecimiento glorioso con el que nuestro Señor Dios recompensa a todos sus bienaventurados servidores en el cielo.

La séptima es acerca de las frecuentes experiencias de dicha e infortunio. La experiencia de dicha es ser tocado e iluminado por la gracia, con la certeza de una alegría eterna. La experiencia de infortunio aparece como tentación, por el peso y la fatiga de nuestra vida mortal. Esta revelación nos procura la comprensión espiritual de que estamos protegidos en el amor por la bondad de Dios tanto en la dicha como en el infortunio.

La octava es acerca de los últimos sufrimientos de Cristo y de su muerte cruel.

La novena es acerca del deleite de la santísima Trinidad en la cruel Pasión de Cristo, en su dolorosa muerte; y de cómo él desea que la alegría y el deleite sean nuestro consuelo y nuestra felicidad, que es él mismo, hasta que lleguemos a la gloria del cielo.

---

[1] El manuscrito de Amherst (texto breve, en adelante TB), dice (son palabras del copista): "Ésta es una visión mostrada por la bondad de Dios a una mujer devota; su nombre es Juliana. Ella es una reclusa de Norwich y vive todavía en el año del Señor de 1413. En esta visión hay muchas palabras de consuelo, muy alentadoras para todos aquellos que desean ser amantes de Cristo" (c. 1).

La décima nos cuenta cómo nuestro Señor Jesús muestra su corazón partido en dos por amor.

La undécima es una elevada revelación espiritual referente a su querida madre.

La duodécima es que nuestro Señor es la vida suprema.

La decimotercera es que nuestro Señor Dios quiere que dirijamos una mirada atenta a todo lo que él ha realizado en la muy noble obra de crear todas las cosas, y trata de la excelencia de la creación del hombre, que es la más elevada de todas sus obras; trata también del alto precio que ha pagado por el pecado del hombre, trocando toda nuestra culpa en honor eterno. Aquí él dice: «Mira y ve, pues por el mismo poder, sabiduría y bondad con que he hecho todas las cosas, por el mismo poder, sabiduría y bondad convertiré en bien todo lo que no está bien, y tú lo verás». Es su deseo que nos mantengamos en la fe y en la verdad de la santa Iglesia, sin querer conocer sus misterios, excepto en lo que nos corresponde saber en esta vida.

La decimocuarta es que nuestro Señor Dios es el fundamento de nuestra súplica. Se ven aquí dos hermosas cualidades. Una es la rectitud en la oración, la otra es la confianza verdadera; y él desea que las dos sean igualmente generosas. Así nuestra oración le es agradable y él en su bondad la cumple.

La decimoquinta revelación es que súbitamente seremos liberados de todo nuestro infortunio y de todo nuestro dolor, y él en su bondad nos elevará al cielo, donde tendremos como recompensa a nuestro Señor Jesús, que nos llenará de alegría y bienaventuranza.

La decimosexta revelación es que la santísima Trinidad, nuestra creadora, habita eternamente en nuestra alma en Cristo Jesús, nuestro salvador; que reina y gobierna todas las cosas poderosa y sabiamente, salvándonos y guardándonos en el amor. Y que el enemigo no nos vencerá.

Capítulo 2

Esta revelación fue concedida a una criatura simple e iletrada, viviendo en carne mortal, en el año de nuestro Señor de 1373, el decimotercer día[1] del mes de mayo; anteriormente, la criatura había deseado tres gracias como don de Dios. La primera era la contemplación de la Pasión. La segunda, una enfermedad corporal. La tercera, recibir tres heridas como don de Dios.

En cuanto a la primera, me parecía que tenía alguna experiencia de la Pasión de Cristo, pero deseaba tener más, por la gracia de Dios. Habría querido haber estado en aquel tiempo con Magdalena y con los otros amadores de Cristo, para ver con mis propios ojos la Pasión que nuestro Señor sufría por mí, de manera que pudiera haber sufrido con él como aquellos que le amaban[2]. Así pues, deseaba una visión corporal en la que pudiera tener más conocimiento de los dolores corporales de nuestro salvador, de la compasión de nuestra Señora y de todos sus verdaderos amadores que vivieron en aquel tiempo y vieron sus sufrimientos, pues habría sido uno de ellos y habría sufrido con ellos. Nunca deseé ninguna otra visión o revelación de Dios, hasta que mi alma se hubiera separado del cuerpo, pues creía que yo sería salvada por la misericordia de Dios. Ésa era entonces mi intención, porque deseé después, debido a esta revelación, tener una contemplación más verdadera de la Pasión de Cristo.

En cuanto a la segunda gracia, vino a mi espíritu con contrición —un don libre, que yo no buscaba— un deseo de mi voluntad de tener como don de Dios una enfermedad corporal. Deseaba que la enfermedad fuera tan grave que pareciese mortal, para poder así recibir todos los ritos que la santa Iglesia tuviera que darme, de modo que yo misma creyera que me moría, y todos aquellos que me vieran pensaran lo mismo. Pues no quería ningún consuelo humano ni terrenal en esa enfermedad. Quería sufrir todo tipo de dolor, corporal y espiritual, los mismos sufrimientos que habría tenido si hubiera muerto; todos los miedos y tentaciones de los demonios, y cualquier otro dolor excepto la muerte del alma. Así lo deseaba porque quería ser purificada por la misericordia de Dios, y después vivir más para su gloria gracias a esa enfermedad; porque esperaba que esto sería para mí recompensa cuando muriera, pues deseaba estar pronto con mi Dios y Creador.

---

[1] El 8 de mayo, según los manuscritos del British Museum de Londres (Sloane 2499 y Sloane 3705, en adelante SS), en lo que parece una errata del copista: VIII por XIII.

[2] El manuscrito de Amherst, TB, añade: «Aunque yo creía firmemente en todos los dolores de Cristo, como la santa Iglesia nos muestra y enseña, y como los cuadros de la crucifixión representan, pues han sido hechos por la gracia de Dios y según la enseñanza de la santa Iglesia para que reflejen la Pasión de Cristo en la medida en que el entendimiento humano puede conseguir tal cosa».

Estos dos deseos, Pasión y enfermedad, que deseaba de él, tenían una condición, pues me parecía que no era ésa la práctica normal de la oración. Por lo tanto, decía: «Señor, tú sabes lo que quiero, concédemelo si ésa es tu voluntad; y si no es tu voluntad, Señor, no te disguste, pues no quiero nada que tú no quieras». Deseaba esa enfermedad en mi juventud, cuando tenía treinta años.

En cuanto a la tercera, por la gracia de Dios y la enseñanza de la santa Iglesia, concebí un gran deseo de recibir tres heridas[3] en mi vida, a saber, la herida de la verdadera contrición, la herida de la compasión de amor, y la herida de desear ardientemente a Dios con toda mi voluntad. Así como pedía las otras dos de manera condicional, pedía esta tercera urgentemente, sin condición alguna. Los dos deseos que he mencionado en primer lugar salieron de mi espíritu; el tercero permaneció continuamente en mí.

[3] TB precisa aquí el origen de este deseo: «En cuanto al tercero, oí contar a un hombre de la santa Iglesia la historia de santa Cecilia, y por su explicación entendí que ella había recibido tres heridas de espada en el cuello, por ellas murió» (c. 1).

Capítulo 3

Y cuando tenía treinta años y medio de edad, Dios me envió una enfermedad corporal en la que estuve durante tres días y tres noches; la tercera noche recibí todos los ritos de la santa Iglesia, pues no esperaba vivir hasta el día siguiente. Después de esto, permanecí postrada dos día y dos noches; la tercera noche pensé a menudo que estaba a punto de morir, y quienes estaban conmigo lo pensaban también. Sin embargo, me sentía reacia a morir; no porque existiera algo en la tierra que me impulsara a vivir, o porque temiera algún dolor, pues confiaba en la misericordia de Dios. Pero quería vivir a fin de amar a Dios mejor y durante más tiempo; para, gracias a ese vivir, conocer más y amar más a Dios en la dicha del cielo. Pues me parecía que todo el tiempo que había vivido en esta tierra era escaso y breve en comparación con la beatitud, que es eterna.

pensaba: «Buen Señor, ¿no puedo vivir más tiempo para glorificarte?». Mi razón y mis sufrimientos me daban a entender que iba a morir; y con todo mi corazón asentí plenamente a lo que fuera la voluntad de Dios.

Así permanecí hasta que llegó el día; para entonces, mi cuerpo parecía estar muerto de la mitad hacia abajo, al menos así lo sentía yo. Me ayudaron luego a mantenerme sentada y apoyada[1], de manera que mi corazón estuviera más libre para entregarse a la voluntad de Dios y pudiera pensar en él mientras todavía vivía. Se llamó al sacerdote para que estuviera presente en mis últimos momentos[2]. Antes de su llegada, mis ojos estaban fijos, hacia arriba, y no podía hablar. Él puso el crucifijo ante mi rostro, y dijo: «He traído la imagen de tu salvador, mírala y que ella te sirva de consuelo»[3]. Me pareció que estaba bien como estaba, pues mis ojos se alzaban hacia el cielo, donde confiaba ir por la misericordia de Dios. Sin embargo, acepté dirigir los ojos hacia el rostro del crucifijo, en la medida en que me era posible, y lo hice, pues me pareció que podría aguantar más tiempo si miraba hacia delante que si miraba hacia arriba. Después de esto, mi vista comenzó a nublarse. Todo a mi alrededor se oscureció, como si se hubiera hecho la noche, pero una luz caía sobre el crucifijo, sin saber de dónde. Todo lo que estaba alrededor de la cruz era feo y me aterrorizaba, como si estuviera ocupado por una multitud de demonios.

Después, la parte superior de mi cuerpo comenzó a morir, hasta que apenas pude sentir nada. Mi mayor dolor era la brevedad de mi aliento y la disminución de mi vida. Verdaderamente creí entonces que estaba a punto de morir. Y súbitamente,

---

[1] TB precisa: «con unas ropas en las que apoyaba la cabeza» (c. 2).
[2] «Llegó con un niño y traía una cruz» (TB, c. 2).
[3] «Y reverencia a quien murió por ti y por mí» (TB).

en aquel momento todo mi dolor desapareció; estaba sana, especialmente en la parte superior de mi cuerpo, igual que antes. Quedé maravillada por el cambio, pues me pareció una acción misteriosa de Dios y no algo natural. Aun así, con el alivio que sentía, no confiaba en seguir viviendo, ni ese alivio era completo para mí, pues pensaba que prefería ser liberada de este mundo y eso era lo que anhelaba mi corazón.

Entonces, súbitamente me vino a la mente que debía desear la segunda herida, como don y gracia de nuestro Señor; es decir, que mi cuerpo se llenara con la contemplación y el sufrimiento de su bendita pasión, como había pedido anteriormente, pues deseaba que su dolor fuera mi dolor, con la compasión que me llevaría al deseo ardiente de Dios. Me parecía que, con su gracia, podría obtener las heridas que anteriormente había deseado. Pero en todo esto nunca quise ninguna visión corporal ni ningún tipo de revelación de Dios, sino la compasión que un alma amante podía tener por nuestro Señor Jesús, que por amor se hizo hombre mortal. Deseaba sufrir con él, viviendo en este cuerpo mortal, en la medida en que Dios me diera esa gracia.

Capítulo 4: primera revelación

Y en esto, de repente, vi correr la sangre roja bajo la corona, caliente y fresca y abundante, una corriente viva, como en el momento en que la corona de espinas fue apretada con fuerza contra su cabeza bendita. Comprendí, verdaderamente y con todo mi entendimiento, que era él, Dios y hombre, quien sufría por mí, que era él quien me lo mostraba sin ningún intermediario.

Y en la misma revelación[1], súbitamente, la Trinidad llenó mi corazón con la mayor alegría, y comprendí que así será en el cielo, para siempre, para todos los que vayan allí. Pues la Trinidad es Dios, y Dios es la Trinidad. La Trinidad es nuestra creadora, la Trinidad es nuestra protectora, la Trinidad es nuestra amante eterna, la Trinidad es nuestra alegría infinita y nuestra dicha, por nuestro Señor Jesucristo y en nuestro Señor Jesucristo. Y esto me fue revelado en la primera visión y en todas las demás, pues donde aparece Jesús hay que entender la santísima Trinidad, según yo lo vi[2]. Dije entonces: «¡Bendito sea el Señor!». Lo dije con gran reverencia y en alta voz, y me sentí profundamente asombrada por esta maravilla: que aquel que es tan reverenciado y temido se mostrase tan familiar con una criatura pecadora que vive en esta carne desdichada.

Comprendí entonces que, en aquel tiempo, nuestro Señor Jesús, en su cortés amor, quería consolarme antes de que mis tentaciones empezaran; pues me parecía que muy bien podría ser tentada por los diablos, con el permiso de Dios y con su protección, antes de morir. Con esta visión de su bendita Pasión, con la divinidad que vi en mi entendimiento, supe bien que aquello era fuerza suficiente para mí, sí, y para todas las criaturas vivas que debían ser salvadas, contra todos los demonios del infierno y contra todos los enemigos espirituales.

Entonces, él trajo[3] a mi entendimiento a nuestra Señora santa María. La vi espiritualmente en su apariencia corporal, una doncella sencilla, humilde, joven en años, poco más alta que un niño, con la estatura que tenía cuando concibió. Dios me mostró también parte de la sabiduría y la verdad de su alma, y entonces comprendí la reverente contemplación con que miraba a su Dios, que es su creador; maravillándose con gran reverencia de que quisiera nacer de ella, una simple criatura creada por él. Esta sabiduría y esta verdad, este conocimiento de la grandeza de su Creador y de su propia pequeñez de criatura le hicieron decir muy dócilmente a Gabriel: «Heme aquí, sierva de Dios». En esta visión comprendí verdaderamente que ella es más grande, más noble,

[1] Aquí comienza la primera adición importante del manuscrito de París (texto largo, en adelante TL).
[2] Aquí termina la primera adición.
[3] El resto del capítulo es una reordenación de TB.

más plena que todo lo que Dios ha creado, y que es inferior a ella. Nada creado está por encima de ella, excepto la bendita humanidad de Cristo, según yo vi.

Capítulo 5

En el mismo momento en que tuve esta visión de la cabeza sangrante, nuestro buen Señor me mostró una visión espiritual de su amor tan cercano. Vi que él es para nosotros todo cuanto es bueno y consolador. El es nuestro vestido, que amorosamente nos envuelve y nos cubre, nos abraza y nos abriga, rodeándonos con su amor: es tan tierno que no puede abandonarnos nunca. Y así, en esta visión vi que él es todo lo que es bueno, como comprendí.

Y en esto me mostró algo pequeño, no mayor que una avellana, en la palma de mi mano, según me pareció; era redondo como una bolita. Lo miré con el ojo de mi entendimiento y pensé: «¿Qué puede ser?». Se me respondió, de manera general: «Es todo lo que ha sido creado». Me quedé asombrada de que pudiera durar, pues una cosa tan insignificante, pensaba yo, podía desvanecerse en un instante. Y se me respondió en mi entendimiento: «Permanece y permanecerá siempre, porque Dios lo ama; de este modo, todo tiene su ser a través del amor de Dios».

En esa pequeña nada vi tres propiedades. La primera es que Dios la ha creado, la segunda, que Dios la ama, la tercera, que Dios la conserva. Mas ¿qué vi yo en ello[1]? Que Dios es el Creador, el protector y el amante. Hasta que no esté unida substancialmente a él, nunca podré tener perfecto reposo ni verdadera felicidad; es decir, hasta que no esté tan unida a él que no pueda haber cosa alguna creada entre mi Dios y yo[2].

Me parecía como si aquella pequeña cosa creada fuera a aniquilarse debido a su pequeñez. Es necesario que lo sepamos[3], de manera que podamos deleitarnos en tener como nada todo lo creado, para amar y tener a Dios, el increado. Pues ésta es la razón por la que nuestra alma y nuestro corazón no están en perfecto descanso, porque buscamos descansar en esa cosa tan pequeña, en la que no hay ningún descanso, y no conocemos a nuestro Dios, que es todopoderoso, todo sabiduría y todo bondad, que es el verdadero descanso. Dios quiere ser conocido, y le place que descansemos en él; pues nada de lo que está por debajo de él puede bastarnos. Esta es la razón de que ningún alma descanse hasta que no tenga como nada las cosas creadas.

---

[1] «¿Qué es para mí?» (TB).

[2] «¿Y quién lo hará? Verdaderamente, él mismo, por su misericordia y por su gracia; para eso me ha creado y felizmente me ha restaurado» (TB, c. 4).

[3] «En esta bienaventurada revelación Dios me mostró tres nadas, y de estas nadas he aquí la primera. Todo hombre y toda mujer que deseen vivir como contemplativos deben tener conocimiento de esto, de manera que les sea agradable desdeñar como nada todo lo creado, para que puedan tener el amor increado de Dios. Pues ésta es la razón de que quienes deliberadamente se ocupan de asuntos terrenales, buscando constantemente el bienestar mundano, no tengan la paz de Dios en su alma ni en su corazón...» (TB, c. 4).

Cuando el alma se ha hecho voluntariamente nada por amor para tener a aquel que es todo, entonces puede recibir el descanso espiritual.

Nuestro buen Señor me reveló también[4] que es para él gran placer que un alma simple llegue a él desnuda, abierta y confiadamente. Pues éste es el ardiente deseo amoroso del alma que ha recibido el toque del Espíritu Santo, según comprendí en esta revelación: «Dios, de tu bondad, date a mí, pues me bastas, y no puedo pedir nada inferior a lo que te glorifique plenamente. Y si pido algo inferior, siempre quedo falta de algo; pues sólo en ti tengo todo».

Estas palabras de la bondad de Dios son muy queridas al alma, y tocan muy de cerca la voluntad de nuestro Señor, pues su bondad colma a todas sus criaturas y todas sus obras benditas, y en ellas se derrama sin fin. Pues él es eternidad, sólo para él nos ha creado, y nos restaura por su preciosa pasión, preservándonos siempre en su amor bienaventurado. Y todo esto procede de su bondad.

---

[4] Aquí comienza una segunda adición a TB.

Capítulo 6

Esta revelación fue dada a mi entendimiento para enseñar a nuestras almas la forma de adherirse sabiamente a la bondad de Dios. Y en ese mismo momento vinieron a mi mente nuestros hábitos de oración, cómo en nuestra ignorancia acerca del amor acostumbramos a emplear muchos intermediarios. Entonces vi verdaderamente que se honra y satisface más a Dios cuando le rezamos por su bondad y nos unimos a él por su gracia, con verdadero entendimiento y fe firme, que cuando empleamos todos esos intermediarios en los que puede pensar el corazón. Pues recurriendo a tales mediadores hacemos muy poco y no glorificamos plenamente a Dios. Su bondad es plena y completa, de nada necesita.

Lo que voy a decir vino a mi mente al mismo tiempo. Rogamos a Dios por su carne sagrada y su preciosa sangre, por su santa Pasión, por su muerte y sus benditas heridas, pues todas las bendiciones de la naturaleza y la vida eterna que de ello recibimos nos vienen de la bondad de Dios. Le rogamos por el amor de la dulce madre que le dio a luz, y toda la ayuda que de ella nos llega, de su bondad nos viene. Rogamos por la santa cruz en que murió, y toda la ayuda y la fuerza que de la cruz obtenemos, procede de su bondad. Igualmente, toda la ayuda que obtenemos de los santos particulares y de la bienaventurada corte celestial, el amor precioso y la santa amistad sin fin que de ellos tenemos, procede de su bondad. Pues los mediadores que la bondad de Dios ha establecido para nuestra ayuda son bellos y numerosos. De todos ellos, el principal, el más importante, es la bendita naturaleza humana que él tomó de la virgen, con todos los mediadores que precedieron y siguieron, que son parte de nuestra redención y de nuestra salvación eterna.

Por lo tanto, le agrada que le busquemos y honremos a través de sus mediaciones, con tal que comprendamos y sepamos que él es la bondad de todo. Pues la forma más elevada de oración es la que se dirige a la bondad de Dios, que desciende a nuestras más humildes necesidades. Da vida a nuestras almas y las hace vivir y crecer en gracia y virtud. Es la más cercana a nuestra naturaleza y la más pronta a la gracia, pues es la misma gracia que el alma busca y buscará siempre, hasta que conozcamos verdaderamente a nuestro Dios, que nos ha encerrado a todos en él.

El hombre camina erguido, y el alimento que toma queda encerrado en su cuerpo, como si éste fuera una bolsa bien hecha. Cuando llega el momento de la necesidad, la bolsa se abre y luego se cierra de nuevo, de la forma más decorosa. Y es Dios quien lo hace, como se muestra cuando dice que se abaja hasta nosotros en nuestras más humildes necesidades. Pues no desprecia nada de lo que ha creado, ni desdeña servirnos en las funciones naturales más simples de nuestro cuerpo, por amor al

alma que ha creado a su semejanza. Y así como el cuerpo está vestido con la ropa, y la carne con la piel, y los huesos con la carne, y el corazón con el pecho, así estamos nosotros, alma y cuerpo, vestidos y encerrados en la bondad de Dios. Sí, y más íntimamente todavía, pues todo se desvanece y se consume; la bondad de Dios es siempre total, y muy próxima a nosotros, más allá de cualquier comparación. Pues en verdad nuestro amante desea que nuestra alma se adhiera a él con todas sus fuerzas, y que nos adhiramos siempre a su bondad. Pues de todas las cosas que el corazón puede pensar, esto es lo que más place a Dios y más pronto aprovecha al alma. Pues tanto la ama el Altísimo que este amor supera el conocimiento de todos los seres creados. Es decir, no existe ser creado que pueda saber cuánto y qué dulcemente y cuán tiernamente el Creador nos ama. Por lo tanto, con su gracia y su ayuda, podemos perseverar, con asombro infinito, en la contemplación espiritual de ese gran amor, incomparable, sin medida, que nuestro Señor en su bondad nos tiene; y por tanto podemos pedir con reverencia a nuestro amante todo lo que deseamos, pues nuestro deseo natural es tener a Dios, y el deseo de Dios es tenernos a nosotros, y nunca podremos dejar de desear o de amar hasta que le poseamos en la plenitud de la alegría. Y entonces no querremos nada más, pues es su voluntad que nos ocupemos en conocer y amar hasta que llegue el tiempo en que seamos colmados en el cielo.

Y así me fue revelada esta lección de amor, con todo lo que sigue, como veréis, pues la fuerza y fundamento de todo estaba revelado en la primera visión. Es contemplando y amando al Creador, más que de ninguna otra forma, como el alma ve su pequeñez y se llena de temor reverencial y de verdadera humildad, y de un gran amor por sus semejantes cristianos.

Capítulo 7

Y para enseñarnos esto, según comprendí, nuestro buen Señor me mostró al mismo tiempo a nuestra Señora santa María, para indicar la elevada sabiduría y verdad que ella tenía cuando contemplaba a su Creador. Esta sabiduría y verdad le mostró en su contemplación qué grande, qué eminente, qué poderoso y bueno era su Dios. La grandeza y la nobleza de su contemplación de Dios la llenaban de un temor reverencial; y se vio a si misma tan pequeña y humilde, tan simple y tan pobre en comparación con su Dios, que ese temor reverencial la llenó de humildad. Y éste fue el fundamento que la colmó de gracia y de toda clase de virtudes, y así es superior a todas las criaturas.

Durante todo el tiempo que nuestro Señor me mostró esta visión espiritual que he descrito, vi persistir el abundante derramamiento de sangre de su cabeza. Las grandes gotas[1] caían desde la corona como perdigones, y parecían salir de sus venas. Cuando salían eran de un rojo pardusco, pues la sangre era muy espesa, y cuando se extendían se volvían de un rojo brillante. Cuando llegaban a las cejas, se desvanecían; y aun así, la sangre siguió corriendo hasta que yo hube visto y comprendido muchas cosas. Sin embargo, la belleza y la vivacidad de su rostro persistían, bello y vivo sin disminución.

La abundancia se asemejaba a las gotas de agua que caen de los aleros de una casa después de un fuerte aguacero, cayendo tan copiosa que ningún ingenio humano podría contarlas. Y en su redondez, al derramarse sobre la frente, eran como escamas de arenque.

Entonces se me ocurrieron tres cosas: las gotas eran redondas como perdigones cuando la sangre brotaba; como escamas de arenque cuando se extendían; como gotas de lluvia cuando caen de los aleros, de modo que no podían contarse. Esta visión era vivida y penetrante, espantosa y horrible, dulce y encantadora. Y de todo lo que contemplé en esta visión, lo que me dio más fuerza fue ver a nuestro buen Señor, que es tan reverenciado y temido, mostrarse tan amistoso y cortés, y eso llenó mi alma de deleite y certeza más que cualquier otra cosa.

Y para que yo pudiera comprenderlo mejor, me mostró este claro ejemplo[2]. El mayor honor que un rey poderoso o un gran señor puede hacer a un sirviente pobre es mostrarse amistoso y afable con él; y si, en público y en privado, lo hace abiertamente y con semblante feliz, esta pobre criatura pensará: «¡Mira!, ¿qué mayor alegría y honor podría darme este noble señor que mostrar para conmigo, que soy

---

[1] Aquí comienza otra adición a TB.

[2] Se anticipa aquí el tema del señor y el servidor, que desarrollará en el c. 51 y falta en TB.

tan poca cosa, esta maravillosa familiaridad? Verdaderamente, esto es para mí una alegría y un deleite mayor que si me hubiera ofrecido grandes regalos pero permaneciera siempre distante de mí». Este ejemplo me fue mostrado de forma tan exaltada que era como si a ese hombre le hubieran robado el corazón y casi pudiera llegar a olvidar su propia existencia en la alegría de tan gran familiaridad.

Así sucede con nuestro Señor Jesús y nosotros. Pues es en verdad la mayor alegría posible, según vi, que aquel que es el más alto y poderoso, el más noble y honorable, sea el más bajo y humilde, el más familiar y cortés. Y, en verdad, él nos manifestará realmente esta maravillosa alegría cuando le veamos. Nuestro buen Señor quiere que creamos en esto y confiemos, que nos alegremos y deleitemos, nos fortalezcamos y consolemos, tal como podemos hacer con su ayuda y con su gracia, hasta el día en que lo veamos tal cual es. Pues nuestra mayor alegría, según vi, será esta maravillosa cortesía y familiaridad de nuestro Padre, que es nuestro Creador, en nuestro Señor Jesucristo, que es nuestro hermano y nuestro salvador. Pero ningún ser humano puede conocer esta maravillosa familiaridad en esta vida, a menos que tenga una revelación especial de nuestro Señor, o una especial abundancia de gracia concedida interiormente por el Espíritu Santo. Pero fe y creencia, junto con amor, son dignas de recompensa, y ésta se recibe por la gracia. Pues nuestra vida está fundamentada en la fe, con esperanza y amor. Esto lo revela Dios a quien quiere, y de manera sencilla lo enseña, expone y afirma, con muchos detalles secretos que forman parte de nuestra fe y creencia, que deben ser conocidos para gloria de Dios. Y cuando la revelación, dada sólo durante un tiempo, ha pasado y se oculta, entonces la preserva la fe por la gracia del Espíritu Santo hasta el final de nuestra vida. Y así en la revelación no hay nada diferente de la fe, ni menos ni más, como se verá en la enseñanza de nuestro Señor sobre este punto, cuando toda la revelación se cumpla.

Capítulo 8

Mientras contemplaba esta visión[1] de la sangre que caía abundante sobre su cabeza, no podía dejar de pronunciar estas palabras: «¡Bendito sea el Señor!». En esta revelación comprendí seis cosas.

La primera es la prueba de su bendita Pasión y el abundante derramamiento de su preciosa sangre.

La segunda es la virgen, que es su madre amada.

La tercera es la divinidad bendita, que siempre fue, es y será todopoderosa, toda sabiduría y toda amor.

La cuarta es todo lo que él ha hecho, pues sé muy bien que el cielo y la tierra y toda la creación son grandes, generosos y bellos y buenos. Pero la razón de que pareciera tan pequeño a mis ojos fue que lo vi en presencia de aquel que es el Creador. A cualquier alma que ve al Creador de todas las cosas, todo lo creado le parece muy pequeño.

La quinta es que aquel que creó, creó todo por amor, y por el mismo amor lo conserva y lo conservará para siempre, como ya se ha dicho.

La sexta es que Dios es todo lo que es bueno, según vi, y la bondad que está en todas las cosas es Dios.

Dios me mostró esto en la primera visión, y me dio espacio y tiempo para contemplarlo. Y luego cesó la visión corporal, pero la visión espiritual continuaba en mi entendimiento. Yo esperaba con temor reverente, regocijándome en lo que veía y deseando, en la medida en que me atrevía, ver más, si era voluntad de Dios, o ver la misma visión durante un tiempo mayor.

En todo esto me sentía llena de amor hacia mis semejantes cristianos; quería que todos ellos pudieran ver y conocer lo mismo que yo veía, pues deseaba que fuera un consuelo para ellos, ya que toda esta visión estaba destinada a todos los seres humanos.

Entonces dije a quienes estaban conmigo: «Hoy es el día de mi juicio final». Y dije esto porque esperaba morir, porque el día en que un hombre o una mujer muere recibe el juicio particular, y será para siempre, tal como comprendí. Dije esto porque quería que amaran mejor a Dios, y para hacerles conscientes de que esta vida es breve, de lo cual podían verme como un ejemplo. Pues en todo aquel tiempo esperaba

[1] Correspondencia con TB, c. 5.

morir, y era para mí maravilloso y algo sorprendente, pues me parecía que esta visión me era revelada para aquellos que seguirían viviendo.

Cuanto digo de mí quiero aplicarlo a todos mis semejantes en Cristo, pues en esta revelación espiritual se me enseñó que eso es lo que quiere nuestro Señor. Y, por lo tanto, os pido por Dios a todos vosotros, y os aconsejo para vuestro propio provecho, que no hagáis caso de esta desgraciada a quien se le mostró, sino que con fuerza, sabiduría y humildad lo contempléis en Dios, que en su cortesía, en su amor y su bondad infinita quiso manifestarlo a todos, para consuelo de todos nosotros. Pues es voluntad de Dios que lo aceptéis con gran alegría y deleite, como si Jesús se lo hubiera mostrado a cada uno de vosotros.

Capítulo 9

No soy buena por el hecho de las revelaciones, sino solamente si amo a Dios mejor. Y en la medida en que ames mejor a Dios, tú lo eres más que yo. No digo esto a quienes son sabios, porque bien lo saben. Te lo digo a ti, que eres simple, para darte fuerza y consuelo; todos nosotros somos uno en el amor, pues en verdad no me fue revelado que Dios me ame más que al alma más humilde que está en estado de gracia. Estoy segura de que existieron muchos que nunca tuvieron revelaciones o visiones, sino sólo la enseñanza común de la santa Iglesia, que aman a Dios mejor que yo. Si me presto a mí misma una especial atención, no soy nada en absoluto; pero en general estoy, espero, en la unidad de amor con todos mis semejantes cristianos. Pues es en esta unidad donde reside la vida de toda la humanidad que será salvada.

Pues Dios es todo lo que es bueno, según vi. Dios ha creado todo lo que existe, y ama todo lo que ha creado[1]. Y quien ama de modo general a todos sus semejantes cristianos en Dios, ama todo lo que es. Pues en la humanidad que será salvada está comprendido todo, es decir, todo lo que ha sido creado y el Creador de todo. Pues Dios está en el hombre y todo está en Dios[2]. Quien ama así, ama todo[3]. Y yo espero por la gracia de Dios que a quien pueda verlo así se le enseñará la verdad y será muy consolado, si tiene necesidad de consuelo[4].

Hablo de aquellos que serán salvados, pues en aquel tiempo Dios no me mostró a nadie más. Pero en todo creo lo que la santa Iglesia predica y enseña. Pues la fe de la Iglesia, tal como la había comprendido antes, y de la que espero, por la gracia de Dios, observarlo todo y practicarlo, estaba siempre ante mí, y deseaba y tenía

---

[1] TB añade: «Y si cualquier hombre o mujer aparta su amor de cualquiera de sus semejantes en Cristo, no ama en absoluto, porque no tiene amor a todos. Y por eso en tales ocasiones está en peligro, porque no está en paz» (c. 6).
[2] SS: «y Dios está en todo». TB: «y así en el hombre está todo» (c. 6).
[3] «Y así quiero amar, y así amo, y así soy salva —escribo como representante de mis semejantes en Cristo—, y cuanto más ame de esta forma mientras esté en este mundo, más me haré semejante a la alegría que tendré en el cielo para siempre, esa alegría que es el Dios que en su amor infinito quiso hacerse nuestro hermano y sufrir por nosotros. Y estoy segura de que a cualquiera que así lo vea se le enseñará la verdad y será muy consolado, si tiene necesidad de consuelo» (TB, c. 6).
[4] TB añade: «Pero Dios prohíbe que podáis decir o pensar que soy una maestra, pues no es ésa, ni lo fue nunca, mi intención; soy una mujer, ignorante, débil y frágil. Pero sé muy bien que lo que digo lo he recibido por revelación de aquel que es el soberano maestro. Es en verdad amor lo que me mueve a decíroslo, pues quiero que Dios sea conocido y que mis semejantes en Cristo sean ayudados, como espero serlo yo, para odiar más el pecado y amar más a Dios. ¿Pero debo pensar que por ser mujer no debería hablaros de la bondad de Dios, cuando vi al mismo tiempo que él quiere que su bondad se conozca? Lo veréis claramente en lo que sigue, si se acepta bien y de verdad. Entonces pronto me olvidaréis a mí, que soy miserable, y ya no seré obstáculo para vosotros, y contemplaréis a Jesús, que es el maestro de todos los seres humanos» (c. 6).

intención de no aceptar nunca nada que pudiera ser contrario a ella. Y con este fin y con esta intención contemplaba la revelación con toda diligencia, pues en toda esta bendita revelación lo contemplaba como Dios quería.

Todo esto me fue mostrado en tres partes: por visión corporal, por palabras formadas en mi entendimiento y por visión espiritual. Pero ni sé ni puedo mostrar las visiones espirituales tan clara y plenamente como quisiera. Mas confío en que nuestro Señor todopoderoso, por su bondad y su amor a vosotros, os hará captar más espiritualmente y más dulcemente de lo que yo sepa o pueda decirlo[5].

[5] TB añade: «y así será, pues todos somos uno en el amor» (c. 7).

Capítulo 10: segunda revelación

Y después de esto, examiné con visión corporal el rostro del crucifijo que estaba ante mí, y vi en él una parte de la pasión de Cristo: ultrajes, escupitajos asquerosos, bofetadas y muchos otros dolores interminables, más de los que puedo describir; y cambiaba a menudo de color. En una ocasión, vi cómo la mitad de su rostro se cubría de sangre seca, a partir de la oreja, hasta quedar totalmente cubierto por ella, y luego la otra mitad se resecaba de la misma manera, mientras la sangre desaparecía del otro lado igual que había aparecido.

Todo esto lo vi en visión corporal, de manera espantosa y oscura. Deseaba más luz, para ver con mayor claridad. Y se me respondió en mi razón: «Si Dios quiere mostrarte más, él será tu luz; no necesitas nada sino a él». Pues yo le veía[1], y le buscaba: somos tan ciegos y tan insensatos que no podemos ver nunca a Dios hasta el momento en que él en su bondad se nos muestra. Y cuando por la gracia vemos algo de él, somos impulsados con gran deseo, por la misma gracia, a tratar de verle para nuestra alegría. Así, yo le veía, y le buscaba; le tenía, y me faltaba; y ésta es y debería ser nuestra tarea ordinaria en esta vida, tal como yo lo veo.

En una ocasión mi entendimiento fue llevado hasta el fondo del mar, y allí vi verdes colinas y valles verdes, con la apariencia de musgo cubierto con algas y arena. Entonces lo comprendí de esta manera: que si un hombre o una mujer estuvieran allí, bajo las aguas profundas, y pudieran ver a Dios, tal como está siempre continuamente con nosotros, serían salvos en alma y cuerpo, y no experimentarían ningún mal. Es más, tendrían más fuerza y consuelo de lo que todo este mundo pudiera decir. Pues Dios quiere que le veamos continuamente, aunque a nosotros nos parezca que la visión es sólo parcial; y a través de esta creencia nos hace obtener cada vez más gracia, pues Dios desea que le veamos, y desea que le busquemos, y desea que contemos con él, y desea que confiemos en él.

Esta segunda revelación era tan humilde y tan pequeña y tan simple que mi espíritu quedó muy afligido cuando la contemplaba, llorando, temiendo, anhelando; pues a veces tenía miedo de que no fuera una revelación. Y entonces, en varias ocasiones, nuestro Señor me dio una comprensión mayor, y entendí que era realmente una revelación. Simbolizaba y se asemejaba a nuestra sucia y negra muerte, que nuestro bello, luminoso y bendito Señor cargó sobre sí por nuestros pecados. Eso me hizo pensar en el velo santo de Verónica, en Roma, que él imprimió con su rostro ensangrentado, durante su cruel pasión, cuando iba voluntariamente a la muerte; su rostro afligido y consumido cambió a menudo de color, pasando del pardo al negro.

[1] El resto del capítulo es original de TL.

Muchos se preguntan cómo pudo imprimirse esa imagen de su rostro bendito, que es el más bello del cielo, la flor de la tierra y el fruto del útero de la virgen. Cómo puede estar esa imagen tan descolorida y tan lejos de la belleza. Yo quiero decir lo que, por la gracia de Dios, he comprendido.

Sabemos por nuestra fe y nuestra creencia, por la enseñanza y predicación de la santa Iglesia, que la santísima Trinidad hizo a la humanidad a su imagen y semejanza. Igualmente sabemos que cuando el hombre cayó tan profunda y miserablemente por el pecado, no había ninguna ayuda que pudiera restaurarle, salvo la de aquel que creó al hombre. Y aquel que creó al hombre por amor, por el mismo amor quiso devolver al hombre la misma bienaventuranza, e incluso más. Y así como fuimos creados a semejanza de la Trinidad en nuestra primera creación, quiere nuestro Creador que seamos como Jesucristo, nuestro salvador, para siempre en el cielo, por el poder de nuestra nueva creación. Así pues, entre estas dos creaciones, Jesús quiso, por su amor y para gloria del hombre, hacerse a sí mismo semejante al hombre en esta vida mortal, en nuestra vileza y nuestra miseria, como un hombre, pero sin pecado. Y éste es el significado de lo que dije antes de que esa revelación simbolizaba y se asemejaba a nuestra mortalidad, negra y repugnante, en la que nuestro hermoso, luminoso, bendito Señor ocultó su divinidad. Pero en verdad me atrevo a decir —y debemos creerlo— que no existió nunca un hombre tan bello como él, hasta el momento en que su encantadora complexión fue cambiada por la fatiga y la pena, el sufrimiento y la muerte. Esto se cuenta en la Octava Revelación, en el capítulo dieciséis, donde se dice más de la misma semejanza. Y respecto del velo de la Verónica, en Roma, cambia su color y su apariencia de vez en cuando; a veces es más consolador y vivido, a veces más triste y cadavérico, como puede observarse.

Esta visión me enseñó a comprender que la búsqueda constante del alma complace mucho a Dios. Pues el alma no puede hacer más que buscar, sufrir y confiar. Y esto se cumple en todas las almas, por medio del Espíritu Santo. La iluminación para que el alma encuentre es una gracia especial del Espíritu, que da cuando quiere. Buscar con fe, esperanza y amor place a nuestro Señor, y el encuentro place al alma y la llena de alegría. Y así se me enseñó a comprender que buscar es tan bueno como contemplar, durante el tiempo que él quiere permitir que el alma se esfuerce. Es voluntad de Dios que busquemos hasta que le veamos, pues es así como él se mostrará a nosotros, por su gracia especial, cuando sea su voluntad.

Él enseñará al alma cómo debe comportarse cuando le contempla. Ese es el mayor honor para él y el mayor beneficio para el alma; ella recibe más humildad y otras virtudes, por la gracia y la guía del Espíritu Santo. Pues me parece que el mayor honor que un alma puede rendir a Dios es, simplemente, entregarse a él con verdadera confianza, sea buscando o contemplando. Éstas son las dos actividades que pueden encontrarse en esta visión: una es buscar, la otra contemplar. Buscar es común a todos, y toda alma puede y debe hacerlo, con discernimiento y según la enseñanza de la santa Iglesia.

Dios quiere que recibamos de él tres dones cuando buscamos. El primero es que busquemos con toda voluntad y diligencia, sin pereza, como es posible por su gracia, con gozo y alegría, sin abatimiento irracional ni penas inútiles. El segundo es que le esperemos firmemente, por amor, sin refunfuñar ni disputar con él, hasta el final de nuestra vida, pues ésta apenas dura un instante. El tercero es que confiemos realmente en él, con fe plena y verdadera, pues quiere que sepamos que él aparecerá, súbita y felizmente, a todos sus amadores. Pues obra en secreto, y será percibido, y su aparición será súbita y repentina. Quiere que confiemos en él, pues es muy accesible, cercano, afable y cortés, ¡bendito sea!

Capítulo 11: tercera revelación

Y después de esto vi a Dios en un punto[1], le vi en mi entendimiento. Por esta visión, vi que está presente en todas las cosas. Lo contemplé muy atentamente, viendo y comprendiendo que él hace todo lo que se hace. Me maravillaba con un temor suave, y pensé: «¿Qué es el pecado?». Pues vi realmente que Dios hace todo, por pequeño que sea, y que nada se debe al azar, sino que todo sucede por la sabiduría presciente de Dios. Si a nosotros nos parece azar, es debido a nuestra ceguera y falta de presciencia. Pues aquellas cosas que están en la sabiduría presciente de Dios desde antes del tiempo, él las conduce siempre a su mejor conclusión, en el momento oportuno y para su gloria; cuando suceden, suceden de improviso para nosotros, y en nuestra ceguera, en nuestra ignorancia y falta de presciencia decimos que todo se ha debido al azar.

Así lo comprendí en esta revelación de amor, pues sé bien que para nuestro Señor no existe la casualidad; por lo tanto, me vi obligada a admitir que todo lo que se hace está bien hecho, pues es Dios quien hace todo. En aquel momento no se me reveló la obra de las criaturas, sino la obra de nuestro Señor en las criaturas, pues él está en el centro de todo y hace todo. Y tuve la certeza de que él no es el autor del pecado; tuve la certeza de que el pecado no es una obra[2], pues en toda esta visión no me fue mostrado el pecado. No quise seguir preguntándome sobre esto, así que contemplé a nuestro Señor y esperé lo que él me fuera a mostrar. Y de esta manera, la perfección del comportamiento de Dios se mostró a mi alma, en la medida en que podía mostrarse en aquel momento. La perfección tiene dos cualidades admirables: la rectitud y la plenitud. Y así son todas las obras de nuestro Señor, que no necesitan ninguna operación de misericordia o de gracia, pues son perfectas y de nada carecen.

---

[1] El texto dice, literalmente: «in a point»; Colledge y Walsh optan por traducirlo como «en un instante». Me inclino por la traducción literal, pues el símbolo del punto goza de larga tradición aplicado a la divinidad; así por ejemplo, Clemente de Alejandría llama a Dios «el punto de la unidad primordial». El Pseudo-Dionisio, en su obra De los nombres divinos, dice: «Es, pues, cosa indivisible y por consiguiente propia de toda la Trinidad [...] así es el punto situado en el centro del círculo respecto de las líneas trazadas desde la circunferencia hasta él» y, más adelante, «todos los rayos del círculo se encuentran unidos en un centro común, y ese centro indivisible comprende en sí mismo todos los rayos que son absolutamente indistintos, unos de otros y del punto único del que proceden». Es la misma tradición de Escoto Erígena y, por otra parte, ya en tiempos de Juliana, empieza a ser conocido, difundido y ampliamente utilizado el Libro de los 24 filósofos, de finales del siglo XII, donde se encuentran las palabras, atribuidas a Hermes Trismegisto: «Dios es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna». En nuestro siglo, y siguiendo esa tradición, el poeta T. S. Eliot hablará de ese «punto inmóvil del mundo que gira».

[2] TB, c. 8, dice: «el pecado es nada (sin is nought/nothing)». Cf. aquí c. 27.

En otra ocasión él me mostró el pecado en su desnudez, para mi contemplación, como contaré más tarde, y es entonces cuando realiza las obras de misericordia y de la gracia.

Esta visión[3] fue revelada a mi entendimiento, pues nuestro Señor quiere que el alma esté realmente vuelta hacia la contemplación de Dios y de todas sus obras. Pues éstas son plenamente buenas, y todos sus juicios son leves y suaves, y procuran gran descanso al alma que abandona la contemplación de los ciegos juicios de los hombres al juicio hermoso y dulce de nuestro Señor Dios. Pues el hombre considera unas obras como buenas, otras como malas, pero nuestro Señor no las considera así, pues todo lo que existe en la naturaleza es creación de Dios, de manera que toda cosa creada tiene la propiedad de proceder de la acción de Dios. Es fácil comprender que la mejor de las acciones está bien hecha; pero la más pequeña está tan bien hecha como la mejor y la más grande, ya que todas tienen la propiedad y el orden que Dios ha dispuesto para ellas desde antes del principio, pues nadie las hace sino él.

Vi con toda evidencia que Dios nunca cambia sus designios en nada, ni los cambiará jamás en la eternidad. Pues nada de su justo ordenamiento era desconocido para él antes de que comenzara el tiempo, y por tanto todas las cosas estaban ordenadas, antes de que nada fuera creado, como lo estarán eternamente. Y nada fallará a este respecto, pues él hizo todas las cosas totalmente buenas.

Por eso la santísima Trinidad está siempre plenamente complacida de todas sus obras, y Dios me reveló todo esto de la manera más bienaventurada, cuando dijo: «¡Mira! Yo soy Dios. ¡Mira! Yo estoy en todas las cosas. ¡Mira! Yo hago todas las cosas. ¡Mira! Yo nunca retiro mis manos de mis obras, y no las retiraré jamás. ¡Mira! Yo conduzco todas las cosas hacia el fin que he ordenado para ellas, antes del comienzo del tiempo, con el mismo poder, sabiduría y amor con que las creé. ¿Cómo alguna de ellas podría ser mala?». Así fue sondeada mi alma, poderosamente, sabiamente, amorosamente, en esta visión. Entonces vi en verdad que debía asentir, con gran reverencia y alegría en Dios.

[3] El resto de este capítulo no está en TB.

Capítulo 12: cuarta revelación

Después de esto, cuando miré, vi el cuerpo sangrando copiosamente a consecuencia de la flagelación, y era así. La hermosa piel estaba profundamente lacerada en la carne tierna por los atroces golpes asestados por todo el cuerpo. La sangre caliente corría tan abundantemente que ni la piel ni las heridas podían verse, pues todo parecía ser sangre. Y cuando descendía hasta donde debía haber caído, desaparecía. Sin embargo, la sangre siguió derramándose por un tiempo, como para que fuera observada atentamente. Yo la veía tan abundante que me pareció que si realmente y en substancia aquello hubiera sucedido allí, la cama y todo lo que estaba alrededor habría quedado empapado en sangre.

Entonces, un pensamiento vino a mi mente. Dios ha creado aguas abundantes sobre la tierra para nuestro uso y el bien de nuestro cuerpo, por el tierno amor que nos tiene. Pero le place más que, por nuestro bien, aceptemos su bendita sangre para lavar nuestros pecados; no hay otra bebida creada que tanto le complazca darnos. Pues es la más abundante, la de mayor precio, y ello por el poder de la bienaventurada divinidad. Es de nuestra misma naturaleza, y fluye benditamente sobre nosotros por el poder de su infinito amor.

La sangre preciosa[1] de nuestro Señor Jesucristo es en verdad la más preciosa, la más inagotable. Mirad y ved el poder de esta preciosa abundancia de su preciosa sangre. Descendió a los infiernos y rompió sus cadenas, y liberó a todos aquellos que allí se encontraban y que pertenecían a la corte celestial. La preciosa abundancia de su preciosa sangre inunda toda la tierra, y está presta para lavar los pecados de todas las criaturas que son, han sido y serán de buena voluntad. La preciosa abundancia de su preciosa sangre ascendió al cielo en el cuerpo bendito de nuestro Señor Jesucristo, y allí entró a raudales, pidiendo al Padre por nosotros; así es y así será mientras tengamos necesidad de ello. Fluye a raudales por todo el cielo, regocijando en la salvación a toda la humanidad que allí se encuentra y se encontrará, hasta completar el número de los que faltan.

[1] El resto del capítulo no figura en TB.

Capítulo 13: quinta revelación

Después de esto, antes de que Dios me revelara ninguna palabra, me permitió contemplarle durante un tiempo, y contemplar también todo lo que había visto y todo el sentido que en ello se contenía, en la medida en que la simplicidad de mi alma podía entender. Y entonces él, sin voz ni movimiento de los labios, formó en mi alma estas palabras: «Con esto se vence al enemigo». Nuestro Señor dijo esto en referencia a su bendita Pasión, según me la había revelado anteriormente. En esto me desveló una parte de la malicia del diablo, y toda su impotencia, al mostrar que su Pasión es la victoria sobre el diablo.

Dios me mostró que el diablo tiene ahora la misma malicia que tenía antes de la Encarnación y que trabaja con el mismo ardor, y ve continuamente, ahora como antes, que todas las almas que se salvarán escapan de él hacia la gloria de Dios por el poder de la preciosa Pasión de nuestro Señor. Esa es la tristeza del diablo, y su inmensa vergüenza, pues todo lo que Dios le permite hacer se troca en alegría para nosotros y en dolor y vergüenza para él. Y tiene la misma tristeza cuando Dios le permite actuar que cuando no está en acción, porque nunca puede hacer tanto mal como desea, pues su poder está completamente encerrado en las manos de Dios. Pero en Dios no puede haber ira alguna, tal como yo lo vi, y es con poder y justicia, para beneficio de todos aquellos que serán salvados, como se opone a los condenados que, llenos de malicia y malignidad, trabajan para frustrar la voluntad de Dios y oponerse a ella.

Vi también que nuestro Señor desprecia su malicia y la desdeña como nada, y quiere que nosotros hagamos lo mismo. A causa de esta visión, me eché a reír, y eso hizo que aquellos que me rodeaban rieran también; y su risa me alegró. Pensé que me hubiera gustado que todos mis semejantes en Cristo hubieran visto lo que yo vi. Entonces todos habrían reído conmigo. No vi reír a Cristo, pero sé bien que era la visión que él me mostró lo que me hizo reír, pues comprendí que podemos reír, para consuelo nuestro y regocijo de Dios, porque el diablo ha sido vencido. Vi a nuestro Señor despreciar la malicia cuando fijé mi entendimiento en él, es decir, él me reveló interiormente la verdad sin cambiar de expresión. Pues tal como yo lo vi, éste es un atributo de Dios que debe ser honrado y que permanece para siempre.

Y después de esto, quedé seria de nuevo, y dije: «Veo tres cosas: combate, desprecio y seriedad. Vi un combate, ya que el diablo es vencido; y vi desprecio, ya que Dios le desprecia, y será despreciado; y vi seriedad, ya que es vencido por la bendita pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, que tuvo lugar con gran gravedad y penosos esfuerzos». Y cuando decía[1] que es despreciado, quería dar a

[1] El resto del capítulo no está en TB

entender que Dios le desprecia, porque él le ve ahora como lo verá siempre. Pues esto es lo que Dios me mostró, que el diablo está condenado. Y esto es lo que quería decir cuando afirmé que debe ser despreciado, pues vi que en el Día del Juicio será despreciado por todos los que se salvarán, y de cuya salvación tiene una envidia enorme. Pues entonces verá que todo el infortunio y tribulación que les ha causado se torna en aumento de su alegría eterna. Y todo el dolor y toda la tristeza que quería ocasionarles irán con él para siempre al infierno.

Capítulo 14: sexta revelación

Después de esto, nuestro Señor dijo: «Te agradezco tu servicio y tu trabajo en tu juventud». Y en esto, mi entendimiento fue elevado hasta el cielo, donde vi a Dios nuestro Señor como un señor que hubiera invitado a todos sus amigos a una fiesta espléndida, en su casa. No le vi sentado en ningún lugar de la casa, pero le vi reinar como un rey, y todo lo llenaba de alegría y júbilo, alegrando y consolando por sí mismo a sus queridos amigos, con gran familiaridad y cortesía, con la maravillosa melodía del amor infinito que desprendía su bello y bendito rostro, rostro glorioso que llena todo el cielo de la alegría y la dicha de la divinidad.

Dios me mostró los tres grados de beatitud que toda alma que haya servido a Dios voluntariamente de alguna forma en la tierra tendrá en el cielo. El primero es el honor y agradecimiento de Dios nuestro Señor, que recibirá cuando sea liberada del dolor. El agradecimiento es tan elevado y tan honroso que le puede parecer suficiente, como si no hubiera nada más. Pues me pareció que todo el dolor y el esfuerzo que los hombres vivos pueden soportar no podría merecer el agradecimiento glorioso que obtendrá un solo hombre que haya servido voluntariamente a Dios. En cuanto al segundo grado, consiste en que todos los bienaventurados del cielo verán la gloria del agradecimiento. Dios hace conocer a todos los que están en el cielo los servicios del alma; y entonces me fue revelado este ejemplo. Si un rey muestra agradecimiento a sus súbditos, esto es un gran honor para ellos; y si se lo hace saber a todo el reino, entonces su honor es aún mayor.

El tercer grado consiste en que la primera alegría con que el alma es recibida durará para siempre. Y vi que esto se revelaba íntima y dulcemente: que la edad de cada hombre será conocida en el cielo, y será recompensado por su servicio voluntario y por el tiempo que ha servido, y aquellos que voluntaria y libremente ofrecieron su juventud a Dios serán especialmente recompensados, más allá de toda medida, y se les agradecerá de manera maravillosa. Pues vi[1] que siempre que un hombre o una mujer se vuelven realmente a Dios, aunque sea para servirle un solo día, tendrán estos tres grados de amor. Y cuanto más ve el alma amante esta cortesía de Dios, más alegre se siente de servirle durante toda su vida.

[1] El resto del capítulo no está en TB

Capítulo 15: séptima revelación

Después de esto, me reveló un supremo deleite espiritual en el alma. En este deleite me sentía llena de una seguridad inalterable, de una fuerza enorme, sin ningún temor. Esta sensación era tan dichosa y espiritual que me sentía completamente en paz, de manera que no había nada en la tierra que hubiera podido afligirme.

Esto duró poco tiempo, y luego todo cambió. De nuevo me sentía abandonada, oprimida y cansada de la vida y de mí misma, hasta el punto de que apenas soportaba el seguir viviendo. Pensaba que no había alivio ni consuelo para mí, excepto la fe, la esperanza y el amor, y realmente sentía muy poco de todo ello. Y de nuevo Dios me dio consuelo y descanso para el alma, un deleite y una seguridad tan bienaventurados y poderosos que no había ya miedo, ni tristeza, ni dolor, físico o espiritual, que hubiera podido afligirme. Y luego, de nuevo sentí el dolor, y de nuevo en seguida el deleite y la alegría, ahora uno, luego otra, una y otra vez, supongo que unas veinte veces. Y en los momentos de alegría podía haber dicho, con san Pablo: «Nada me separará del amor de Cristo»[1]. Y en el dolor podría haber dicho, con san Pedro: «Señor, sálvame, que perezco»[2].

Esta visión me fue revelada para hacerme comprender que algunas almas se benefician al experimentar tales estados, ser consoladas unas veces y otras caer y ser abandonadas a sí mismas. Dios quiere que sepamos que nos mantiene a salvo todo el tiempo, en la tristeza y en la alegría. Y a veces un ser humano es abandonado a sí mismo para beneficio de su alma, aunque no siempre sea el pecado la causa. Pues en ese tiempo yo no cometí ningún pecado por el que mereciera ser abandonada, pues todo sucedió súbitamente. Ni merecí esos sentimientos de alegría. Pero nuestro Señor lo concede libremente, cuando quiere, y a veces permite que estemos tristes, y en ambos casos se trata del mismo amor. Pues es voluntad de Dios que hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para mantener nuestro consuelo: la dicha dura para siempre, y el dolor es pasajero y será reducido a nada para todos aquellos que serán salvados. Por lo tanto, no es voluntad de Dios que cuando experimentamos dolor caigamos en la tristeza y la aflicción, sino que lo superemos y nos mantengamos en la alegría infinita que es Dios.

---

[1] Rm 8,35.

[2] Mt 14,30

Capítulo 16: octava revelación

Después de esto, Cristo me mostró parte de su pasión, cercana ya a su muerte. Vi su dulce rostro como si estuviera seco y sin sangre, con la palidez del moribundo; luego, su rostro consumido se puso lívido, y la palidez se volvió azul, y luego el azul se volvió pardo, cuando la muerte se iba apoderando de su carne. Su pasión se me aparecía más vividamente en su rostro bendito, y especialmente en los labios. Y vi que éstos iban tomando esos cuatro colores, esos labios que antes había visto tan frescos y rojos, tan vivos y hermosos. Era doloroso ver ese cambio, ese ir muriendo, y su nariz, consumida y completamente seca, ante mis ojos. El dulce cuerpo se volvía azul y negro, completamente alterado y transformado respecto de su belleza natural, con su tez vivida y fresca convertida en la imagen marchita de la muerte. Pues cuando nuestro salvador murió en la cruz, había un viento seco y penetrante, según vi. Y cuando toda su preciosa sangre se hubo derramado de su cuerpo, todavía quedaba alguna humedad en su carne. Se secó desde el interior por la angustia y la ausencia de sangre, y desde el exterior por el viento y el frío, concentrados en el dulce cuerpo de Cristo; y cuando pasaron las horas, todo ello secó la carne de Cristo.

Aunque el dolor era amargo y penetrante, todavía duró mucho tiempo, y secó todo el fluido vital de la carne de Cristo. Entonces vi secarse ante mis ojos aquella dulce carne, una parte tras otra, con un dolor inaudito. Mientras quedaba algún fluido vital en su carne, Cristo continuó sufriendo. Su largo tormento me impresionó de tal forma que me parecía como si hubiera estado agonizante durante una semana, a las puertas de la muerte, siempre sufriendo ese enorme dolor. Y cuando digo que me parecía como si hubiera estado siete días muerto quiero decir, como ya he explicado, que su dulce cuerpo estaba tan descolorido, tan seco, tan consumido, tan cadavérico, tan digno de compasión, que podía haber estado muerto desde hacía una semana, aunque continuara muriendo. Y me pareció que el dolor más grande, el último dolor de su Pasión, fue cuando su carne se secaba.

Capítulo 17

Y en ese ir secándose, vinieron a mi mente las palabras de Cristo: «Tengo sed». Vi en Cristo una doble sed, una física, otra espiritual. Esas palabras que me fueron reveladas se referían a la sed física, y lo que me fue revelado de la sed espiritual lo diré mas tarde. Respecto de la sed física, comprendí que el cuerpo estaba totalmente seco, pues sangre y huesos habían perdido la sangre y la humedad. El bendito cuerpo se había ido secando durante mucho tiempo, con el desgarramiento de los clavos y el peso del cuerpo; comprendí que, debido a la delicadeza y a la suavidad de manos y pies, y a la cruel dureza de los clavos, se habían ensanchado las heridas; y el cuerpo, allí colgado durante tanto tiempo, cayendo bajo el peso, con la cabeza perforada y arañada, presionada por la corona, toda llena de sangre seca, con los suaves cabellos pegados con la sangre y las espinas, y las espinas agarradas a la carne. Al principio, mientras la carne estaba fresca y sangrante, la continua presión de las espinas ensanchaba las heridas. Vi también que la suave piel y la tierna carne, revueltas con el cabello y la sangre, estaban desgarradas por las espinas, rotas en muchos fragmentos, y colgaban como si fueran a caer mientras el cuerpo conservaba todavía el fluido natural. Cómo sucedió esto, no lo vi, pero comprendí que estaba causado por las aguzadas espinas y por la áspera y dolorosa imposición despiadada, implacable, de la corona, de manera que la piel y la carne fueron desgarradas en pedazos y el cabello arrancado de los huesos. Así, la carne estaba hecha jirones, como una tela, y colgaba, de manera que parecía que pronto caería debido al peso y la flojedad. Todo ello me causó gran pena y temor, pues me parecía que yo moriría tan pronto viera que caía.

Esto duró un momento, y después empezó a cambiar. Yo observaba y me asombraba de aquel cambio. Y entonces vi cómo sucedía: lo que estaba adherido a la corona comenzó a secarse y perder peso, y la rodeaba, como si fuera una corona sobre la otra corona. La corona hecha de espinas estaba teñida de sangre, y la otra corona y la cabeza eran de un mismo color, como de sangre seca coagulada. La piel y la carne del rostro y el cuerpo que veía estaban cubiertos con finas arrugas, de un color rojizo, como una tabla de madera envejecida, y el rostro estaba más marrón que el cuerpo.

Vi cuatro motivos por los que el cuerpo se secó. El primero era la pérdida de sangre, el segundo el consecuente dolor, el tercero el estar colgado al aire, como ropa tendida a secar, el cuarto era la necesidad física natural de líquido, que no recibió ningún alivio. ¡Ay!, duro y penoso era el dolor, pero más duro y penoso fue cuando el fluido faltó y todo empezó a secarse y consumirse. Estos fueron los dos sufrimientos que se veían en la bendita cabeza. El primero contribuyó a secarla, mientras el cuerpo estaba todavía húmedo, y el otro era lento, provocado por la consunción y la sequedad

cuando el viento soplaba sobre el cuerpo desde fuera, secándolo y atormentándole con el frío, mucho más de lo que mi corazón puede imaginar. Y de todos los demás dolores, vi que todo lo que yo pueda decir es inadecuado, pues no se puede describir[1].

Esta revelación de los sufrimientos de Cristo me llenó de sufrimiento; sé que él sufrió solamente una vez, pero era su voluntad mostrármelo ahora y llenarme con su recuerdo, como yo había pedido anteriormente[2]. En todo el tiempo que Cristo estuvo presente no sentí ningún dolor, excepto por los dolores de Cristo. Y entonces me di cuenta de lo poco que sabía del dolor que había pedido, y como una desgraciada lo lamentaba, pensando que si hubiera sabido lo que me esperaba, me habría mostrado reacia a pedirlo. Pues mis dolores me parecían superiores a cualquier otro dolor, incluso mortal. Pensé: «¿Existirá en el infierno algún dolor como este dolor?». Y en mi razón se me contestó[3]: «El infierno es un dolor diferente, pues en él hay desesperación». Pero de todos los dolores que llevan a la salvación, éste es el mayor, ver sufrir a quien amas. ¿Cómo podría haber un dolor mayor que ver sufrir a quien es toda mi vida, toda mi dicha y toda mi alegría? Aquí sentí de manera inquebrantable que yo amaba a Cristo más que a mí misma, que no había para mí un dolor mayor que verle sufrir.

---

[1] TB añade: «Pero cada alma debería hacer lo que dice san Pablo, y sentir en sí misma los sentimientos de Jesucristo» (c. 10).

[2] TB añade algunos detalles: «Mi madre, que estaba allí con los otros, acercó su mano a mi rostro para cerrarme los ojos, pues pensaba que yo ya estaba muerta o a punto de morir; y esto aumentó mucho mi tristeza, pues a pesar de todos mis dolores no quería que me privaran de contemplarle, debido a mi amor por él» (c. 10).

[3] TB: «Y en mi razón se me contestó que la desesperación es un dolor mayor, porque es un dolor espiritual» (c. 10).

Capítulo 18

Aquí vi parte de la compasión de nuestra Señora, santa María; pues Cristo y ella estaban tan unidos en el amor que la grandeza de su amor fue la causa de la grandeza de su dolor. En esto vi que la esencia del amor natural que las criaturas tienen por él es desarrollada por la gracia, y que este amor natural fue superado y revelado con mayor perfección en su dulce madre; y así como ella le había amado más que todos los demás, así su dolor sobrepasaba al de todos los demás. Pues siempre, cuanto más fuerte y más dulce es el amor, más triste es para quien ama ver sufrir al cuerpo amado. Y por eso todos sus discípulos y todos sus verdaderos amadores sufrieron más de lo que sufrieron por su propia muerte. Pues tengo la certeza, por mi propia experiencia, de que el menor de ellos lo amó mucho más de lo que se amaba a sí mismo, con un amor tal que supera todo lo que yo pueda decir.

Aquí vi una gran unidad entre Cristo y nosotros, según pude comprender. Pues cuando él sufría, nosotros sufríamos, y todas las criaturas capaces de sufrir sufrían con él. Es decir, todas las criaturas que Dios ha creado para nuestro servicio, el cielo y la tierra, suspendieron sus funciones naturales debido a la tristeza en el momento de la muerte de Cristo, pues es su característica natural reconocerle como su Señor, en quien reside todo poder. Y cuando él desfalleció, ellos desfallecieron con él, según su naturaleza, por la pena causada por sus sufrimientos. Y así, aquellos que eran sus amigos sufrieron dolor a causa del amor, y toda la creación en general sufrió. Es decir, incluso quienes no le reconocían sufrieron, porque el bienestar de toda la creación se debilitó, excepto la poderosa y secreta protección de Dios para todos ellos. Aludo a dos tipos de gente que no le reconoció, y que pueden estar representados por dos personas.

Una fue Pilato; el otro san Dionisio de Francia[1], que en aquel tiempo era pagano. Pues cuando éste vio tales prodigios y maravillas, y las tristezas y aflicciones que entonces se sucedieron, dijo: «O el mundo está llegando a su fin, o aquel que es el Creador de la naturaleza está sufriendo». Lo que le llevó a escribir sobre el altar: «Este es un altar al dios desconocido». Dios, en su bondad, que hace que los planetas y los elementos funcionen según su naturaleza tanto para los bienaventurados como para los réprobos, quiso en aquel tiempo retirar esa función. Así sucedió que quienes no le reconocieron sufrieron también en aquel tiempo.

[1] Fue habitual en la Edad Media la confusión entre Dionisio el Areopagita, convertido por san Pablo (Hch 17, 34), el escritor griego anónimo (siglos V-VI) y gran teólogo místico conocido como Pseudo-Dionisio, y san Dionisio, primer obispo de París y patrón de Francia.

Así fue como nuestro Señor Jesús sufrió por nosotros; y todos nosotros estamos con él en ese sufrimiento, y lo estaremos hasta que alcancemos su beatitud, como más adelante diré.

Capítulo 19

En aquel tiempo yo quería apartar mi mirada del crucifijo, pero no me atrevía, pues sabía que mientras contemplara la cruz estaba segura y a salvo. Por lo tanto, no quería consentir en poner mi alma en peligro, pues aparte de la cruz no existía ninguna seguridad frente al miedo a los demonios.

Entonces una sugerencia vino a mi razón, como dicha de manera amistosa: «Mira al cielo, a su Padre». Y entonces vi claramente y sentí por la fe que no había nada entre el crucifijo y el cielo que pudiera afligirme. Tenía que levantar los ojos o responder. Respondí interiormente con todas las fuerzas de mi alma, y dije: «No, no puedo, pues tú eres mi cielo». Dije esto porque no quería alzar los ojos, pues antes habría preferido permanecer en ese dolor hasta el Día del Juicio que llegar al cielo por otro camino que no fuera por él. Pues bien sabía que quien me había atado tan fuerte, me desataría cuando quisiera.

De esta manera aprendí a escoger a Jesús como mi cielo; a Jesús, a quien sólo había visto sufriendo en aquel tiempo. No quería ningún otro cielo que Jesús, que será mi felicidad cuando yo esté allí. Esto siempre fue un consuelo para mí: haber elegido que Jesús, por su gracia, fuera mi cielo en todo ese tiempo de sufrimiento y tristeza. Aprendí que siempre actuaría así, que escogería sólo a Jesús como mi cielo, en la dicha y en el infortunio.

Y aunque como una desgraciada[1] me había lamentado de lo que pedí, como ya he contado —que si hubiera conocido el dolor que había pedido, me habría sentido reacia a rezar para obtenerlo—, ahora veía realmente que esto era la rebelión y la dominación de la carne, a lo que mi alma no asentía, y a lo que Dios no imputa culpa alguna. Reluctancia y elección deliberada están mutuamente en oposición, y yo las experimenté al mismo tiempo; pues hay en nosotros dos partes, una exterior, otra interior. La parte exterior es nuestra carne mortal, que a veces sufre dolor, a veces tristeza, y así será mientras dure esta vida, y yo lo experimenté grandemente en aquel tiempo: ésa era la parte de mí que se lamentaba. La parte interior es una vida exaltada y bendita, toda paz y amor; esto se experimenta muy íntimamente, y en esa parte de mí era donde yo elegía, poderosa, sabia y deliberadamente, a Jesús como mi cielo.

En esto vi realmente que la parte interior es la dueña y señora de la exterior, que no le importa lo que esta última pueda desear ni le presta atención, sino que fija siempre su voluntad y su deseo en la unión con nuestro Señor Jesús. Pero no me fue revelado que la parte exterior indujera a la parte interior a consentir, sino que me fue

[1] El resto del capítulo no aparece en TB.

revelado que la parte interior atrae a la exterior por la gracia, y las dos estarán eternamente unidas en una felicidad sin fin por el poder de Cristo.

Capítulo 20

Vi a nuestro Señor Jesús consumiéndose durante mucho tiempo, debido a que la unión en él de la divinidad daba fuerza a su humanidad para sufrir más de lo que todos los hombres podrían sufrir. Quiero decir no sólo que sufría más que cualquier otro hombre, sino también que sufría más dolor de lo que todos los hombres que serán salvados, desde el comienzo hasta el último día, puedan decir o imaginar, si tenemos en cuenta el honor del rey más excelso y majestuoso y su muerte vergonzosa, cruel y dolorosa. Pues el más alto, el más digno, fue innoblemente condenado y totalmente despreciado. Y el punto más importante[1] que debemos comprender en su pasión es la necesidad de meditar y llegar a ver que el que sufrió es Dios, y luego considerar dos puntos menores. Uno es que él sufrió; el otro es por quién sufrió.

Presentó entonces parcialmente a mi entendimiento el carácter sublime y la nobleza de la divinidad gloriosa, y al mismo tiempo la delicadeza y el valor de su santo cuerpo unido a ella, y también la repugnancia que experimenta la naturaleza humana ante el dolor. Pues al ser el más tierno, el más puro, era más fuerte y poderoso para sufrir. Sufría por los pecados de todos los hombres que serán salvados; y vio y se entristeció por la pena, la desolación y la angustia de todos los hombres en su compasión y amor. Pues en la medida en que nuestra Señora se sentía afligida por sus dolores, él sufrió tristeza por su tristeza. Y más aún, pues su dulce humanidad era de naturaleza más gloriosa, y así era capaz de sufrir y sufría por nosotros y se entristecía por nosotros. Ahora ha resucitado de nuevo y ya no es pasible. Sin embargo, sufre con nosotros, como diré después. Contemplando todo esto por su gracia, vi que el amor que siente por nuestras almas es tan fuerte que gustosamente y con gran deseo eligió sufrir, y sufrió dócilmente con gran alegría. Cuando un alma tocada por la gracia contempla esto, ve realmente que los dolores de la Pasión de Cristo superan todos los dolores, es decir, los que serán trocados en alegría eterna por el poder de la Pasión de Cristo.

Tal como lo he comprendido, es voluntad de Dios que contemplemos su bendita Pasión de tres maneras. La primera consiste en contemplar con contrición y compasión el cruel dolor que sufrió; nuestro Señor me lo reveló entonces, y me dio la fuerza y la gracia para verlo[2].

---

[1] El resto del capítulo no está en TB.
[2] Juliana describirá la segunda manera en el c. 22, y la tercera en el c. 23.

Capítulo 21: novena revelación

Observé con todas mis fuerzas el momento en que Cristo iba a expirar, y esperaba ver su cuerpo totalmente muerto. Pero no lo vi, y justo en el momento en que me parecía que la vida no podía durar más, y que la revelación de su final debía estar cercana, súbitamente, cuando estaba mirando el crucifijo, su apariencia cambió y se mudó en alegría. El cambio de su apariencia cambió la mía; me sentía tan alegre y feliz como me era posible. Y entonces, alegremente, nuestro Señor susurró a mi mente: «¿Dónde están ahora tu dolor y tu pena?». Yo me sentía muy dichosa. Comprendí[1] que en la intención de nuestro Señor estamos ahora con él en la cruz en nuestro dolor, y en nuestros sufrimientos morimos con él, y con su ayuda y su gracia aguantamos gustosamente en esa misma cruz hasta el último momento de vida. Súbitamente cambiará su apariencia para nosotros, y estaremos con él en el cielo. Entre lo uno y lo otro no habrá tiempo, y todos seremos llevados a la alegría. Y esto fue lo que él me quiso decir en esta revelación: «¿Dónde están ahora tu dolor y tu pena?». Pues todos gozaremos de una alegría plena. Y vi realmente que si él nos revelara ahora su rostro de alegría, no habría dolor en la tierra ni en ningún otro lugar que pudiera turbarnos, pues todo sería dicha y felicidad para nosotros. Pero como nos muestra su semblante sufriente, tal como era en esta vida cuando llevó la cruz, estamos con él en el sufrimiento y el esfuerzo, como exige nuestra naturaleza. Y la razón de que él sufra es que, en su bondad, quiere hacernos herederos con él de su alegría. Y por el pequeño dolor que sufrimos en esta tierra tendremos un conocimiento elevado y eterno en Dios que no podríamos lograr de otra manera. Y cuanto más duros hayan sido nuestros dolores con él en su cruz, mayor será nuestra gloria con él en su reino.

[1] El resto del capítulo no está en TB.

Capítulo 22

Entonces nuestro buen Señor me preguntó: «¿Estás satisfecha de que haya sufrido por ti?». Yo dije: «Sí, buen Señor, muchas gracias. ¡Bendito seas!». Entonces Jesús, nuestro buen Señor, dijo: «Si tú estás satisfecha, yo estoy satisfecho. Es una alegría, una felicidad, un deleite eterno para mí haber sufrido mi Pasión por ti; y si pudiera sufrir más, sufriría más».

Como respuesta a esto, mi entendimiento fue elevado hasta el cielo, y allí vi tres cielos. En esta visión me quedé maravillada, y pensé: veo tres cielos, y todos están en la santa humanidad de Cristo. Y ninguno es mayor, ninguno es menor, ninguno más elevado, ninguno más bajo, sino que todos son iguales en su alegría.

Como primer cielo, Cristo me mostró a su Padre, no en una imagen corporal, sino en sus atributos y operaciones. Es decir, vi en Cristo lo que el Padre es. Pues la operación del Padre es ésta: Él recompensa a su Hijo, Jesucristo. Este don y esta recompensa son tan gozosos para Jesús que su Padre no podría haberle dado ninguna otra recompensa que pudiera agradarle más. El primer cielo, que es la complacencia del Padre, me pareció como un cielo, y está lleno de felicidad. Pues él está muy complacido con las acciones que Jesús ha hecho por nuestra salvación; por eso, nosotros somos suyos, no sólo por la redención, sino también por el cortés don de su Padre. Nosotros somos su dicha, nosotros somos su recompensa, nosotros somos su honor, nosotros somos su corona. Y era una maravilla singular y la contemplación más deleitable que fuéramos su corona.

Lo que ahora describo es una alegría tan grande para Jesús que tiene como nada todos sus esfuerzos y sufrimientos y su muerte infame y cruel. Y en sus palabras: «Si pudiera sufrir más, sufriría más», vi realmente que él querría morir tantas veces como pudiera, y que el amor nunca le dejaría descansar hasta que lo hubiera hecho. Contemplé con gran atención para saber cuántas veces moriría si pudiera. Y realmente el número excedía de tal manera mi entendimiento y mi inteligencia que mi razón no tenía fuerza ni poder para comprenderlo o aceptarlo.

Y aunque hubiera muerto o deseara morir tantas veces, tendría todo eso como nada por amor, pues todo le parece poco en comparación con su amor. Y aunque en la dulce humanidad de Cristo podía sufrir sólo una vez, su bondad no puede dejar de ofrecerse nunca. Cada día está dispuesto a hacer lo mismo, si fuera posible. Y si bien dijo que por amor a mí crearía nuevos cielos y tierras nuevas, eso sería en comparación algo insignificante, pues si quisiera podría hacerlo cada día sin ningún esfuerzo. Pero morir por mi amor tantas veces que su número excede el cálculo humano, ésa es la mayor ofrenda que Dios nuestro Señor podía hacer al alma humana, según yo lo vi.

Ésta es su enseñanza: «¿Cómo podría no hacer por amor a ti todo lo que pudiera? Hacer esto no me aflige, pues por amor a ti querría morir muchas veces sin prestar atención a mis crueles dolores». Y esto lo vi como la segunda manera de contemplar su Pasión. El amor que le hizo sufrir supera todos sus sufrimientos, tanto como el cielo supera la tierra. Pues su sufrimiento fue una acción noble, preciosa y honorable, realizada una vez en el tiempo por la operación del amor. Y el amor fue sin principio, es y será sin fin. Y por este amor él dijo muy dulcemente: «Si pudiera sufrir más, sufriría más». No dijo: «Si fuera necesario sufrir más», sino: «Si pudiera sufrir más», pues incluso aunque no hubiera sido necesario, si pudiera sufrir más, lo haría. Esta acción y esta obra para nuestra salvación fueron tan bien concebidas como Dios podía hacerlo. Todo se hizo tan honorablemente como Cristo podía hacerlo. Y aquí vi en Cristo una alegría completa, pues su alegría no habría sido completa si su obra se hubiera podido hacer mejor de lo que él la hizo.

Capítulo 23

En estas tres expresiones: «Es una alegría, una felicidad y un deleite eterno», me fueron mostrados tres cielos, y de esta manera. Por «alegría» comprendí que el Padre estaba complacido. Por «felicidad», que el Hijo era honrado. Por «deleite eterno», el Espíritu Santo. El Padre se regocija, el Hijo es honrado, el Espíritu Santo se deleita. Y aquí vi la tercera manera de contemplar su bendita Pasión, es decir, la alegría y la dicha que le hacen deleitarse en ello. Pues nuestro cortés Señor me mostró su Pasión de cinco maneras. La primera es su cabeza sangrante. La segunda, la decoloración de su rostro. La tercera, el derramamiento de sangre como en surcos provocado por la flagelación. La cuarta, el profundo resecamiento; como dije antes, estas cuatro maneras eran los sufrimientos de la Pasión. Y la quinta que se me reveló es la alegría y la felicidad de la Pasión.

Pues es voluntad de Dios que nos deleitemos verdaderamente con él en nuestra salvación, y que así nos encontremos consolados y fortalecidos. Dios desea que nuestras almas sean ocupadas gozosamente por su gracia, pues nosotros somos su felicidad, él se deleita infinitamente en nosotros, y así, por su gracia, nosotros nos deleitaremos en él. Todo lo que él hace por nosotros, todo lo que ha hecho y todo lo que hará, nunca le costó ni le supuso esfuerzo, ni le costará, exceptuando únicamente el morir en nuestra humanidad; comenzando con su dulce encarnación y hasta su bendita resurrección en la mañana de Pascua, en todo el tiempo que duró nuestra redención, él no dejó de hacer el trabajo y el esfuerzo, y en ello se regocija sin fin, como dije antes.

¡ Ay, Jesús! Que podamos conocer esta dicha de nuestra salvación que está en la santísima Trinidad, y que deseemos obtener mediante su gracia el mismo deleite espiritual, como dije anteriormente. Es decir, que nuestra alegría por nuestra salvación sea como la que siente Cristo por nuestra salvación, en la medida en que sea posible mientras vivimos en este mundo.

Toda la Trinidad participó en la Pasión de Cristo, administrándonos por él virtudes abundantes y plenitud de gracia. Pero sólo el Hijo de la virgen sufrió, en lo que toda la santísima Trinidad se regocija. Y esto se me reveló cuando Cristo dijo: «¿Estás satisfecha?». Y por lo que dijo a continuación: «Si tú estás satisfecha, también yo lo estoy». Fue como si dijera: «Eso es alegría y deleite suficiente para mí, y nada más pido de ti a cambio de mis esfuerzos, sino que yo pueda satisfacerte».

Y en esto, él trajo a mi mente las cualidades de un afable benefactor. El benefactor afable presta poca atención a lo que da, pues todo su deseo y toda su intención es agradar y consolar a aquel al que da. Y si el receptor acepta el don alegremente y con gratitud, entonces el cortés donante tiene en nada todo su sufrimiento

y su esfuerzo, por la alegría y el deleite que experimenta al haber agradado y consolado a quien ama.

Así que pensemos sabiamente en la grandeza de esta expresión: «para siempre». Pues en ella se ha manifestado el elevado entendimiento de amor que Cristo tiene por nuestra salvación, con las múltiples alegrías[1] que se siguen de su Pasión. Una es que él se regocija de haberla cumplido y no sufrirla más. Otra es que por ella nos ha redimido del tormento eterno en el infierno. Otra, que nos ha llevado hasta el cielo y ha hecho de nosotros su corona y su felicidad eterna.

[1] El resto del capítulo no está en TB.

Capítulo 24: décima revelación

Con semblante bondadoso, nuestro buen Señor miró hacia su costado abierto y lo contempló con alegría; con su dulce mirada atrajo el entendimiento de su criatura hacia el interior por la misma herida; y allí le reveló un hermoso y deleitable lugar, lo bastante amplio para toda la humanidad que será salvada y descansará en la paz y el amor. Con ello me trajo a la memoria la sangre y el agua que derramó por amor. En esta dulce visión mostró su bendito corazón partido en dos, y en su alegría mostró a mi entendimiento una parte de su bendita divinidad, en la medida en que quiso, fortaleciendo a mi pobre alma para que pudiera comprender, por decirlo así, el amor eterno que no ha tenido principio y es y siempre será.

Nuestro buen Señor dijo entonces con la mayor alegría: «Mira cómo te amo», que era como decir: «Querida mía, mira y ve a tu Señor, tu Dios, que es tu Creador y tu alegría sin fin. Ve a tu hermano, a tu salvador; hija mía, contempla y ve qué delicia y qué felicidad tengo en tu salvación y, por mi amor, regocíjate conmigo».

Y para que yo comprendiera mejor, se me dijeron estas benditas palabras: «Mira cómo te amo», como si dijera: «Mira y ve que te amaba tanto antes de morir por ti, que quería morir por ti. Y ahora he muerto por ti, gustosamente sufrí lo que pude. Y ahora todos mis amargos dolores y mi terrible esfuerzo se han vuelto alegría y felicidad eterna para mí y para ti. ¿Cómo podrías pedirme algo agradable a mí sin que yo alegremente te complaciera? Pues mi deleite está en tu santidad y en tu alegría y felicidad eternas junto a mí».

Esto es lo que comprendí, dicho tan sencillamente como soy capaz, de estas benditas palabras: «Mira cómo te amé». Nuestro Señor me lo reveló para nuestra alegría y felicidad.

Capítulo 25: undécima revelación

Con ese mismo semblante de júbilo y alegría, nuestro buen Señor miró a su derecha y me recordó dónde se encontraba nuestra Señora en el momento de su Pasión. Me dijo: «¿Quieres verla?». Y estas dulces palabras[1] fueron como si dijera: «Sé que deseas ver a mi bendita madre, pues después de mí ella es la mayor alegría que yo podría mostrarte; ella es la mayor delicia y el mayor honor para mí, y lo que más desean ver mis benditas criaturas». Y debido al maravilloso, sublime y singular amor que él tiene por esta dulce doncella, nuestra Señora santa María, reveló su dicha y alegría a través de estas dulces palabras, como si dijera: «¿Quieres ver cómo la amo, para que puedas regocijarte conmigo en el amor que tengo por ella y que ella tiene por mí?».

Y para un mayor entendimiento de estas dulces palabras, debemos saber que nuestro buen Señor las dirige amorosamente a toda la humanidad que será salvada, dirigiéndose a ella como si fuera una sola persona, como si dijera: «¿Quieres ver en ella cómo eres amada? Por amor a ti la he hecho tan elevada, tan noble, tan honorable; y esto me complace. Y quiero que a ti te complazca también». Pues después de él, ella es la más dichosa que pueda verse. Pero en este punto no se me enseñó a desear ver su presencia corporal mientras estoy aquí, sino las virtudes de su alma bienaventurada, su verdad, su sabiduría, su amor, por las que aprendí a conocerme a mí misma y a temer reverencialmente a mi Dios.

cuando nuestro buen Señor hubo revelado esto, dijo estas palabras: «¿Quieres verla?». Respondí[2] y dije: «Sí, buen Señor, gracias, sí, buen Señor, si es tu voluntad». Muchas veces lo había pedido, y había esperado verla en forma corporal, pero no fue así como la vi. Y Jesús, al decir esto, me mostró de ella una visión espiritual. Anteriormente la había visto pequeña y sencilla, ahora me la mostraba alta, noble, gloriosa, y más agradable a él que cualquier otra criatura. Él quiere que sepamos que todos los que se deleitan en él deben deleitarse en ella, y en el deleite que él tiene en ella y ella en él.

para un mayor entendimiento, me enseñó mediante este ejemplo: cuando un hombre ama a una criatura en particular más que a todas las demás, querrá que todas las demás criaturas amen y se deleiten en esa a la que tanto ama. Y cuando Jesús dijo: «¿Quieres verla?», estas palabras me parecieron las más deliciosas que pudiera decirme en esta visión espiritual que de ella me concedió. Pues nuestro Señor no me mostró a ninguna persona particular, salvo a nuestra Señora santa María, y me la mostró en tres

[1] Lo que sigue no está en TB.
[2] A partir de aquí, y hasta el final del capítulo, coincide con TB (c. 13), con ligeras variantes.

ocasiones. La primera fue cuando ella concibió, la segunda cuando estuvo bajo la Cruz, y la tercera tal como está ahora, en la bienaventuranza, la gloria y la alegría.

Capítulo 26: duodécima revelación

Después de esto, nuestro Señor se me mostró, y me pareció más glorioso de lo que le había visto antes; y aprendí[1] que nuestra alma no tendrá nunca descanso hasta que se una a él, reconociendo que él es plenitud de alegría, de intimidad y cortesía, de felicidad y vida verdadera. Una y otra vez nuestro Señor dijo: «Yo soy, yo soy, yo soy el Altísimo. Yo soy aquel al que amas. Yo soy aquel en quien está tu deleite. Yo soy aquel al que sirves. Yo soy aquel a! que deseas ardientemente. Yo soy aquel al que anhelas. Yo soy aquel a quien pretendes. Yo soy todo. Yo soy aquel que la santa Iglesia te enseña y predica. Yo soy aquel que antes se mostró a ti»[2]. El resto de las palabras sobrepasa mi inteligencia y mi entendimiento y todas mis capacidades, pues eran las más elevadas que puedan pronunciarse, según vi, pues lo que en ellas está contenido no lo puedo decir. Pero la alegría que vi cuando me fueron reveladas sobrepasa todo lo que el corazón pueda pensar o el alma desear. Y sin embargo estas palabras no se explican aquí: que cada ser humano las acepte como son en la intención de nuestro Señor, según la gracia que Dios le dé a cada uno en entendimiento y amor.

[1] TB añade: «Y en esta visión se me enseñó que toda alma contemplativa a la que le es dado contemplar y buscar verá a María y avanzará hacia Dios por esta contemplación» (c. 13).

[2] La expresión «Yo soy» repetida en esta visión adquiere todo su sentido a la luz del texto bíblico (Ex 3), donde Dios se define a sí mismo, revela su nombre a Moisés en el monte Horeb.

Capítulo 27: decimotercera revelación

Después de esto, nuestro Señor me recordó el ardiente deseo que antes tenía por él, y vi que nada me era obstáculo, sino el pecado. Vi que esto es cierto para todos en general, y me pareció que de no haber existido el pecado, todos habríamos sido puros y semejantes a nuestro Señor, tal como nos creó. Y así, en mi locura anterior, me preguntaba a menudo por qué la gran sabiduría presciente de Dios no había impedido el comienzo del pecado. Pues entonces, me parecía, todo habría estado bien.

Tendría que haber rechazado con todas mis fuerzas este pensamiento, y, sin embargo, lloraba y me entristecía por ello, sin razón ni medida. Pero Jesús, que en esta visión me enseñó todo lo que me era necesario, respondió con estas palabras: «El pecado es necesario, pero todo acabará bien, todo acabará bien, y sea lo que sea, acabará bien». En esta palabra desnuda, «pecado», nuestro Señor me recordó lo que, en general, no es bueno: el desprecio vergonzoso y la espantosa tribulación que soportó por nosotros en esta vida, y su muerte, y todos sus sufrimientos, y la pasión, corporal y espiritual, de todas sus criaturas. Pues todos tenemos nuestra parte en la tribulación, y todos la tendremos, en el seguimiento de nuestro maestro Jesús, hasta que seamos plenamente purificados de nuestra carne mortal y de todos los afectos interiores que no son muy buenos.

Por esta contemplación de todos los sufrimientos que siempre existieron o existirán, comprendí la pasión de Cristo, la más grande y de sufrimiento sin igual. Sin embargo, se me mostró tan sólo en un instante, y rápidamente se tornó consolación. Pues nuestro buen Señor no quería que mi alma se aterrorizara con esta visión espantosa. Pero no vi pecado, pues creo que el pecado no tiene ninguna substancia, no participa del ser, no puede ser reconocido salvo por el dolor que causa. Y me parece que este dolor es algo temporal, que nos purifica y nos lleva a conocernos a nosotros mismos y a pedir misericordia. Pues la Pasión de nuestro Señor es consuelo para nosotros contra el dolor y el pecado, y ésa es su santa voluntad. Debido al tierno amor de nuestro buen Señor por todos los que serán salvados, consuela pronta y dulcemente, como diciendo: «Es cierto que el pecado es la causa de todo este sufrimiento, pero todo acabará bien, y cualquier cosa, sea cual sea, acabará bien».

Estas palabras me fueron reveladas con gran ternura, sin mostrar ningún reproche hacia mí ni hacia ninguno de los que serán salvados. Por eso, sería poco amable por mi parte culpar a Dios o sorprenderme por mis pecados, ya que él no me culpó por el pecado.

Y en estas mismas palabras[1] vi un profundo y maravilloso misterio escondido en Dios, que se nos desvelará y se nos dará a conocer en el cielo. En ese entendimiento veremos realmente la causa por la que se permitió que el pecado viniera a este mundo, y en esa visión nos regocijaremos para siempre.

---

[1] Este párrafo no aparece en TB.

Capítulo 28

Vi entonces[1] cómo Cristo se compadece de nosotros a causa del pecado; y así como antes había estado tan llena de dolor y compasión por la Pasión de Cristo, así ahora estaba llena en parte de compasión por mis semejantes en Cristo, porque él ama muy cariñosamente a los que serán salvados, es decir, a los servidores de Dios. La santa Iglesia se verá sacudida en este mundo por la angustia y la aflicción y las tribulaciones, como túnica sacudida al viento. Y sobre este asunto nuestro Señor respondió, mediante una revelación: «¡Ah! Yo haré de ello algo grande, de honra sin fin y alegría eterna en el cielo». Sí, vi incluso que nuestro Señor se regocija con piedad y compasión de las tribulaciones de sus servidores; y cómo impone a todo el que ama, para llevarle a su dicha, algo que no es falta a sus ojos, pero que hace que las almas sean humilladas y despreciadas en este mundo, desdeñadas y ridiculizadas y rechazadas. Y lo hace para impedir el daño que podrían ocasionarle las pompas y el orgullo y la vanagloria de esta vida desdichada y preparar su camino hacia el cielo, en una felicidad sin fin, eterna. Pues dice: «Os separaré de vuestros vanos afectos y de vuestro orgullo vicioso, y luego os reuniré y os haré mansos y dulces, puros y santos, uniéndoos a mí».

Y entonces vi que toda la compasión natural que el ser humano experimenta en su amor por uno de sus semejantes en Cristo es Cristo en nosotros. Y que[2] todo el rebajamiento que Cristo manifestó en su Pasión se manifiesta de nuevo en esta compasión, lo que puede comprenderse de dos maneras diferentes en la intención de nuestro Señor. Una es la felicidad que nos trae y con la que quiere nos regocijemos. La otra es consuelo para nuestro sufrimiento, pues quiere que sepamos que todo se tornará en nuestro gloria y provecho por el perdón de su Pasión, y que sepamos también que de ninguna manera sufrimos solos, sino con él, y que veamos en él nuestro fundamento. Quiere que veamos que sus dolores y su tribulación excedieron todo lo que nosotros podemos sufrir, hasta el punto de que no podemos comprenderlo plenamente. Si en esto vemos su voluntad, eso nos guardará del lamento y la desesperación cuando experimentemos dolor. Y aunque veamos que nuestros pecados realmente lo merecen, sin embargo su amor los excusa. Y por su gran cortesía aparta de nosotros toda culpa, y nos mira con piedad y compasión, como a niños inocentes y sin tacha.

---

[1] Este largo párrafo no está en TB.
[2] El resto del capítulo no aparece en TB.

Capítulo 29

Pero al contemplar todo esto yo permanecía sumida en la angustia y la tristeza, diciendo mentalmente a nuestro Señor, con gran temor: «¡Ah, buen Señor! ¿Cómo podrá ser que todo acabe bien, visto el gran daño que por el pecado ha llegado a tus criaturas?». Y aquí deseé, en la medida de mi atrevimiento, alguna explicación más clara que pudiera tranquilizarme. Y nuestro bendito Señor contestó, muy dulcemente y de la manera más amorosa, y me mostró que el pecado de Adán es el daño mayor que nunca se haya cometido o se pueda cometer hasta el fin del mundo. Y me mostró también que esto es perfectamente conocido por toda la Iglesia de la tierra.

Me enseñó además que yo contemplaría la satisfacción gloriosa de ese mal, pues más place esa reparación a la divinidad bendita y es más honrosa para la salvación del hombre, sin comparación posible, que pernicioso fuera el pecado de Adán. Esa es por tanto la intención de nuestro bienaventurado Señor, y a esta enseñanza deberíamos prestar atención: «Puesto que yo he trocado en bien el mayor de los males, es mi voluntad que sepáis que transformaré en bien todo mal menor que aquél».

Capítulo 30

Me dio entonces a comprender que existen dos partes. Una es nuestro salvador y nuestra salvación; esta parte es abierta, clara, bella, luminosa y plena para todos los hombres de buena voluntad que están comprendidos en ella. Estamos destinados a ella por Dios, y somos atraídos, aconsejados e instruidos interiormente por el Espíritu Santo, y, exteriormente, por la misma gracia, por la santa Iglesia. Nuestro Señor quiere que nos ocupemos en ello, regocijándonos en él, pues él se regocija en nosotros. Y cuanto más plenamente lo aceptemos con reverencia y humildad, más mereceremos su agradecimiento y más aprovechamiento lograremos. Y de esta manera podremos ver y alegrarnos de que nuestra parte sea el Señor.

La otra parte está cerrada y escondida a nosotros, es decir, comprende todo lo que es adicional a nuestra salvación. Pues pertenece al consejo privado de nuestro Señor, y pertenece al señorío real de Dios mantener sus designios secretos en paz, y a sus servidores, por obediencia y respeto, no pretender conocerlos.

Nuestro Señor tiene piedad y compasión de nosotros, pues algunas personas se ocupan demasiado de esto. Y yo estoy segura de que si supiéramos cuánto le agradaríamos y qué solaz encontraríamos abandonándolo a su cuenta, lo haríamos. Los santos del cielo no quieren saber nada, sino lo que nuestro Señor desea que sepan, y además su amor y su deseo están gobernados según la voluntad de nuestro Señor; nosotros debemos hacer lo mismo, para asemejarnos a ellos. Entonces no querremos ni desearemos otra cosa que la voluntad de nuestro Señor, como los santos, pues todos somos uno en la intención de Dios.

Y en esta visión se me enseñó que sólo debemos alegrarnos en nuestro amado salvador Jesús, y confiar en él en todas las cosas.

Capítulo 31

Y así nuestro buen Señor contestó a todas las preguntas y dudas que yo podía plantear diciéndome de la forma más alentadora: «Puedo transformar todo en bien, sé transformar todo en bien, quiero transformar todo en bien, haré que todo esté bien; y tú misma verás que todo acabará bien». Cuando dice «puedo», entiendo que esto se aplica al Padre. Cuando dice «sé», entiendo que es por el Hijo. Cuando dice «quiero», entiendo que es por el Espíritu Santo. Y cuando dice «haré», entiendo por ello la unidad de la santísima Trinidad, tres personas y una verdad.

cuando dice «tú misma lo verás», entiendo por ello la unión de todos los seres humanos que serán salvados en la santísima Trinidad.

Con estas cinco palabras Dios quiere envolvernos en paz y descanso. Y así la sed espiritual de Cristo tendrá un final. Pues esta sed de Cristo, su ardiente deseo de amor, persiste y persistirá hasta que le veamos en el día del Juicio[1], pues aquellos que seremos salvados y que seremos la alegría y la dicha de Cristo todavía estamos aquí, y otros vendrán después, y así hasta ese día. Por lo tanto, ésa es su sed y su ardiente deseo de amor por nosotros, reunirnos a todos en él para nuestra alegría sin fin, según yo lo vi. Pues ahora todavía no estamos tan plenamente en él como entonces estaremos.

Sabemos[2] en nuestra fe, y nos ha sido revelado en todas estas visiones, que Jesucristo es Dios y hombre; que en su divinidad él es beatitud suprema, lo era antes del principio y lo será sin fin, pues la verdadera beatitud eterna no puede por su naturaleza aumentar o disminuir. Esto se mostró plenamente en esta revelación, y especialmente en la duodécima, donde dice: «Yo soy el Altísimo»[3]. Y con respecto a la humanidad de Cristo, es sabido por la fe y fue revelado también que, con todo el poder de su divinidad, por amor y para llevarnos a su felicidad, padeció, sufrió la Pasión y murió. Éstas son las obras de la humanidad de Cristo, en las que se regocija, y que reveló en la revelación novena, donde dice: «Es para mí una alegría, una felicidad, un deleite eterno haber sufrido mi pasión por ti»[4]. Y ésta es la dicha de las obras de Cristo, y esto es lo que significan sus palabras cuando dice, en la misma revelación, que nosotros somos su dicha, su recompensa, su honor y su corona[5]. Pues en tanto que Cristo es nuestra cabeza, es glorioso e impasible; pero con respecto a su cuerpo, al que

---

[1] Véase c. 17.
[2] El resto del capítulo no está en TB.
[3] Véase c. 26.
[4] Véase c. 22.
[5] En el c. 22 estas palabras aparecen en boca de Juliana, no en la de Cristo, como aparecen aquí. Colledge y Walsh deducen de ello que Juliana cree realmente que todo su libro está divinamente inspirado, incluida su propia reflexión.

están unidos todos sus miembros, todavía no está plenamente glorificado ni es plenamente impasible. Pues todavía tiene esa misma sed, ese mismo deseo ardiente que tenía en la cruz; deseo, anhelo y sed, tal como yo lo vi, estaban en él antes del principio; y estarán hasta el día en que la última alma salvada haya entrado en su beatitud.

Pues así como existe realmente en Dios una cualidad de piedad y compasión, igualmente existe en Dios una cualidad de sed y ardiente deseo. Y el poder de este deseo de Cristo nos capacita para responder a su deseo, y sin esto ningún alma llega al cielo. Esta cualidad de sed y deseo procede de la bondad eterna de Dios, así como la cualidad de la piedad procede de su bondad eterna. Porque aunque él pueda tener deseo y piedad, son cualidades diferentes, según vi. La característica de la sed espiritual es que persistirá en él mientras nosotros estemos en necesidad, y así nos atraerá a su dicha.

Y todo se mostró para revelar su compasión, pues en el día del Juicio ésta cesará. Por eso tiene piedad y compasión por nosotros, y deseo ardiente de poseernos, pero su sabiduría y su amor no permiten que así sea hasta que llegue el momento propicio.

Capítulo 32

En una ocasión[1] nuestro buen Señor dijo: «Todas las cosas acabarán bien»[2]; en otra ocasión dijo: «Y tú misma verás que todo acabará bien»[3]. Y de esto el alma obtuvo dos enseñanzas diferentes. Una era ésta: que él quiere que nosotros sepamos que presta atención no sólo a las cosas grandes y nobles, sino también a todas aquellas que son pequeñas y humildes, a los hombres simples y humildes, a éste y a aquélla. Y esto es lo que quiere decir con estas palabras: «Toda cosa, sea cual sea, acabará bien». Pues quiere que sepamos que ni la cosa más pequeña será olvidada.

Otro sentido es el siguiente: que hay muchas acciones que están mal hechas a nuestros ojos y llevan a males tan grandes que nos parece imposible que alguna vez pueda salir algo bueno de ellas. Y las contemplamos y nos entristecemos y lamentamos por ellas, de manera que no podemos descansar en la santa contemplación de Dios, como debemos hacer. Y la causa es ésta: que la razón que ahora utilizamos es tan ciega, tan abyecta y estúpida, que no puede reconocer la elevada y maravillosa sabiduría de Dios, ni el poder y la bondad de la santísima Trinidad. Y ésta es su intención cuando dice: «Y tú misma verás que toda cosa acabará bien», como diciendo: «Acéptalo ahora en fe y confianza, y al final lo verás realmente en la plenitud de la alegría».

de esta manera, en las cinco palabras dichas anteriormente: «Yo puedo transformar todo en bien...»[4], veo el poderoso consuelo que habrá en todas las obras de nuestro Señor Dios que están todavía por llegar.

Hay una obra[5] que la santísima Trinidad realizará el último día, según yo lo vi. Pero qué será esta obra y cómo será realizada es algo desconocido para toda criatura inferior a Cristo, y así será hasta que la obra se lleve a cabo. La bondad y el amor de nuestro Señor Dios quieren que sepamos que esto sucederá, y su poder y su sabiduría, por ese mismo amor, quieren velarnos y ocultarnos lo que será y cómo se hará. Y quiere que lo sepamos porque quiere que nuestras almas estén sosegadas y en paz en el amor, sin hacer caso de ninguna preocupación que pudiera impedir nuestra verdadera alegría en él.

Esta es la gran obra ordenada por Dios desde antes del principio, tesoro profundamente escondido en su seno bendito, conocido sólo por él, obra por la que hará

---

[1] Estos dos primeros párrafos no están en TB.
[2] Véase c. 27.
[3] Véase c. 31.
[4] *Ibid.*
[5] El resto del capítulo no está en TB.

que todo termine bien. Pues así como la santísima Trinidad creó todas las cosas de la nada, así la misma santísima Trinidad hará buenas todas las cosas que no lo son. Quedé profundamente maravillada en esta visión, y contemplaba nuestra fe con esto en la mente: «Nuestra fe se fundamenta en la palabra de Dios, y pertenece a nuestra fe que creamos que la palabra de Dios será preservada en todas las cosas. Y un artículo de nuestra fe es que muchas criaturas serán condenadas, como los ángeles que cayeron del cielo debido al orgullo, que ahora son demonios, y muchos hombres que mueren fuera de la fe de la Iglesia, a saber, los paganos y tantos que han recibido el bautismo y llevan una vida no cristiana, y así mueren fuera del amor de Dios. Todos éstos serán condenados eternamente al infierno, como la santa Iglesia me enseña para que crea».

siendo esto así, me parecía imposible que todo pudiera acabar bien, como nuestro Señor me reveló en aquel tiempo. Y a esto no tenía más respuesta como revelación de nuestro Señor que esto: «Lo que es imposible para ti, no lo es para mí[6]. Yo preservaré mi palabra en todas las cosas, y haré que todo se transforme en bien». Así se me enseñó por la gracia de Dios que debía mantenerme firme en la fe, como había comprendido anteriormente, y creer con no menos firmeza que todo acabará bien, como nuestro Señor me reveló al mismo tiempo. Pues ésta es la obra mayor que realizará nuestro Señor, y en esta obra cumplirá su palabra en todas las cosas. Y transformará en bien todo lo que no lo es. Pero qué será esta obra y cómo se liará, no existe criatura inferior a Cristo que lo sepa, y no se sabrá antes de su cumplimiento, según la enseñanza que recibí de nuestro Señor en aquel tiempo.

[6] Cf. Lc 18, 27.

Capítulo 33[1]

Sin embargo, yo deseaba, en mi atrevimiento, tener alguna visión del infierno y el purgatorio; pero no era mi intención poner en duda nada de lo que pertenece a nuestra fe, pues creía firmemente que infierno y purgatorio existen para los fines que enseña nuestra santa Iglesia. Pero quería, por esa visión, estar más instruida en todo lo que pertenece a la fe, a fin de poder vivir más para la gloria de Dios y para mi provecho. Pero a pesar de todos mis deseos, no pude ver nada de ello, excepto lo que ya he dicho en la quinta revelación[2], donde vi que el diablo es reprobado por Dios y condenado para siempre. Por esta visión comprendí que toda criatura que vive en este mundo según la condición del diablo y muere así no es más mencionada ante Dios y todos sus santos de lo que lo es el diablo, por más que pertenezca a la raza humana, esté bautizada o no. Pues aunque la revelación se me mostró para revelar la bondad, y poca mención se hace en ella del mal, no fui desviada por ella de ningún artículo de la fe que la santa Iglesia me enseña que debo creer. Yo había visto la Pasión de Cristo en varias revelaciones, en la primera, en la segunda, en la cuarta y en la octava, como ya he contado, en las que participé en la tristeza de nuestra Señora, y en el dolor de sus fieles amigos, testigos de su sufrimiento. Pero no vi nada tan exactamente especificado con respecto a los judíos que le dieron muerte; no obstante, yo sabía en la fe que ellos serán siempre malditos y condenados, excepto aquellos que se convirtieran por la gracia.

Y fui fortalecida y enseñada a perseverar en cada artículo de la fe, y en todo lo que antes había comprendido, fe en la que esperaba mantenerme, por la misericordia y la gracia de Dios; esperaba, deseaba y pedía continuar en ella hasta el fin de mi vida.

Es voluntad de Dios que prestemos gran atención a todas las obras que él ha realizado, pues desea que por ellas conozcamos todo lo que hará y confiemos y creamos en ello. Pero[3] debemos evitar reflexionar sobre lo que esa obra será, pues Dios desea que seamos como nuestros hermanos, los santos del cielo, que no quieren nada más que su voluntad. Solamente entonces nos regocijaremos en Dios, y estaremos igualmente satisfechos tanto de lo que nos oculte como de lo que nos revele. Pues vi realmente en la intención de nuestro Señor que cuanto más nos ocupamos de esa o cualquier otra cosa, más lejos estaremos del conocimiento.

---

[1] Los dos primeros párrafos no están en TB.
[2] Véase c. 13
[3] El resto del capítulo no está en TB.

Capítulo 34

Nuestro Señor me mostró[1] dos clases de misterio. Uno es ese gran Misterio, con todos los misterios individuales que están incluidos en él, y que desea que permanezcan ocultos a nosotros hasta el momento en que decida revelárnoslos con claridad. Por otra parte están los misterios que él mismo mostró en esta revelación: éstos son misterios que él quiere desvelar y que sean conocidos por nosotros, pues quiere que sepamos que su voluntad es que los conozcamos. Son misterios para nosotros no sólo porque él quiere que así sea, sino también a causa de nuestra ceguera y nuestra ignorancia. Por eso tiene gran piedad y nos los quiere descubrir, para que podamos conocerle y amarle y abrazarnos a él. Pues todo lo que es beneficioso para nosotros comprender y saber, nuestro buen Señor quiere mostrárnoslo cortésmente mediante la predicación y la enseñanza de la santa Iglesia.

Dios me mostró el gran deleite que tiene en todos los hombres y mujeres que aceptan, firme y sabiamente, la predicación y la enseñanza de la santa Iglesia, pues él es esa santa Iglesia. Él es su fundamento. Él es su substancia. Él es el maestro. Él es el fin y la recompensa por la que toda alma amante se afana; y esto es conocido y será conocido por toda alma a la que el Espíritu Santo se lo manifieste. Y espero realmente que todos aquellos que buscan de esta manera encontrarán su provecho, pues están buscando a Dios.

Todo esto que acabo de decir, y más que diré, es un consuelo contra el pecado; pues en la tercera revelación, cuando vi que Dios hace todo lo que es hecho, no vi pecado[2]. Entonces vi que todo está bien. Y cuando Dios me mostró el pecado, dijo: «Todo acabará bien».

---

[1] Este primer párrafo no está en TB.
[2] Véase c. 11.

Capítulo 35

Cuando Dios Todopoderoso me hubo mostrado su bondad de manera tan abundante y plena, quise saber, con respecto a cierta criatura a la que yo amaba, si continuaría viviendo en el buen camino que había comenzado por la gracia de Dios, tal como yo esperaba. Y me pareció que este deseo particular me estorbaba, pues no se me dijo nada al respecto. Entonces se me respondió en mi razón, como si de un intermediario amistoso se tratara: «Acepta todo esto en general, y contempla la cortesía de tu Señor Dios tal como te lo revela, pues honra más a Dios contemplarle en todas las cosas que en una sola cosa en particular». Estuve de acuerdo, y así aprendí que se honra más a Dios conociendo todo en general que deleitándose en algo en particular. Y si yo actuara sabiamente, de acuerdo con esta enseñanza, no debería alegrarme por algo especial ni angustiarme por nada en absoluto, pues todo acabará bien[1]. La plenitud de la alegría es contemplar a Dios en todo.

Pues por el mismo poder, sabiduría y amor benditos con que hizo todas las cosas, nuestro buen Señor las lleva siempre al mismo fin, y él mismo las reunirá, y en el tiempo oportuno las veremos. El fundamento de todo esto se me mostró en la primera revelación, y más claramente en la tercera, en la que se dice: «Vi a Dios en un punto[2]». Todo lo que nuestro Señor hace es justo, y todo lo que tolera es honorable; y ahí está incluido el bien y el mal. Pues nuestro Señor hace todo lo que es bueno, y nuestro Señor tolera lo que es malo. No digo que el mal sea honorable, digo que lo que Dios tolera es honorable; por eso su bondad será conocida eternamente, así como su maravillosa humildad y dulzura, por esta obra de misericordia y de gracia.

La justicia es aquello que es tan bueno que no puede ser mejor de lo que es, pues Dios mismo es verdadera justicia, y todas sus obras están justamente realizadas tal como están ordenadas desde la eternidad por su elevado poder, su elevada sabiduría, su elevada bondad. Y lo que él ha ordenado para lo mejor, lo lleva a cabo constantemente de la misma manera y lo dirige al mismo fin. Y siempre está plenamente satisfecho de sí mismo y de todas sus obras. La contemplación de esta bienaventurada armonía está llena de delicias para el alma iluminada por su gracia. Todas las almas que serán salvadas eternamente en el cielo son hechas justas a los ojos de Dios y por su propia bondad; y en esta justicia estamos protegidos de manera maravillosa y para siempre, por encima de todas las criaturas.

La misericordia es una operación que procede de la bondad de Dios, y continuará actuando mientras se permita que el pecado hostigue a las almas. Y cuando

[1] El resto del capítulo no está en TB.
[2] Véase c. 11.

ya no esté permitido que el pecado las hostigue, la operación de la misericordia cesará. Entonces todo será establecido en la justicia y en ella se mantendrá firme para siempre. Por su tolerancia caemos, y en su santo amor somos protegidos por su sabiduría y poder, y por la misericordia y la gracia somos elevados a una alegría mucho mayor. Y así, en justicia y misericordia, él desea ser conocido y amado, ahora y siempre. Y el alma que sabiamente lo contempla en la gracia se satisface con ambas y sé deleita eternamente.

Capítulo 36[1]

Nuestro Señor Dios reveló que una obra será realizada[2], y él mismo la hará, y será honorable, maravillosa y plena, y se hará en consideración a mí, y él mismo la hará. Y ésta es la alegría mayor que el alma comprendió, que Dios mismo lo hará, y yo no haré nada, sino pecar, pero mi pecado no impedirá la actuación de su bondad. Vi que la contemplación de esta obra es una alegría celestial para el alma que teme a Dios y siempre, amorosamente y por la gracia, desea la voluntad de Dios. Esta obra se comenzará aquí, y honrará a Dios y beneficiará plenamente a todos los que le aman en la tierra; y cuando lleguemos al cielo, cada uno de nosotros lo verá con una maravillosa alegría; y esa obra continuará hasta el último día. El honor y la dicha que de ella se desprendan permanecerán en el cielo ante Dios y todos sus santos eternamente.

Esta fue la obra que vi y comprendí en la intención de nuestro Señor, y la razón de que la revelara es hacer que nos regocijemos en él y en todas sus obras.

Cuando vi cómo continuaba la revelación, comprendí que se revelaba un gran acontecimiento que iba a suceder, y que Dios revelaba lo que él mismo hacía. Esta obra tiene las propiedades ya descritas. Todo esto me lo mostró bienaventuradamente, queriendo que yo lo aceptara con sabiduría, fe y confianza. Pero lo que esta obra será se mantuvo en secreto para mí. Y en esto vi que él no quiere que tengamos miedo de conocer lo que nos revela. Lo revela porque quiere que lo conozcamos, y quiere que mediante ese conocimiento le amemos y nos deleitemos en él y en él nos regocijemos eternamente. Por el gran amor que nos tiene nos revela todo lo que en este tiempo es para gloria suya y beneficio nuestro.

Y estas cosas que él quiere mantener secretas, en su gran bondad nos las revela ahora, mas no abiertamente. Quiere que creamos y comprendamos que realmente lo veremos en su beatitud eterna. Así pues, debemos alegrarnos en él por todo lo que revela y por todo lo que esconde; y si lo hacemos gustosa y humildemente, encontraremos gran consuelo en ello, y él nos lo agradecerá eternamente.

Éste es el significado de estas palabras —que se hará en consideración a mí—, es decir, a los seres humanos en general, es decir, a todos aquellos que serán salvados. Será honorable, maravillosa, abundante, y se hará por consideración a mí. Y Dios mismo la hará. Y ésa será la alegría mayor que pueda contemplarse en la obra, que el mismo Dios la hará, y que el hombre no hará nada en absoluto, sino pecar.

[1] Este capítulo no está en TB.
[2] Véase c. 32.

De esta manera, nuestro Señor quería decirme algo así como: «¡Mira y ve! Aquí tienes la materia[3] de la humildad, aquí tienes la materia del amor, aquí tienes la materia de tu autoconocimiento, aquí tienes la materia para alegrarte en mí. Y por mi amor, alégrate en mí, pues eso es lo que más puede complacerme».

Mientras estamos en esta vida, mientras nosotros, en nuestra locura, nos volvemos a la contemplación de aquellos que están condenados, nuestro Señor nos enseña tiernamente y nos llama felizmente, diciendo en nuestras almas: «Déjame solo a mí, hija querida, atiéndeme. Yo te basto. Regocíjate en tu salvador y en tu salvación». Y estoy segura de que éste es nuestro Señor que actúa en nosotros.

El alma que es atravesada con esto por la gracia lo verá y lo sentirá. Y si bien puede aceptarse que esta obra se hace para la humanidad en general, esto no excluye a ningún ser humano en particular, pues lo que nuestro buen Señor quiere hacer con respecto a sus pobres criaturas no lo sé.

Pero esta obra y la que antes describí[4] no son la misma, sino dos obras distintas y separadas. Mas ésta será pronto conocida, y la otra lo será cuando lleguemos al cielo. A quien nuestro Señor se lo concede, puede conocerla parcialmente aquí, pero la gran obra descrita anteriormente no será conocida ni en el cielo ni en la tierra hasta que se cumpla.

Y además, me dio especial entendimiento e instrucción sobre la acción y la revelación de los milagros de la manera siguiente: «Es sabido que yo he realizado milagros en el pasado, muchos, grandes y maravillosos, gloriosos y espléndidos, y que lo que he hecho lo sigo haciendo sin cesar, y lo haré en los tiempos por venir». Es sabido que los milagros vienen precedidos de tristeza, angustia y tribulación, y es así para que conozcamos nuestra propia debilidad y el mal en el que hemos caído por el pecado, para que seamos humildes y gritemos a Dios pidiendo su ayuda y su gracia. Después llegan los grandes milagros. Proceden del gran poder, sabiduría y bondad de Dios, mostrando su poder y las alegrías del cielo, en la medida en que es posible en esta vida pasajera, y esto para fortalecimiento de nuestra fe y porque puede aumentar nuestra esperanza en el amor. Por eso le place ser conocido y venerado por los milagros. Esa es su intención: quiere que no quedemos abrumados por las tristezas y los tormentos que se abaten sobre nosotros, pues todo ello ha precedido siempre a los milagros.

---

[3] Juliana utiliza el término en el sentido filosófico: la materia a la que se da forma.
[4] Véase c. 32.

Capítulo 37

Dios me recordó que yo pecaría, pero debido al deleite que experimentaba al contemplarle no tomé inmediatamente en consideración esa revelación. Nuestro Señor esperó lleno de misericordia, y me dio la gracia de la atención; entonces me apliqué a mí misma lo que se me había revelado. Pero todas las consolaciones de gracia que siguieron, como podréis ver, me hicieron comprender que la enseñanza se aplicaba a todos mis hermanos cristianos; a todos en general y a ninguno en particular.

Aunque nuestro Señor me reveló que yo pecaría, por «yo» hay que entender cada uno. Y en esto concebí un leve temor, y en respuesta a ello nuestro Señor dijo: «Yo te protejo con toda seguridad». Dijo estas palabras con más amor y más seguridad de protección para mi alma de lo que yo pueda o sepa explicar. Pues así como se me reveló primero que pecaría, también me fue revelada la consolación —seguridad de protección para todos mis hermanos cristianos—. ¿Qué podría llevarme a amar más a mis semejantes en Cristo que ver, en Dios, que él ama a todos los que serán salvados, a todos, como si fueran una sola alma? Pues en toda alma que será salvada hay una voluntad santa que no consiente al pecado y nunca consentirá. Así como hay una voluntad animal en la parte inferior que no puede querer nada bueno, así hay también una voluntad santa que no puede nunca querer ningún mal, sino siempre el bien. Por eso somos los amados de Dios, y haremos eternamente lo que le deleita. Nuestro Señor me reveló esto en la plenitud de su amor, en ese amor en el que estamos siempre ante sus ojos; sí, él nos ama ahora, mientras estamos aquí, y nos amará cuando estemos allí, ante su rostro santo. Pues todos nuestros tormentos se deben a nuestra falta de amor.

Capítulo 38

Y Dios me mostró que el pecado no será deshonra, sino honor para el ser humano, pues así como efectivamente hay un dolor que corresponde a cada pecado, así el amor da al alma una dicha por cada pecado. Así como los diversos pecados son castigados con distintas penas, según su gravedad, así también las almas serán recompensadas con diversas alegrías en el cielo por las victorias obtenidas sobre ellos, en la medida en que el pecado pueda haber sido penoso y doloroso para el alma en esta tierra. Pues el alma que ha de ir al cielo es tan preciosa para Dios, y su lugar allí es tan glorioso, que la bondad de Dios no permite que el alma que finalmente vaya allí peque. Los pecadores que serán recompensados de esta manera son conocidos en la santa Iglesia, en la tierra y en el cielo, por sus elevados honores.

Pues en esta visión mi entendimiento fue elevado hasta el cielo, y entonces Dios trajo gozosamente a mi mente a David y, con él, a muchos otros del Antiguo Testamento. Y del Nuevo Testamento, primero a Magdalena, Pedro y Pablo, Tomás de la India, san Juan de Beverly[1] y muchos otros, cuyos pecados son conocidos por la Iglesia en la tierra, y esto no es deshonra para ellos, pues todo se torna en su honor. Y así, nuestro cortés Señor nos da aquí una revelación parcial sobre lo que allí es en plenitud. Pues allí la marca del pecado es transformada en honor.

San Juan de Beverly[2] me fue mostrado por nuestro Señor muy elevado, y sin embargo cercano y afable, para nuestro consuelo; nuestro Señor lo trajo a mi mente como es, alguien próximo y amable. Y Dios le llamaba «san Juan de Beverly» abiertamente, como hacemos nosotros, y de manera muy dulce y feliz, poniendo de manifiesto que a sus ojos es un santo grande y bienaventurado. Dios mencionó que en su juventud y en su infancia había sido un servidor querido por él, con amor y temor de Dios. Y sin embargo Dios permitió que cayera, protegiéndole misericordiosamente para que no pereciera ni malgastara el tiempo. Después le elevó muchas veces a una gracia mayor, y por la contrición y la humildad que demostró en vida, Dios le dio en el cielo múltiples alegrías, que sobrepasaban las que habría tenido si no hubiera pecado o caído. Y Dios muestra en la tierra que esto es cierto por los constantes milagros que se realizan en torno a su cuerpo. Y todo ello para hacernos alegres y felices en el amor.

[1] Obispo de York, muerto en 721. No aparece en TB.
[2] El resto del capítulo no está en TB.

Capítulo 39

El pecado es el azote más terrible que pueda abatirse sobre cualquier alma elegida; castiga y golpea al hombre o la mujer, y rompe al ser humano, haciéndole odioso a sus propios ojos, de modo que él mismo piensa a veces que no es digno ni capaz de nada, sino de hundirse en el infierno, hasta que la contrición se apodera de él por inspiración del Espíritu Santo y torna su amargura en esperanza en la misericordia de Dios. Entonces las heridas empiezan a sanar y el alma a revivir, devuelta a la vida de la santa Iglesia. El Espíritu Santo le lleva a confesión, inspirándole el deseo de revelar sus pecados, desnuda y abiertamente, con gran tristeza y vergüenza por haber mancillado la hermosa imagen de Dios. Acepta la penitencia impuesta para cada pecado por su confesor, pues está establecido en la santa Iglesia por la enseñanza del Espíritu Santo, humildad ésta[1] que mucho complace a Dios; acepta también humildemente la enfermedad corporal enviada por Dios, y las tristezas y humillaciones exteriores, así como la reprobación y el desprecio del mundo y todas las aflicciones y tentaciones a las que son arrojados, espiritual y físicamente.

Nuestro buen Señor nos protege con el mayor cuidado, aunque a nosotros nos parezca que estamos casi abandonados y que somos rechazados a causa de nuestros pecados, pensando que lo hemos merecido. Y debido a la humildad que de esto se sigue, nos elevamos muy alto a los ojos de Dios por su gracia. Y Dios, en su gracia especial, visita a quienes quiere con tan gran contrición, compasión y verdadero deseo ardiente de él[2], que son súbitamente liberados del pecado y el dolor y llevados a la dicha y hechos iguales a los santos. Por la contrición somos purificados, por la compasión preparados, y por el verdadero deseo ardiente de Dios somos hechos dignos. Estos son los tres medios, según yo comprendí, por los que todas las almas llegan al cielo, es decir, aquellos que han sido pecadores en la tierra y serán salvados.

Pues toda alma pecadora debe ser curada por medio de estas medicinas. Aunque sea curada, sus heridas no son consideradas por Dios como heridas, sino como honores. Y así como aquí somos castigados con tristezas y penitencias, en el cielo por el contrario seremos recompensados por el amor cortés de nuestro Dios todopoderoso, que no quiere que nadie vea allí malogrados sus afanes[3] en ningún grado. Pues él mira el pecado como tristeza y sufrimiento de sus amantes, a los que por amor no atribuye ninguna culpa.

---

[1] El resto del párrafo no está en TB.
[2] Alusión a las «tres heridas» de las que habla en el c. 2.
[3] El resto del párrafo no está en TB.

La recompensa que recibiremos allí no será pequeña, sino grande, gloriosa y honorable. Y así toda vergüenza se trocará en honor y alegría[4]. Pues nuestro cortés Señor no quiere que sus servidores desesperen por el hecho de caer a menudo y gravemente, pues nuestra caída no es obstáculo a su amor. Su paz y su amor están siempre con nosotros, viviendo y trabajando, pero nosotros no siempre estamos en paz y amor. Quiere que sepamos que él es el fundamento de toda nuestra vida en el amor, y que es, además, nuestro protector eterno y nos defiende enérgicamente contra todo tipo de enemigos, que son como fieras crueles con nosotros; y así, tanto más grande es nuestra necesidad de él cuanto, por nuestras caídas, más ocasión damos a nuestros enemigos.

[4] El resto del capítulo no está en TB.

Capítulo 40

Ésta es la suprema amistad de nuestro cortés Señor, que nos protege tan tiernamente cuando pecamos. Y además, nos toca secretamente, y nos muestra nuestros pecados a la suave luz de la misericordia y la gracia. Pero cuando nos vemos tan mancillados, pensamos que Dios puede estar airado con nosotros a causa de nuestros pecados. Entonces el Espíritu Santo nos mueve a la oración mediante la contrición, y deseamos con todas nuestras fuerzas enmendarnos para aplacar la ira de Dios, hasta que el alma encuentra el sosiego, y la conciencia, la paz. Confiamos entonces en que Dios haya olvidado nuestro pecado, y así es, en verdad. Y nuestro cortés Señor se muestra entonces al alma, feliz y con la mayor alegría en el semblante, acogedor como un amigo, como si el alma hubiera sufrido gran pena o hubiera estado prisión, y le dice: «Amada mía, me alegra que hayas venido a mí en tu desgracia. Yo siempre he estado contigo. Ahora puedes ver mi amor. Somos uno en la dicha».

De esta manera[1], los pecados son perdonados por gracia y misericordia, y nuestra alma es gloriosamente recibida en la alegría, como ocurrirá cuando llegue al cielo; y así sucede cada vez que se arrepiente, por la operación de la gracia del Espíritu Santo y el poder de la Pasión de Cristo.

Aquí entendí realmente que todo se ha puesto a nuestra disposición por la gran bondad de Dios, de manera que cuando estamos en paz y caridad, estamos realmente a salvo. Pero puesto que no podemos estar de continuo en esa situación, nos ha hecho capaces de vivir siempre en dulce oración y en deseo amante de nuestro Señor Jesús. Pues él desea ardientemente llevarnos a la plenitud de la alegría, como dije anteriormente[2], cuando me reveló su sed espiritual. Pero si ahora, debido a toda esa consolación espiritual que se ha descrito, cualquier hombre o mujer fuera movido por su locura a decir o pensar «Si esto es así, entonces estaría bien pecar para lograr la mayor recompensa», o incluso a desdeñar la importancia del pecado, que se cuide de ese impulso, pues en verdad, si lo pensara, sería un gran error procedente del demonio.

Pues el mismo amor verdadero que nos reconforta con el toque de su fuerza bendita nos enseña que debemos odiar el pecado simplemente a causa del amor. Y estoy segura, por lo que yo he sentido, de que cuanto más consciente de esto es el alma amante en el cortés amor de nuestro Señor, mayor es su odio al pecado y más se avergüenza de él. Pues si tuviéramos frente a nosotros todo el dolor del infierno, del

---

[1] Desde aquí hasta el final de la Revelación XV (c. 65) el texto es independiente en general de TB. Señalo en nota los pasajes pertenecientes a TB (manuscrito de Amherst) que no aparecen en TL (manuscrito de París).

[2] Ver c. 31.

purgatorio y de la tierra, con la muerte y todo lo demás, escogeríamos todo ese dolor antes que pecar. Pues el pecado es tan vil y tan merecedor de ser odiado que no puede ser comparado con ningún sufrimiento que no sea el mismo pecado. Y ningún infierno más cruel que el pecado me fue revelado, pues el alma amante no odia ningún dolor, sino el pecado; pues todo es bueno salvo el pecado, y nada es malo salvo el pecado[3]. Y cuando por la acción de la gracia y la misericordia nos aplicamos a la misericordia y la gracia, somos hechos completamente bellos e inmaculados.

Dios está tan dispuesto a salvar al hombre como grande es su sabiduría y su poder. Cristo es el fundamento de todas las leyes de los cristianos, y él nos enseñó a devolver bien por mal. Podemos ver aquí que él es este amor, y cómo él mismo hace lo que a nosotros nos pide que hagamos; pues quiere que seamos semejantes a él en un amor infinito y eterno hacia nosotros mismos y nuestros hermanos cristianos. Así como su amor no se aparta de nosotros por nuestros pecados, así quiere que nuestro amor no se aparte de nosotros ni de nuestros hermanos cristianos. Pero debemos odiar sin reserva el pecado y amar siempre al alma como Dios la ama. Pues en esas palabras que Dios pronunció[4] hay una fuerza inagotable: «Yo te protejo con toda seguridad».

---

[3] TB añade: «El pecado no es ni muerte ni alegría, pero cuando un alma, deliberadamente, escoge el pecado, que es dolor, y hace de él como su dios, al final no tiene nada en absoluto. Ese dolor me parece el infierno más cruel, porque el alma no tiene a su Dios. El alma puede tener a Dios en cualquier sufrimiento, pero no en el pecado» (c. 18).

[4] Véase c. 37.

Capítulo 41: decimocuarta revelación

Después de esto, nuestro Señor me hizo una revelación sobre la oración; en ella vi dos condiciones: una, la rectitud; la otra, la confianza firme[1].

Muy a menudo nuestra confianza no es completa, pues no estamos seguros de que Dios nos escuche, debido, pensamos, a que no somos dignos de ello y también porque no sentimos nada en absoluto; con frecuencia nos encontramos tan vacíos y secos después de nuestras oraciones como lo estábamos antes. Y cuando nos sentimos de esa manera, es nuestra locura la causa de nuestra debilidad, pues así lo he experimentado en mí misma[2]. Súbitamente nuestro Señor trajo todo esto a mi mente, y me reveló estas palabras, diciendo: «Yo soy el fundamento de tu súplica. Primero, es mi voluntad hacerte este don, y luego hago que lo desees, y luego hago que supliques por él. Si tú suplicas, ¿cómo podría suceder que no obtuvieras lo que pides?». Y así, en la primera razón, y en las tres que siguen, nuestro Señor transmite una gran confianza, como puede verse en estas mismas palabras.

En la primera razón, cuando dice: «Si tú suplicas», muestra el gran deleite que le causa nuestra súplica y la recompensa infinita que por ella nos otorgará. En la segunda razón, cuando dice: «¿Cómo podría ser...?»[3], se habla como de una imposibilidad; pues nada podría ser más imposible que el que nosotros buscáramos misericordia y gracia y no la obtuviéramos. Pues todo lo que nuestro buen Señor nos hace suplicar, él mismo lo ha ordenado para nosotros desde toda la eternidad. Así, podemos ver aquí que no es nuestra súplica, sino su propia bondad, la causa de la bondad y la gracia que él nos da. Y esto es lo que realmente revela en todas estas dulces palabras, cuando dice[4]: «Yo soy el fundamento». Nuestro buen Señor quiere que esto sea conocido por quienes le aman en la tierra. Y cuanto más lo sepamos, más suplicaremos, si lo hemos aceptado con sabiduría. Ésta es la intención de nuestro Señor.

---

[1] TB precisa esas condiciones: «Vi dos condiciones para aquellos que oran, según lo que yo misma he experimentado. Una es no rezar por nada en absoluto que no sea la voluntad de Dios y su gloria; la otra, aplicarse siempre y con todas las fuerzas a implorar esa voluntad de Dios y su gloria. Y eso es lo que he comprendido de la enseñanza de la santa Iglesia. Pues esto es lo que también nuestro Señor me ha enseñado ahora, a aceptar la fe, la esperanza y el amor como dones de Dios, y a permanecer en ellos hasta el fin de nuestra vida. Por eso decimos el Padrenuestro, el Ave María y el Credo con toda la devoción que Dios nos da. Y asimismo rezamos por todos nuestros hermanos cristianos, y por todo tipo de personas, como es la voluntad de Dios, pues debe ser nuestro deseo que todos los hombres y mujeres puedan estar en el mismo estado de virtud y de gracia que deseamos para nosotros mismos» (c. 19).
[2] Véase c. 66.
[3] Cesa aquí la correspondencia con TB.
[4] Véase c. 34.

La súplica es un deseo sincero, gracioso y perseverante del alma, unida e incorporada a la voluntad de nuestro Señor por la dulce y secreta operación del Espíritu Santo. Nuestro Señor es el primer receptor de nuestra oración, según yo lo vi; la acepta con el mayor agradecimiento, y muy regocijado la envía al cielo, depositándola en un tesoro donde nunca perecerá. Allí, ante Dios y todos sus santos, es continuamente recibida, beneficiándonos siempre en nuestras necesidades. Y cuando alcancemos la bienaventuranza, se nos dará como una medida de alegría, con un agradecimiento infinito y glorioso por su parte.

Nuestro Señor está más alegre y gozoso a causa de nuestra oración; él la espera, y la quiere, pues por su gracia nos hace semejantes a él, tal como lo somos en naturaleza, y ésa es su bendita voluntad. Por eso nos dice: «Reza interiormente[5], aunque no encuentres ningún sabor en tu oración; el provecho es grande, aunque no sientas nada. Reza interiormente, aunque no sientas nada, aunque no veas nada, sí, aunque pienses que no puedes hacerlo; pues en la sequedad y la aridez, en la enfermedad y la debilidad, entonces, tu oración me es más agradable, aunque a ti te parezca insípida. De esta manera, tu oración está viva ante mis ojos».

Por la recompensa y el agradecimiento infinito que allí nos otorgará, porque anhela que recemos continuamente ante sus ojos, Dios acepta la buena voluntad y el esfuerzo de sus servidores, independientemente de lo que podamos sentir. Por eso le place que nos esforcemos en la oración y en vivir rectamente, mediante su ayuda y su gracia, de manera razonable y con discreción, conservando nuestras fuerzas para él hasta que tengamos en la plenitud de alegría a aquel al que buscamos: Jesús. Y esto lo reveló en la decimoquinta revelación[6], donde dice: «Yo seré tu recompensa».

También la acción de gracias forma parte de la oración. La acción de gracias es un verdadero reconocimiento interior, en el que nos entregamos con gran reverencia y amoroso temor, y con todas nuestras fuerzas, a la obra a la que nuestro Señor nos mueve, regocijándonos y dándole gracias interiormente. A veces el alma está tan llena que estalla en palabras y exclama: «¡Gracias, mi buen Señor, bendito seas!». Otras el corazón está seco y no siente nada, o el enemigo nos tienta, y entonces la razón y la gracia llevan al alma a implorar a nuestro Señor con palabras, recordando su bendita Pasión y su gran bondad. De esta manera, el poder de las palabras de nuestro Señor entra en el alma, vivifica el corazón y, por su gracia, realiza en él su obra de verdad, haciendo que el alma rece más dichosamente y se regocije verdaderamente en nuestro Señor. Ésta es a sus ojos una amorosa acción de gracias.

[5] Otros manuscritos, «de todo corazón», «incondicionalmente».
[6] Véase c. 64.

Capítulo 42

Nuestro Señor quiere que tengamos una comprensión verdadera en lo que se refiere a nuestra oración, especialmente en tres puntos.

El primero es saber quién es el origen de nuestra oración y cómo. Él nos revela el «quién» cuando dice: «Yo soy el fundamento»[1]. Y revela el «cómo» por su bondad, pues dice: «Primero, es mi voluntad»[2].

En cuanto al segundo, en qué manera y cómo deberíamos realizar nuestra oración, Dios quiere que nuestra voluntad se transforme, en la alegría, en la voluntad de nuestro Señor. Es esto lo que quiere decir cuando afirma: «Yo hago que lo quieras»[3].

El tercero es que conozcamos el fruto y el fin de nuestra oración, que es estar unidos a él y ser semejantes a nuestro Señor en todas las cosas. Y con esta intención y por este fin fue revelada esta lección amorosa; él quiere ayudarnos, y lo hará, como él mismo dice. Bendito sea.

Nuestro Señor quiere que nuestra oración y nuestra confianza sean igualmente generosas[4]. Pues si nuestra confianza es más débil que nuestra oración, no glorificamos plenamente a Dios en la oración, y nos obstaculizamos y perjudicamos a nosotros mismos. La razón de ello es, según creo, que no sabemos realmente que nuestro Señor es el fundamento del que surge nuestra oración; y también porque ignoramos que ésta nos es dada por la gracia de su amor. Si lo supiéramos, confiaríamos en que nuestro Señor nos concedería todo cuanto deseamos.

Pues estoy segura de que nadie pide misericordia y gracia con recta intención a menos que misericordia y gracia le hayan sido dadas de antemano. Pero a veces pensamos que hemos estado rezando durante mucho tiempo sin obtener lo que habíamos pedido. Pero no deberíamos apenarnos por ello, pues tengo por cierto que es intención de nuestro Señor que esperemos una ocasión mejor, o una gracia mayor, o un don más elevado. Quiere que tengamos conocimiento verdadero, en él mismo, de que él es el ser. Quiere que en este conocimiento se fundamente nuestro entendimiento, con todas nuestras fuerzas, toda nuestra determinación y toda nuestra intención. Quiere que

---

[1] Véase c. 41.
[2] *Ibid.*
[3] *Ibid.*
[4] TB dice: «Nuestro Señor quiere que recemos y confiemos, pues las razones que ya he dicho tienen por objeto fortalecernos contra la debilidad en nuestras oraciones. Es voluntad de Dios que recemos, y él nos mueve a hacerlo con esas palabras que he dicho, pues quiere que estemos seguros de que nuestras oraciones son respondidas, porque la oración place a Dios. La oración del hombre que reza le lleva a estar en paz consigo mismo, y hace sereno y humilde al que antes luchaba y se desazonaba contra sí mismo. La oración une el alma a Dios...» (c. 19). Con esta última frase comienza el c. 43 de TL.

en ese fundamento hagamos nuestra morada. Y quiere que comprendamos, por la luz de su gracia, los tres puntos siguientes.

El primero es la nobleza y excelencia de nuestra creación; el segundo nuestra preciosa y adorable redención; el tercero, todo lo que creó inferior a nosotros para nuestro servicio y que él protege por amor a nosotros. De esta manera, es como si dijera: «Mira y ve que he hecho todo esto antes de tu oración, y ahora tú eres y me rezas». Como si quisiera llamar nuestra atención sobre la grandeza de sus obras, tal como enseña la santa Iglesia.

Y contemplando esto con gratitud, debemos orar por la obra que ahora se está haciendo, a saber, que él nos gobierna y nos conduce a su gloria en esta vida, y nos lleva a su bienaventuranza. Por lo tanto, él lo ha hecho todo. Así, quiere que veamos que él es el autor de todo, y que recemos por ello. Hacer sólo una de estas dos cosas no es suficiente, pues si rezamos y no vemos que él lo hace, nos deprimimos y dudamos; y esto no le glorifica. Y si vemos que él lo hace y no rezamos, no cumplimos con nuestro deber. Y no puede ser así, quiero decir que no es así a sus ojos. Ver que es él quien actúa y al mismo tiempo rezar es lo que le glorifica y nos ayuda a progresar. Es voluntad de nuestro Señor que recemos por todo lo que ha ordenado hacer, tanto en particular como en general. Y la alegría y la dicha que esto supone para él, y el agradecimiento y la honra que por ello tendremos, están más allá del entendimiento de las criaturas en esta vida, según yo lo vi.

Orar es comprender rectamente la plenitud de alegría que ha de venir, con deseo ardiente y verdadera confianza. Saborear o ver la dicha a la que por naturaleza estamos ordenados nos hace desearle; la comprensión verdadera y el amor, con el dulce recuerdo de su sabor, nos induce, mediante la gracia, a confiar. En estas dos operaciones nuestro Señor nos mira constantemente. Ese es nuestro deber, y su bondad no puede asignarnos menos de lo que es nuestra obligación realizar con diligencia. Cuando lo hagamos, incluso nos parecerá que es nada. Y así es, en verdad. Pero hagamos lo que podemos, pidamos humildemente gracia y misericordia, y en él encontraremos todo aquello de lo que ahora carecemos. Esto es lo que quiere decir cuando afirma: «Yo soy el fundamento de tu súplica»[5].

Y así, en esta revelación y en estas palabras bienaventuradas, vi cómo toda nuestra debilidad y todos nuestros temores eran vencidos totalmente.

---

[5] Véase c. 41.

Capítulo 43

La oración une al alma con Dios, pues aunque el alma pueda ser semejante a Dios en naturaleza y en substancia, restaurada por la gracia[1] es a menudo diferente a él a causa del pecado del hombre. Entonces la oración es una prueba de que el alma quiere como Dios quiere, reconforta la conciencia y capacita al ser humano para la gracia. Y así, Dios nos enseña a orar con la firme confianza de que obtendremos lo que pedimos; pues él nos mira con amor y quiere asociarnos a sus deseos y a sus obras. Nos mueve a rezar por lo que a él le complace, y por esta oración y este buen deseo que llega a nosotros como don, de nuevo nos pagará y nos dará recompensa eterna. Esto me fue revelado cuando dijo: «Si tú lo suplicas»[2].

En estas palabras Dios me mostró gran placer y delicia, como si nos estuviera muy agradecido por cada buena obra que hacemos. Y sin embargo, es él quien las hace. Por eso le pedimos con insistencia que haga lo que le es agradable, y es como si él dijera: «¿Cómo puedes complacerme más que suplicándome, de manera ardiente, sabia y sincera, que haga lo que yo quiero hacer?». De este modo, por la oración, el alma se hace una con Dios[3].

Pero cuando nuestro cortés Señor; por una gracia especial, se muestra a nuestra alma, tenemos lo que deseamos, y en esos momentos no vemos qué más podríamos pedir, pues toda nuestra intención y todas nuestras fuerzas están totalmente absortas en su contemplación. Según yo lo veo, ésta es una oración elevada e imperceptible; pues el único objeto de nuestra oración es estar unidos en la visión y contemplación de aquel al que rezamos, con tan maravillada alegría y respetuoso temor, con tal dulzura y deleite en él, que ya sólo podemos orar cuando él nos inspira.

Y sé bien que cuanto más ve el alma a Dios, más le desea, por la gracia. Pero cuando no le vemos sentimos necesidad y urgencia de orar, porque percibimos nuestra carencia y nuestra incapacidad con respecto a Jesús. Cuando el alma es tentada, atormentada y dejada a sí misma en su agitación, es el momento de rezar y hacerse dúctil y obediente a Dios. Pero ninguna oración hace que Dios se amolde a nuestros deseos, pues el amor de Dios es inmutable. Así vi que cuando sentimos necesidad de orar, nuestro Señor Dios viene en ayuda de nuestro deseo. Y cuando por esta gracia

---

[1] «Restaurada por la gracia» no aparece en TB, y todo parece indicar que es una interpolación ajena a Juliana.
[2] Véase c. 41.
[3] TB añade: «porque cuando el hombre o la mujer está a gusto con Dios, no necesita orar, sino contemplar reverentemente lo que Dios dice. Pues en todo el tiempo en que esto me fue revelado, no fui movida a orar, sino a mantener siempre este bien en mi espíritu, para mi fortalecimiento: que cuando vemos a Dios, tenemos lo que deseamos, y entonces no necesitamos orar» (c. 19).

especial le vemos claramente, no viendo a ningún otro, entonces necesariamente le seguimos y él nos atrae hacia sí por el amor. Yo vi y sentí que su maravillosa y sobreabundante bondad colma todas nuestras capacidades; y vi también que su acción continua en todas las cosas se hace de manera tan divina, tan sabia y poderosa, que sobrepasa todo cuanto podamos entender o pensar y todo cuanto podamos imaginar. No podemos hacer más que contemplarle y alegrarnos, con el enorme e irresistible deseo de estar totalmente unidos a él y prestar atención a su moción, regocijarnos en su amor y deleitarnos en su bondad.

así, por su dulce gracia, por nuestra oración continua y humilde, entraremos en él en esta vida mediante los muchos toques secretos de suaves visiones y sentimientos espirituales, en la medida en que nuestra simplicidad sea capaz de recibirlos. Y esto es y será realizado por la gracia del Espíritu Santo, hasta el día en que muramos, todavía entonces deseando ardientemente el amor. Y todos entraremos en nuestro Señor, conociéndonos a nosotros mismos con claridad y poseyendo plenamente a Dios; ocultos para siempre en Dios, viéndole verdaderamente, sintiéndole plenamente, escuchándole espiritualmente, oliéndole deliciosamente y saboreándole dulcemente. Allí veremos a Dios cara a cara, íntimamente y en plenitud. La criatura creada verá y contemplará eternamente a Dios, el creador: pues ningún hombre puede ver a Dios y vivir después[4], es decir, en esta vida mortal. Pero cuando él, en su gracia especial, quiere mostrarse aquí, da a la criatura más que su propia fuerza, y mide su revelación según su propia voluntad y según es provechoso para ese momento.

[4] Ex 33, 20-23.

Capítulo 44

Dios me mostró a menudo, en todas las revelaciones, que el hombre trabaja siempre, incesantemente, en hacer la voluntad de Dios y para su gloria. El contenido de esta obra me fue mostrado en la revelación primera[1] de forma admirable, pues se me mostró cómo se realizaba, en sabiduría y verdad, en el alma bendita de nuestra Señora Santa María. Espero, por la gracia del Espíritu Santo, ser capaz de decir qué fue lo que vi.

La verdad ve a Dios, y la sabiduría contempla a Dios, y de ambas procede un maravilloso deleite en Dios, que es el amor. Donde están la verdad y la sabiduría, allí está en verdad el amor, que procede de ellas dos, y todas son obra de Dios. Pues Dios es la infinita verdad suprema, la infinita sabiduría suprema, el infinito amor supremo e increado; y el alma humana es una criatura en Dios que tiene las mismas propiedades creadas. Y siempre hace aquello para lo que fue creada; ve a Dios y contempla a Dios y ama a Dios. Así Dios se regocija en la criatura, y la criatura en Dios, en un maravillamiento infinito, y en ese maravillamiento el ser humano ve a su Dios, su Señor, su hacedor, tan elevado, tan grande y tan bueno en comparación con ella, que es creada, que la criatura apenas puede considerarse a sí misma algo más que nada. Pero la luz y la claridad de la verdad y la sabiduría le hacen ver y conocer que ha sido creada para amar, y en ese amor Dios la protege por siempre jamás.

[1] Véase c. 4.

Capítulo 45

Dios nos juzga en nuestra substancia natural, que permanece siempre en él, sana y salva, eternamente; y este juicio es según su justicia. El hombre juzga según su sensualidad variable, que le hace ver ahora de una manera y luego de otra, pues procede parcialmente y por las apariencias externas. Este juicio es contradictorio, pues a veces es bueno y clemente, y a veces duro y doloroso. En la medida en que es bueno y clemente, pertenece a la justicia de Dios; y en la medida en que es duro y doloroso, nuestro buen Señor Jesús lo reforma, por su gracia y misericordia, mediante el poder de su bienaventurada Pasión, llevándolo así a la justicia. Y aunque estos dos juicios sean así reconciliados y unidos, sin embargo serán conocidos en el cielo, eternamente, de forma separada.

El primer juicio, que es el de la justicia de Dios, procede de su amor infinito, y ése es ese juicio amable, suave, que me fue mostrado en aquella bella revelación en la que le vi que él no nos imputa ninguna clase de culpa[1]. Y aunque fue dulce y delicioso, no pude quedar plenamente consolada sólo por la contemplación, debido al juicio de la santa Iglesia, que yo había conocido anteriormente y estaba continuamente ante mis ojos. Me parecía que por ese juicio yo debía reconocerme necesariamente pecadora. Y el mismo juicio me llevaba a comprender que los pecadores merecen a veces el castigo y la cólera; ahora bien, yo no podía ver nada de ello en Dios. Por eso mi deseo era mayor de lo que pueda o sepa expresar, debido al juicio superior que el mismo Dios me reveló al mismo tiempo, y que yo debía aceptar necesariamente. El juicio inferior me había sido enseñado anteriormente en la santa Iglesia y, en consecuencia, no podía ignorarlo de ninguna manera.

Este fue entonces mi deseo: poder ver en qué forma el juicio de la santa Iglesia, aquí, en la tierra, es verdadero a los ojos de Dios, y cómo podría yo alcanzar un conocimiento verdadero, de manera que los dos juicios pudieran ser reconciliados, para gloria de Dios y como camino recto para mí. Nunca tuve otra respuesta a todo ello que la de un maravilloso ejemplo de un señor y un servidor, como contaré más tarde[2], y que me fue revelado de manera muy misteriosa. Con todo, ése fue y será mi deseo y mi voluntad hasta el final de mi vida: conocer por la gracia esos dos juicios, en la medida en que me incumben. Pues todas las cosas, celestiales y terrenales, están comprendidas en ellos. Y cuanto más los conozcamos y comprendamos bajo la guía llena de gracia del Espíritu Santo, más veremos y conoceremos nuestros sentimientos. Y cuanto más los veamos, más desearemos, según nuestra naturaleza y por la acción de la gracia, ser

[1] Véase c. 27.
[2] Véase c. 51.

llenados de una alegría y una dicha infinitas, pues para eso hemos sido creados. Nuestra substancia natural está ahora llena de bienaventuranza en Dios, lo ha estado desde que fue creada y lo estará sin fin.

Capítulo 46

Pero la vida pasajera que tenemos en esta tierra no puede conocer por medio de nuestros sentidos lo que es nuestro yo verdadero: lo conocemos en la fe. Cuando conozcamos y veamos, real y claramente, lo que es nuestro verdadero yo, entonces veremos y conoceremos real y claramente a Dios nuestro Señor en la plenitud de la alegría. Por eso, sucede necesariamente que cuanto más cerca estemos de nuestra felicidad, más ardientemente la desearemos, por naturaleza y por gracia. Podemos tener conocimiento de nosotros mismos en esta vida con la ayuda y la fuerza continuadas de nuestra naturaleza superior, y podemos aumentar y crecer en tal conocimiento mediante el favor y la ayuda de la misericordia y de la gracia. Pero jamás podremos conocernos plenamente a nosotros mismos hasta el último momento, cuando esta vida efímera y todo tipo de penas y miserias lleguen a su fin. Por lo tanto, es propio de nuestra manera de ser por naturaleza y por gracia, anhelar y desear con todas nuestras fuerzas conocernos a nosotros mismos. En ese conocimiento pleno conoceremos real y claramente a nuestro Dios en la plenitud de la alegría eterna.

Y sin embargo, en todo este tiempo, de principio a fin, tuve dos tipos de contemplación. Una consistía en un amor continuo e infinito, con la certeza de la protección y la salvación bienaventurada, pues todas la revelaciones trataban de ello. La otra era la enseñanza común de la santa Iglesia, en la que anteriormente había sido instruida e implantada, y que voluntariamente había comprendido y practicado. Y la contemplación de ésta no me abandonaba, pues de ninguna manera fui inducida por la revelación a distanciarme o separarme de ella. Aprendí en la revelación a amarla y a regocijarme en ella, de manera que, con la ayuda de nuestro Señor y su gracia, pudiera crecer y elevarme a un mayor conocimiento celestial y a un amor más grande.

Y de esta manera, a lo largo de esta contemplación me di cuenta de que era necesario comprender y saber que somos pecadores y cometemos muchas malas acciones a las que deberíamos renunciar, mientras dejamos de hacer muchas buenas acciones que deberíamos realizar, de modo que merecemos el sufrimiento, el reproche y la cólera. Pero a pesar de todo eso, vi realmente que nuestro Señor nunca está airado y nunca lo estará. Porque él es Dios, es bueno, es la verdad, es amor, es paz; y su poder, su sabiduría, su caridad y su unidad no le permiten estar airado. Pues vi realmente que es contrario a la naturaleza de su poder estar airado, y contrario a la naturaleza de su sabiduría, y contrario, igualmente, a la naturaleza de su bondad. Dios es esa bondad que no puede airarse, pues Dios no es sino bondad. Nuestra alma está unida a aquel que es bondad inmutable. Y entre Dios y nuestra alma no hay, a sus ojos, ni ira ni perdón. Pues

nuestra alma está tan plenamente unida a Dios, por la propia bondad divina, que nada puede interponerse entre Dios y nuestra alma.

El alma fue llevada a este conocimiento por amor, y hacia él fue intensamente atraída en cada revelación; que esto es así, y cómo es, me lo reveló nuestro buen Señor. Verdaderamente, por su gran bondad, él quiere que nosotros deseemos saber, es decir, en la medida en que a una criatura suya le es conveniente saber. Todo lo que esta alma simple comprendió, quiere Dios que sea revelado y conocido; pues él mismo, poderosa y sabiamente, por amor, esconde las cosas que desea que sean secretas. Yo vi en la misma revelación que hay muchos misterios escondidos que jamás podrán ser conocidos hasta el momento en que Dios, en su bondad, nos haga digno de verlos. Y con esto estoy satisfecha, a la espera de la voluntad de nuestro Señor sobre esta gran maravilla. Y ahora me someto a mi madre, la santa Iglesia, como lo haría un simple niño.

Capítulo 47

Hay dos deudas concretas que nuestra alma debe satisfacer. Una es la de maravillarnos reverentemente. La otra es sufrir con humildad, regocijándonos siempre en Dios. Pues él quiere que sepamos que en breve tiempo veremos claramente en él todo lo que deseamos saber. A pesar de todo esto, yo contemplaba y me preguntaba qué es la misericordia y el perdón de Dios; por medio de la enseñanza recibida anteriormente, comprendí que la misericordia de Dios será la remisión de su ira después de nuestro pecado. Pues me parecía que para el alma cuya intención y deseo es amar, la ira de Dios debe de ser un sufrimiento más duro que cualquier otro dolor. Por lo tanto, acepté que la remisión de su ira debía ser una de las características principales de su misericordia. Sin embargo, a pesar de mi atención y mi deseo, no podía ver tal cosa en toda la revelación. Pero describiré algo de cómo vi y comprendí la operación de la misericordia, según la gracia que Dios me dé.

Lo comprendí de este modo. El hombre es voluble en esta vida, y cae en el pecado por ingenuidad e ignorancia. Es débil y necio en sí mismo, y su voluntad se siente abrumada cuando es víctima de la tristeza y la desdicha. Y la causa es su ceguera, porque no ve a Dios[1]. Pues si viera a Dios continuamente, no tendría sentimientos nocivos ni ningún tipo de impulso o de tristeza que le incitasen a pecar.

Así vi y sentí al mismo tiempo, y visión y sentimientos me parecieron grandes, plenos y abundantes en gracia, en comparación con los que experimentamos habitualmente en esta vida. Pero sin embargo, me parecían nimios e insignificantes en comparación con el gran deseo que tiene el alma de ver a Dios. Sentí cinco tipo de sensaciones, que son éstas: alegría, desolación, deseo, temor y esperanza cierta. Alegría, porque Dios me dio a conocer y comprender que era él a quien yo veía. Desolación, a causa de mi fragilidad. Deseo, de verle siempre más y más, sabiendo y comprendiendo que nunca encontraremos perfecto reposo hasta que le veamos clara y abiertamente en el cielo. El temor se debía a que pensaba en aquel tiempo que esa visión pasaría y yo quedaría abandonada a mí misma. La esperanza cierta era en el amor infinito, pues vi que sería protegida por su misericordia y llevada a la felicidad.

Y la alegría de esta visión, con esa esperanza cierta de su misericordiosa protección, hizo nacer en mí un sentimiento de consuelo, de manera que la desolación y el temor no fueron ya muy dolorosos. Sin embargo, contemplé en esta revelación de Dios que este tipo de visión no puede perdurar en esta vida, para su propia gloria y aumento de nuestra alegría eterna. A menudo dejamos de verle, caemos entonces en nosotros mismos y ya no sentimos nada en absoluto, sino la contradicción que existe en

[1] A partir de aquí y hasta el final del c. 63 el texto es totalmente independiente de TB.

nosotros; eso procede de la vieja raíz de nuestro primer pecado, con todo lo que de él se sigue por nuestra propia obstinación. Así somos hostigados y tentados; el sentimiento de pecado y el sufrimiento, espiritual y físico, nos asaltan de formas muy diversas, como bien sabemos en esta vida.

Capítulo 48

Pero nuestro buen Señor el Espíritu Santo, que es vida infinita, habita en nuestra alma, nos protege con total fidelidad, pacifica y alivia el alma mediante la gracia, haciéndola obediente y reconciliándola con Dios. Este es el camino de misericordia por el que nuestro Señor nos conduce continuamente mientras estamos en esta vida mudable. Pues no vi ira alguna, salvo por parte del hombre, y ésta nos es perdonada por Dios, pues la ira no es sino una perversión que se opone a la paz y el amor. Y procede de una falta de fuerza, o de una falta de sabiduría, o de una falta de bondad; y esta falta no está en Dios, sino en nosotros. Por el pecado y por nuestra miseria, la cólera y una oposición constante a la paz y el amor habitan en nosotros; así me lo reveló él muy a menudo por medio de su mirada amorosa llena de compasión y piedad. Pues el fundamento de la misericordia está en el amor, y la operación de la misericordia tiene por objeto protegernos en el amor; esto me fue revelado de tal forma que en adelante ya no pude percibir la misericordia de otra forma que como plenitud de amor en el amor.

Es decir, según yo lo vi, la misericordia es una operación del amor, dulce y llena de gracia, que se confunde con una compasión total, pues la misericordia actúa protegiéndonos, y actúa de manera que todas las cosas se tornen para nuestro bien. La misericordia, por amor, nos permite fallar en una cierta medida, y en la medida en que fallamos, en esa medida caemos, y en la medida en que caemos, en esa misma medida morimos. Pues necesariamente debemos morir en la medida en que no somos capaces de ver y sentir a Dios, que es nuestra vida. Nuestra flaqueza es espantosa, nuestra caída, vergonzosa, y nuestra muerte, lastimosa. Pero sin embargo, la dulce mirada de la compasión no se aparta ni por un momento de nosotros, y la operación de la misericordia nunca cesa.

Contemplé la propiedad de la misericordia, y contemplé la propiedad de la gracia, y vi dos formas de actuar en un único amor. La misericordia es la propiedad compasiva, que pertenece a la maternidad en la ternura del amor; y la gracia es una propiedad honorable, que pertenece al domino real en el mismo amor. La misericordia actúa protegiendo, sosteniendo, vivificando y sanando, y todo ello procede de la ternura del amor. Y la gracia actúa con misericordia, elevando, recompensando, excediendo infinitamente lo que nuestro amor y esfuerzo merecen, extendiendo y desplegando la inmensa abundancia y generosidad del domino real de Dios en su maravillosa cortesía. Esto procede de la abundancia del amor, pues la gracia transforma nuestra espantosa fragilidad en consuelo abundante y sin fin. Y la gracia transforma nuestra vergonzosa

caída en elevación sublime y honorable, y nuestra lastimosa muerte en vida santa y bienaventurada.

Vi con la mayor certeza que aunque nuestras contradicciones nos causan dolor, vergüenza y aflicción en esta tierra, la gracia, por el contrario, prepara mientras tanto para nosotros en el cielo un consuelo, una gloria y una felicidad tan sobreabundantes, que cuando allí lleguemos y recibamos esa dulce recompensa que ha preparado para nosotros daremos gracias y bendeciremos a nuestro Señor, alegrándonos infinitamente de haber sufrido tanta desdicha; conoceremos entonces en Dios una propiedad del amor bienaventurado que nunca habríamos conocido sin la desdicha anterior. Y cuando vi todo esto, me sentí obligada a admitir que la misericordia de Dios y su perdón extinguen y disipan nuestra ira.

Capítulo 49

Fue una gran maravilla que fue mostrada constantemente al alma en todas las revelaciones; y el alma contemplaba con gran diligencia que nuestro Señor Dios no puede perdonar, porque no puede estar airado —eso le es imposible—. Pues esto se me reveló: que nuestra vida está totalmente fundamentada y enraizada en el amor, y sin amor no podemos vivir. Y por lo tanto, el alma a la que Dios concede esa gracia especial penetra en su gran y maravillosa bondad y ve que estamos tan eternamente unidos a él en el amor, que es de todo punto imposible que Dios se encolerice, pues cólera y amistad son dos contrarios. Él disipa y destruye nuestra cólera y nos hace dulces y humildes —necesariamente debemos creer que él es siempre igual a sí mismo en el amor, dulce y humilde, lo que es contrario a la cólera—. Y vi en verdad que donde nuestro Señor aparece, lo hace aportando la paz y no hay lugar para la ira. Pues no vi ninguna ira en Dios, ni durante un tiempo largo ni durante un instante siquiera; pues ciertamente, según yo lo vi, si Dios pudiera encolerizarse por un momento, nosotros no tendríamos vida, ni lugar, ni ser. Pues tan cierto como que recibimos nuestro ser del poder infinito de Dios, de su sabiduría infinita y de su infinita bondad, tan cierto es que lo conservamos en el poder infinito de Dios, en su sabiduría infinita y en su infinita bondad. Pues aunque nosotros podamos sentir ira, luchas y conflictos, estamos sin embargo misericordiosamente encerrados en la dulzura de Dios, en su mansedumbre, en su benignidad y su accesibilidad.

Vi con certeza que toda nuestra amistad eterna, nuestro lugar, nuestra vida y nuestro ser están en Dios. Pues esa misma bondad infinita que nos protege cuando pecamos, para que no perezcamos, esa misma bondad infinita nos aporta incesantemente la paz, oponiéndose a nuestra ira y a la perversión de nuestra caída, y nos hace ver nuestra indigencia con verdadero temor, y nos urge a suplicar perdón a Dios con un deseo de salvación otorgado por la gracia. No podremos tener la dicha de la salvación hasta que no estemos verdaderamente en la paz y en el amor, pues ésa es nuestra salvación.

Aunque podamos estar encolerizados, y las contradicciones que están en nosotros nos causen tribulaciones, desolación y miseria, aunque caigamos víctimas de nuestra ceguera y nuestras malas inclinaciones, con todo, estamos seguros y salvos por la misericordiosa protección de Dios, de manera que no perecemos. Mas no estaremos felizmente a salvo, en posesión de una alegría sin fin, hasta que estemos todos en paz y en amor, es decir, plenamente satisfechos con Dios, con todas sus obras y todos sus juicios, hasta que estemos contentos y en paz con nosotros mismos y con todos nuestros

semejantes en Cristo y con todo lo que Dios ama, como place al amor. Y la bondad de Dios hace esto en nosotros.

De esta manera vi que Dios es nuestra verdadera paz y nuestro seguro protector en la inquietud, pues trabaja constantemente para llevarnos a la paz infinita. Y así, cuando por la operación de la misericordia y la gracia somos hechos humildes y dulces, entonces estamos totalmente a salvo. Súbitamente, el alma es unida a Dios cuando está realmente pacificada en sí misma, pues en él no hay cólera alguna. Y así vi que cuanto estamos totalmente en paz y amor no encontramos oposición ni obstáculo alguno, pues nuestro Señor Dios, en su bondad, hace que la contradicción que está en nosotros se vuelva provechosa. En efecto, el espíritu de contradicción es la causa de toda nuestra tribulación y toda nuestra desdicha; y nuestro Señor Jesús las toma y las envía al cielo, donde se vuelven más dulces y deleitosas de lo que el corazón pueda pensar o la lengua decir. Y cuando lleguemos allí, las encontraremos dispuestas, convertidas en belleza verdadera y gloria sin fin.

Dios es nuestro firme fundamento, y será nuestra alegría perfecta, y nos hará tan inmutables como él cuando estemos allí.

Capítulo 50

En esta vida mortal la misericordia y el perdón son el camino que nos conduce a la gracia. Debido a las tentaciones y pesares en que caemos, con frecuencia estamos muertos según el juicio de los hombres en la tierra. Pero a los ojos de Dios, el alma que será salvada nunca estuvo muerta, y nunca lo estará. Sin embargo, yo seguía asombrada y maravillada con todo el fervor de mi alma, y pensaba: «Buen Señor, veo en ti que eres la verdad, y sé realmente que pecamos gravemente cada día y que somos dignos de censura; y no puedo rechazar mi conocimiento de esta verdad, pero no veo que tú nos culpes de nada. ¿Cómo puede ser esto? Pues sé, por la enseñanza ordinaria de la santa Iglesia y por mi propia experiencia, que la culpa por nuestros pecados está suspendida continuamente sobre nosotros, desde el primer hombre hasta el día en que subamos al cielo». Este era mi asombro: que vi a nuestro Señor Dios sin que nos mostrara ningún reproche, como si fuéramos tan puros y santos como los ángeles del cielo. Y ante esta contradicción mi razón estaba muy afligida por mi ceguera, y no podía encontrar ningún descanso por miedo a que esta santa presencia desapareciera de mi vista y yo pudiera quedar en la ignorancia y sin saber cómo nos contempla Dios en nuestro pecado. Necesitaba, o bien ver que el pecado era suprimido en Dios, o bien ver en Dios cómo lo ve él, para saber verdaderamente cómo debo ver el pecado y en qué forma somos culpables.

Mi ardiente deseo perduraba, mientras le miraba constantemente; mas no podía tener paciencia, debido al gran temor y la perplejidad que sentía, pues pensaba: «Si considero que no somos pecadores ni dignos de reprobación, debo de estar en el error, ya que no acepto una verdad reconocida. Y si es cierto que somos pecadores y dignos de reprobación, Dios mío, ¿cómo es posible entonces que yo no pueda ver esta verdad en ti, que eres mi Dios, mi creador, en quien deseo ver toda la verdad?».

Tres circunstancias me dieron valor para formular la pregunta. La primera era el hecho de que fuera algo tan humilde, pues de haber sido algo más elevado habría sentido temor. La segunda, que fuera algo tan general, pues si hubiera sido cosa más particular o secreta tampoco me hubiese atrevido. La tercera es que era algo que necesitaba saber, me parecía, para seguir viviendo, para poder distinguir, de manera más clara, mediante la razón y la gracia, el bien del mal, y amar la bondad y odiar el mal, tal como enseña la santa Iglesia. Grité interiormente con todas mis fuerzas, pidiendo ayuda a Dios, de esta forma: «¡Ay, Señor Jesús!, rey de beatitud, ¿cómo seré consolada, quién me dirá, quién me enseñará lo que necesito saber, si no puedo ahora verlo en ti?».

Capítulo 51

Entonces nuestro cortés Señor me contestó muy misteriosamente mediante la revelación del maravilloso ejemplo de un señor y su servidor, y presentó a los dos a mi entendimiento. La visión se me mostró de dos maneras con respecto al señor, y de dos maneras con respecto al servidor. Una parte me fue mostrada espiritualmente, con apariencia corporal. La otra, más espiritualmente, sin apariencia corporal.

Así, en cuanto a la primera, vi dos personas en figura humana, es decir, un señor y un servidor; y con esto Dios me dio entendimiento espiritual. El señor estaba sentado con gran solemnidad, en reposo y en paz. Delante de él se encontraba el servidor, de pie, respetuosamente dispuesto a hacer la voluntad de su señor. El señor miraba al servidor con ternura, de manera muy dulce y amorosa. Y le envió a un cierto lugar a hacer su voluntad. El servidor no sólo se pone en camino, sino que va corriendo y corre a gran velocidad, deseoso de cumplir la voluntad de su señor. Y, de pronto, cae por un pequeño barranco y se hiere gravemente; entonces gime y se queja y se revuelve y se retuerce, pero no puede levantarse ni valerse por sí mismo de ninguna forma. Pero lo que más le dolía, según vi, era la falta de consuelo, pues no podía volver el rostro para mirar a su amoroso señor, que estaba muy cerca de él y que es fuente de todo consuelo. Como un hombre privado durante cierto tiempo de fuerza y sabiduría, sólo prestaba atención a sus sentimientos y a su continua aflicción, aflicción en la que sentía siete grandes sufrimientos.

El primero eran los grandes magullamientos que sufrió en su caída, que le producían grandes dolores. El segundo era la torpeza de su cuerpo. El tercero, la debilidad que se seguía de los dos anteriores. El cuarto, que su razón estaba ciega y su espíritu tan sumido en la perplejidad que casi había olvidado su amor. El quinto era que no podía levantarse. El sexto era el dolor más asombroso para mí, y es que estaba solo; miré a su alrededor y busqué, a lo lejos y cerca, arriba y abajo, mas no encontré ninguna ayuda para él. El séptimo, que el lugar en el que estaba era estrecho, incómodo y desolador.

Me sorprendía que este servidor pudiera sufrir tan humildemente tanta desgracia, y miré cuidadosamente para ver si podía detectar alguna falta en él, o si el señor le imputaría algún tipo de culpa; y realmente, no vi nada, pues la única causa de su caída había sido su buena voluntad y su ardiente deseo. En espíritu, estaba igual de dispuesto y era tan bueno como cuando se encontraba en pie frente a su señor, presto a hacer su voluntad.

Durante todo ese tiempo su amoroso señor le contemplaba con gran ternura, y ahora con una doble mirada, una externa, dulce y humilde, con gran compasión y piedad, y esto pertenecía a la primera parte de la visión. La otra era interior, más espiritual, y me fue mostrada cuando dirigí mi entendimiento hacia el señor y de nuevo pude ver cuán intensamente se alegraba por el glorioso descanso y la nobleza que deseaba y procuraría a su servidor por la plenitud de su gracia. Y esto pertenecía a la segunda parte. Entonces mi entendimiento fue llevado a la primera, estando las dos presentes en mi mente.

Entonces, este cortés señor dijo: «Ved a mi siervo amado, qué de males y heridas ha sufrido y aceptado al ponerse a mi servicio por amor, sí, y por su buena voluntad. ¿No es justo que le recompense por el miedo y el espanto que ha sufrido, por tantos golpes y heridas y por toda su desdicha? Y, además, ¿no es propio de mí que le conceda un regalo, mejor y más honorable para él de lo que lo habría sido su propia salud? Obrar de otro modo sería, sin duda, ingratitud».

En esto, descendió a mi alma una revelación espiritual interior de lo que significaba el señor. Y vi que necesariamente debería ser así: que su gran bondad y su propio honor exigen que su amado servidor, aquel al que tanto amaba, fuera generosa y bienaventuradamente recompensado para siempre, mucho más de lo que lo habría sido si no hubiera caído; sí, y tanto, que su caída y todas las desdichas que de ella se siguieron se trocaran para él en honor supremo e incomparable y felicidad sin fin.

En este punto el ejemplo que me había sido mostrado se desvaneció, y nuestro buen Señor llevó mi entendimiento hasta el final de lo que se había visto y mostrado en la revelación. Pero a pesar de ello el maravilloso ejemplo nunca me abandonó, pues me parecía que se me había dado como respuesta a mi petición. Sin embargo, en aquel tiempo yo no podía comprenderlo plenamente ni ser consolada por él. Pues en el servidor, que representaba a Adán, como diré, vi muchas características diferentes que de ninguna forma podían ser atribuidas sólo a Adán. En aquel tiempo yo confiaba en tres intuiciones, pues la comprensión completa de ese maravilloso ejemplo no se me había dado todavía. Los secretos de la revelación estaban profundamente escondidos en este maravilloso ejemplo; a pesar de ello, vi y comprendí que cada visión está llena de secretos. Debo ahora referir los tres puntos que me consolaron en cierta medida.

El primero es el comienzo de la enseñanza, lo que comprendí en aquel tiempo. El segundo es la instrucción interior, lo que he ido comprendiendo desde entonces. El tercero, toda la revelación, de principio a fin, que Dios nuestro Señor, en su bondad, libremente y con frecuencia, trae ante los ojos de mi entendimiento. Y estos tres puntos están tan unidos, según comprendí, que ni puedo ni sé separarlos. Y por los tres en su unidad recibí una enseñanza, a saber, que debo creer y confiar que nuestro Señor Dios, por la misma bondad y el mismo objetivo por el que me reveló estas cosas, lo esclarecerá para todos nosotros cuando sea su voluntad.

Pasados veinte años menos tres meses desde el tiempo de la revelación, recibí la siguiente instrucción interior: «Debes prestar atención a todos los atributos, divinos y humanos, que te fueron revelados en el ejemplo, aunque éste pueda parecerte misterioso y ambiguo». Consentí de buena gana con un gran deseo, examinando interiormente con mucho cuidado todos los detalles y características que se habían revelado en aquel tiempo en la visión, en la medida en que mi inteligencia y mi entendimiento fueron capaces de hacerlo. Comencé por el momento en que yo miraba al señor y al servidor: cómo estaba sentado el señor y el lugar en que se sentaba, el color de su ropa y cómo estaba hecha, su apariencia externa, su nobleza interior y su bondad. Luego, el comportamiento del servidor cuando estaba de pie ante él, el lugar en el que estaba y cómo estaba, su forma de vestir, el color y la forma de sus ropas, su actitud exterior y su bondad y diligencia interiores. Comprendí que el señor que se sentaba majestuosamente en paz y quietud era Dios. Y comprendí que el servidor que permanecía ante él representaba a Adán; es decir, en aquel tiempo me fue mostrado un solo hombre y su caída, para hacerme comprender cómo contempla Dios a todos los hombres y sus respectivas caídas. Pues a los ojos de Dios todos los hombres son un solo hombre, y un solo hombre es todos los hombres. Aquel hombre resultó herido y quedó en estado de gran fragilidad, su entendimiento quedó entorpecido, pues había desviado la mirada de su señor, pero su voluntad permanecía intacta a los ojos de Dios. Vi cómo el señor alababa y aprobaba su voluntad, pero el hombre estaba cegado y no era capaz de conocer esa voluntad. Esto suponía una gran tristeza y un cruel sufrimiento para él, pues no veía con claridad a su amoroso señor, tan dulce y amable para con él, ni tampoco veía realmente lo que él mismo era a los ojos de su señor. Sé bien que cuando estas dos cosas se vean sabia y verdaderamente, lograremos el descanso y la paz, aquí parcialmente, y plenamente en la beatitud del cielo, por la gracia abundante de Dios.

Este fue el comienzo de la enseñanza que recibí en aquel tiempo, por la que pude llegar a conocer de qué manera nos mira Dios en nuestro pecado. Y entonces vi que sólo el dolor censura y castiga, y nuestro cortés Señor nos consuela y socorre, y está siempre amablemente dispuesto para el hombre, amando y deseando ardientemente llevarnos a su felicidad.

El lugar en que el señor se sentaba no tenía adorno alguno, estaba en la tierra, estéril y baldía, solo, en el desierto inmenso. Sus vestiduras eran anchas y amplias, muy hermosas, como corresponde a un señor. Su túnica era de color azul celeste, de gran belleza y dignidad. Su aspecto era compasivo: su rostro era de un hermoso color crema pálido, su semblante, muy atractivo; sus ojos eran negros, muy bellos y llamativos, reveladores de su amorosa compasión; en el fondo de su mirada se percibía como un lugar de refugio seguro, grande y amplio, de una plenitud celestial e infinita. Y la amorosa mirada que mantenía constantemente sobre su servidor, especialmente cuando cayó, me pareció capaz de hacer que nuestros corazones se fundieran de amor, y de romperlos en dos de alegría. En tan amorosa mirada se percibía una hermosa mezcla, maravillosa de contemplar. Parte era compasión y piedad, parte,

alegría y beatitud. La alegría y la beatitud superaban a la compasión y la piedad tanto como el cielo está por encima de la tierra. La piedad era terrenal, y la beatitud, celestial.

La compasión y la piedad del Padre eran por Adán, que es su criatura más amada. La alegría y la beatitud, por la caída de su Hijo muy querido, que es igual al Padre. La misericordiosa mirada de su amoroso semblante llenaba toda la tierra, y descendió con Adán hasta el infierno, y por esa piedad infinita Adán fue preservado de la muerte eterna. Esta misericordia y esta piedad habitan con la humanidad hasta el momento en que subamos al cielo. Pero el hombre está cegado y no puede ver a nuestro Padre, Dios, tal como es. Y cuando en su bondad quiere mostrarse al hombre, se muestra familiar, igual que un ser humano, aunque vi realmente que debemos saber y creer que el Padre no es un hombre. Que esté sentado en una tierra árida y baldía significa esto: él creó el alma del hombre para hacer de ella su ciudad y su morada, y de todas sus obras ésa es la que más le place. Cuando el hombre cayó en la tristeza y el dolor, ya no era completamente apropiado para servir a ese noble oficio, y sin embargo nuestro amable Padre no quiso prepararse ningún otro lugar, sino que se sentó en la tierra a esperar a la naturaleza humana, que está mezclada con tierra, hasta el tiempo en que, por su gracia, su Hijo amado devolviera a la ciudad su nobleza y belleza gracias a su duro esfuerzo.

El azul celeste de la túnica significa su firmeza. El color crema de su bello rostro, junto con la encantadora negrura de los ojos, era lo más conveniente para indicar su santa solemnidad. La amplitud de su ropa, ondulando espléndidamente a su alrededor, significa que tiene encerrados en él todos los cielos y toda la alegría y la beatitud eternas. Esto me fue mostrado en un breve instante, cuando percibí que mi entendimiento estaba dirigido hacia el señor. En esto le vi regocijarse grandemente por la honorable restauración a la que quiere llevar, y llevará, a su servidor, por la abundancia de su gracia. Y sin embargo yo seguía asombrada, contemplando al señor y al servidor, como ya he dicho.

Vi al señor sentado con gran majestad, y al servidor de pie respetuosamente ante él. En este servidor hay un doble significado, uno exterior, otro interior. Exteriormente estaba simplemente vestido, como un obrero dispuesto para el trabajo, y permanecía muy cerca del señor, no directamente frente a él, sino un poco ladeado hacia la izquierda. Vestía una túnica blanca, muy corta, vieja y gastada, teñida con el sudor de su cuerpo; le cubría apenas un palmo por debajo de la rodilla y parecía raída, como si le quedase poca vida, lista para convertirse en harapos y hacerse jirones. Yo estaba muy asombrada, pensando: «Éste no es el vestido adecuado para un servidor tan amado cuando está delante de tan honorable señor». Pero interiormente se percibía en él un fondo de amor, el amor que sentía por el señor, que era igual al amor que el señor sentía por él. La sabiduría del servidor vio interiormente que tenía una cosa que hacer que honraría al señor; y por amor, sin ninguna consideración por sí mismo o por lo que podría sucederle, salió con gran rapidez y corrió adonde su señor le enviaba, para cumplir lo que era su voluntad y su gloria. Por su aspecto externo, parecía como si

hubiera estado trabajando continua y duramente durante mucho tiempo. Pero por la percepción interior que tuve del señor y el servidor, parecía que era alguien recién contratado, es decir, que justo entonces comenzaba a trabajar, dando la impresión de que nunca antes este servidor había sido enviado fuera.

Había en la tierra un tesoro que el señor amaba. Sorprendida, me preguntaba qué podría ser. Y me fue respondido en mi entendimiento: «Es un alimento delicioso y que gusta al señor». Vi al señor sentado como un hombre, mas no vi comida ni bebida para servirle. Esta fue la primera sorpresa; otra sorpresa fue que este majestuoso señor tenía sólo un servidor, y lo envió fuera. Yo observaba, preguntándome qué tipo de trabajo debería hacer el servidor. Y entonces comprendí que tenía que hacer la labor más pesada y el trabajo más duro que existan. Tenía que ser jardinero, cavar y hacer surcos, sudar y dar la vuelta a la tierra, cavar en profundidad y regar las plantas en el momento adecuado, sin la menor interrupción, dejando correr el agua para que crecieran frutos buenos y abundantes, que debía llevar ante el señor y así servirle según su deseo. Nunca debía volver a presentarse ante él hasta haber preparado la comida como sabía complacía al señor; luego debía coger la comida y la bebida, y llevarla reverentemente ante el señor. Y durante todo ese tiempo el señor permanecía sentado exactamente en el mismo lugar, esperando el regreso de su servidor.

Yo me preguntaba de dónde venía el servidor, pues vi que el señor tiene en sí mismo la vida eterna y todo tipo de bondad, excepto el tesoro que estaba en la tierra y cimentado en el maravilloso abismo de su amor infinito. Pero no estaría enteramente dispuesto para su gloria hasta que el servidor lo hubiera preparado magníficamente y llevado ante su presencia. Y salvo el señor, no había nada en absoluto, sino desierto; no comprendí lo que este ejemplo significaba. Por eso me preguntaba de dónde venía el servidor.

En el servidor está incluida la segunda persona de la Trinidad, y en el servidor está incluido Adán, es decir, todos los seres humanos. Por lo tanto, cuando digo «el Hijo» pienso en la divinidad que es igual al Padre; y cuando digo «el servidor» me refiero a la humanidad de Cristo, que es el verdadero Adán. Por la cercanía del servidor se entiende el Hijo, y por su permanencia a la izquierda se entiende Adán. El señor es Dios Padre, el servidor es el Hijo, Jesucristo, el Espíritu Santo es el mismo amor que está en ellos dos. Cuando Adán cayó, el Hijo de Dios cayó; a causa de la verdadera unión realizada en el cielo, el Hijo de Dios no podía separarse de Adán —por Adán yo entiendo toda la humanidad—. Adán cayó de la vida a la muerte, en el valle de este mundo desdichado, y después de eso en el infierno. El Hijo de Dios cayó con Adán, en el valle del vientre de la doncella que era la más bella de las hijas de Adán, lo que excusaría a Adán de toda culpa en el cielo y en la tierra; y con todo su poder lo sacó del infierno. Por la sabiduría y la bondad del servidor se entiende el Hijo de Dios; su modesto atuendo de obrero y su lugar a la izquierda significan la humanidad de Adán, con todas las desdichas y debilidad que de ello se siguen. Pues en toda esta revelación nuestro buen Señor me mostró a su propio Hijo y a Adán como un solo hombre. La

fuerza y la bondad que tenemos proceden de Jesucristo, la debilidad y ceguera proceden de Adán, y los dos se me mostraron en el servidor.

Y así nuestro buen Señor Jesús tomó sobre sí toda nuestra culpa; y por ello nuestro Padre no puede ni quiere atribuirnos más culpa que a su propio Hijo amado, Jesucristo. Este fue el servidor ya antes de venir a la tierra, cuando permanecía dispuesto ante el Padre, a la espera del momento en que él le enviara a realizar la obra gloriosa por la que la humanidad sería llevada nuevamente al cielo. Es decir, aunque él es Dios, igual al Padre con respecto a su divinidad, pero con su propósito presciente de hacerse hombre para salvar a la humanidad en cumplimiento de la voluntad del Padre, permaneció ante su Padre como servidor, tomando voluntariamente sobre sí toda nuestra carga. Entonces salió diligentemente a la orden del Padre y cayó en el vientre de la doncella, sin preocupación alguna por sí mismo ni por sus crueles sufrimientos.

La túnica blanca es su carne. Que no lleve más vestidura que ésa significa que no había nada en absoluto que separara la divinidad de la humanidad. La túnica ceñida representa su pobreza; su vetustez, el tiempo pasado desde que fuera usada por Adán; su desgaste, el sudor de los trabajos de Adán; su escasez muestra al trabajador-servidor.

Y así vi al Hijo, en pie, diciendo: «Mira, Padre querido, estoy ante ti en la túnica de Adán, dispuesto a partir sin dilación. Quiero estar en la tierra para tu gloria, cuando sea tu voluntad enviarme. ¿Cuánto tiempo lo desearé todavía?». En verdad, el Hijo sabía cuándo sería la voluntad del Padre y cuánto tiempo tendría que esperar; es decir, lo sabía en lo que respecta a su divinidad, pues él es la sabiduría del Padre. Por lo tanto, estas palabras se revelaron para comprensión de la humanidad de Cristo. Pues toda la humanidad que será salvada por la dulce Encarnación y la Pasión de Cristo, toda ella es humanidad de Cristo, ya que él es la cabeza y nosotros somos sus miembros; y los miembros ignoran el día y la hora en que las desgracias y tristezas pasajeras llegarán a su fin, y la alegría y la dicha eternas alcanzarán su plenitud, día y hora que toda la compañía celestial desea ardientemente contemplar. Y todos los que están aquí abajo y han de llegar al cielo tienen como camino ese anhelo y ese ardiente deseo. Anhelo y deseo ardiente que se mostraba en el servidor, de pie ante su señor, o, dicho de otro modo, en el Hijo, de pie ante el Padre, en la túnica de Adán. El anhelo y el ardiente deseo de toda la humanidad que será salvada apareció en Jesús, pues Jesús está en todos aquellos que serán salvados, y todos los que serán salvados están en Jesús. Todo procede del amor de Dios, en la obediencia, la humildad y la paciencia, y las virtudes que nos convienen.

También en este maravilloso ejemplo tuve una enseñanza interior para mí, como si fuera el comienzo de un abecedario por el que yo pudiera tener algún entendimiento de los designios de nuestro Señor; pues los misterios de la revelación están ocultos en él, aunque todas las revelaciones estén llenas de misterios.

El Padre estaba sentado, lo que simboliza la divinidad, es decir, revela el reposo y la paz, pues en la divinidad no puede haber ningún esfuerzo; y que se muestre

a sí mismo como señor simboliza nuestra humanidad. El servidor de pie simboliza el trabajo, y el hecho de estar a la izquierda simboliza que no era totalmente digno de permanecer ya enfrente del señor. Su rápida partida es la divinidad, y su carrera, la humanidad, pues la divinidad se precipitó desde el Padre a las entrañas de la doncella, cayendo al aceptar nuestra naturaleza, y en esta caída sufrió gran daño. El daño que sufrió era nuestra carne, en la que en seguida experimentó dolores de muerte. Que permaneciera de pie, en actitud temerosa, y no directamente frente a él, simboliza que su vestido no era lo bastante decoroso para permanecer directamente frente a su señor; ni podía ni debía hacerlo mientras fuese un trabajador; ni podía tampoco sentarse junto al señor, en reposo y en paz, hasta haber conquistado su paz, a su debido tiempo, por medio de su duro trabajo. Que permaneciera a la izquierda simboliza que el Padre, por su voluntad, permitía que su Hijo, en la naturaleza humana, sufriera todos los dolores humanos sin ahorrarle ninguno. Su túnica, que caía en jirones y se desgarraba, representa los azotes y latigazos, las espinas y los clavos, el estiramiento, el arrastramiento y el desgarro de su tierna carne, que yo había visto en parte. La carne estaba arrancada de su cráneo, cayendo en pedazos, hasta que cesó el derramamiento de la sangre; entonces empezó a secarse de nuevo, adhiriéndose al hueso. Y por las sacudidas y las contorsiones, los quejidos y gemidos, se entiende que él, con su poder omnipotente, no podría elevarse glorioso desde el momento en que cayó en las entrañas de la doncella hasta que su cuerpo fuera inmolado y él hubiera entregado su alma en las manos del Padre, con toda la humanidad por la que había sido enviado.

Y en ese momento empezó a mostrar su poder, pues entonces descendió a los infiernos; y cuando estuvo allí, arrancó la gran raíz del abismo profundo, raíz que fue debidamente unida a él en el cielo. Su cuerpo estuvo yacente en la tumba hasta la mañana de Pascua; y desde ese momento, ya no lo estuvo más. Pues justamente entonces terminaron las sacudidas y los retorcimientos, los quejidos y los gemidos; y nuestra impura carne mortal, que el Hijo de Dios tomó sobre sí y que era la vieja túnica de Adán, demasiado estrecha, demasiado corta, fue transformada por nuestro salvador en otra muy hermosa, nueva, blanca, brillante y limpia para siempre, ancha y amplia, más bella y preciosa que las vestiduras que yo había visto en el Padre. Pues la túnica del Padre era azul, y la de Cristo es ahora de una hermosa y atractiva mezcla, tan maravillosa que no puedo describirla, pues es gloria verdadera.

Ahora el señor no está sentado en la tierra, en el desierto inmenso, sino en su asiento más rico y más noble, que hizo en el cielo a su gusto. Ahora el Hijo no está de pie ante el Padre, como un servidor ante el señor, lastimosamente vestido, parcialmente desnudo, sino que está directamente frente al Padre, lujosamente vestido con alegre esplendor, con una rica y valiosa corona en la cabeza. Pues me fue revelado que nosotros somos su corona[1], corona que es la alegría del Padre, el honor del Hijo, las delicias del Espíritu Santo, y felicidad eterna y maravillosa para todos los que están en el cielo.

---

[1] Véanse cc. 22 y 31.

Ahora el Hijo no está a la izquierda del Padre, como un trabajador, sino sentado a su derecha en reposo y paz infinitos. Pero esto no significa que el Hijo se siente a su lado derecho como un hombre se sienta junto a otro en esta vida, pues no existe tal postura sentada en la Trinidad, según yo lo vi; él se sienta a la derecha del Padre, es decir, en la más elevada nobleza de la alegría del Padre. Ahora el esposo, el Hijo de Dios, está en paz con su amada esposa, que es la hermosa doncella de alegrías eternas. Ahora el Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre, se sienta en su ciudad en reposo y en paz, en el lugar que su Padre ha preparado para él desde la eternidad. Y el Padre está en el Hijo, y el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo.

Capítulo 52

Y vi que Dios se alegra de ser nuestro Padre, y Dios se alegra de ser nuestra Madre, y Dios se alegra de ser nuestro verdadero esposo y de que nuestra alma sea su esposa amada. Y Cristo se alegra de ser nuestro hermano, y Jesús se alegra de ser nuestro salvador. Son cinco grandes alegrías, según yo lo entiendo, en las que quiere que nos regocijemos, alabándole, dándole gracias, amándole, bendiciéndole sin fin todos nosotros, los que seremos salvados.

Durante el tiempo de nuestra vida tenemos en nosotros una maravillosa mezcla de felicidad y desdicha. Tenemos en nosotros a nuestro Señor Jesucristo resucitado, y tenemos también el infortunio y el daño de la caída de Adán. Muriendo, estamos constantemente protegidos por Cristo, y por el toque de su gracia somos elevados a la verdadera confianza en la salvación. La caída de Adán nos aflige en nuestros sentimientos de varias maneras: por el pecado y por diferentes sufrimientos nos sentimos en la oscuridad y tan ciegos que apenas podemos aceptar ningún consuelo. Pero en nuestra intención esperamos a Dios y confiamos fielmente en tener su misericordia y su gracia; y ésta es su obra en nosotros, que en su bondad abre el ojo de nuestro entendimiento, por el que vemos, a veces más, a veces menos, según la capacidad que Dios nos da. Tan pronto nos eleva, tan pronto nos deja caer. Esa mezcla es tan maravillosa que apenas sabemos, sobre nosotros mismos o nuestros semejantes en Cristo, en qué condición nos encontramos, tan extraordinarios son estos sentimientos conflictivos, salvo en el acto de asentimiento a Dios que hacemos cada vez que le sentimos, deseando verdaderamente estar con él, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Entonces odiamos y despreciamos nuestras malas inclinaciones, y todo lo que pudiera ser ocasión de pecado espiritual o carnal. Y aun así, cuando esa dulzura se oculta, caemos de nuevo en la ceguera, y de muchas maneras nos asalta el infortunio y la tribulación. Entonces, éste es nuestro consuelo: saber en nuestra fe, por el poder de Cristo que es nuestro protector, que nunca asentiremos a la tentación, y resistiremos en el dolor y la desdicha, rezando hasta que él se muestre de nuevo a nosotros. Y así permanecemos en esa ambigüedad todos los días de nuestra vida; pero él quiere que confiemos en que está constantemente con nosotros, y lo está de tres maneras.

Está con nosotros en el cielo, verdadero hombre en su persona divina, atrayéndonos hacia él; eso fue revelado en la visión de la sed espiritual[1]. Está con nosotros en la tierra, conduciéndonos; eso me fue revelado en la tercera revelación, en la

[1] Véase c. 31.

que vi a Dios en un punto[2]. Y está con nosotros en nuestra alma, habitando en ella eternamente, gobernándola y guardándola; y eso fue revelado en la revelación decimosexta, como luego diré[3].

Así, en el servidor se mostraban la ceguera y el daño provocados por la caída de Adán; y en el servidor se mostraban también la sabiduría y bondad del Hijo de Dios. En el señor se mostraban la compasión y la piedad por el infortunio de Adán; y en el señor se mostraba también la gran nobleza y el honor infinito que el hombre alcanzará, por el poder de la Pasión y la muerte del Hijo amado de Dios. Por eso él se alegra de su caída, pues la elevación y la plenitud de felicidad a que la humanidad ha de llegar excede la que tendría si no hubiera caído. Para que viera la sobreabundancia de nobleza, mi entendimiento fue introducido en Dios al mismo tiempo que veía la caída de su servidor.

Tenemos, pues, motivo para la aflicción, porque nuestro pecado es la causa de los dolores de Cristo, y tenemos constantemente motivo para la alegría, porque fue el amor infinito lo que le hizo sufrir. Por eso, la criatura que ve y siente la operación de amor por la gracia no odia nada sino el pecado, pues de todas las cosas, a mi modo de ver, el amor y el odio son los contrarios más fuertes y más inconmensurables. Con todo, en la intención de nuestro Señor vi y comprendí que no podemos en esta vida mantenernos completamente apartados del pecado, en la pureza perfecta que tendremos en el cielo. Pero podemos muy bien por la gracia guardarnos de los pecados que nos llevarían al tormento infinito, como nos enseña la santa Iglesia, y evitar el pecado venial, razonablemente, en la medida de nuestras fuerzas. Y si por nuestra ceguera y nuestro infortunio caemos en alguna ocasión, entonces, levantémonos rápidamente, conociendo el dulce toque de la gracia, y enmendémonos prontamente según la enseñanza de la santa Iglesia, según la gravedad del pecado; continuemos luego nuestro camino con Dios en el amor, sin caer demasiado bajo, inclinándonos a la desesperación, pero también sin mostrarnos, por el contrario, demasiado imprudentes, como si poco nos importara, sabiendo que no podemos permanecer ni lo que dura un parpadeo si no es con la protección de la gracia. Agarrémonos, pues, reverentemente a Dios, confiando sólo en él.

Dios ve de una manera, y el hombre de otra. Le corresponde al hombre acusarse humildemente, y a Dios nuestro Señor, por su bondad, excusar cortésmente al hombre. Y éstas son las dos partes que me fueron mostradas en la doble actitud del señor cuando vio caer a su amado servidor.

Una era exterior: muy humilde y dulce, con gran compasión y piedad; la otra, interior, era amor infinito y justicia. De esta manera, nuestro buen Señor quiere que nos acusemos voluntariamente, y que veamos realmente y conozcamos nuestra caída y todos los males que de ella se siguen, conscientes de que nosotros nunca podríamos repararlo. Quiere también que, voluntaria y realmente, veamos y conozcamos el eterno

[2] Véase c. 11.
[3] Véase c. 68.

amor que tiene por nosotros y la abundancia de su misericordia. Y así, por la gracia, ver y conocer juntas ambas cosas, ésa es la humilde acusación que nuestro buen Señor nos pide. Él mismo actúa donde eso sucede, que es en la parte inferior de la vida del hombre; y esto se mostró en el aspecto exterior de la revelación que tuve, y que tiene dos partes. Una es la lastimosa caída del hombre; la otra, la gloriosa reparación que nuestro Señor ha realizado para el hombre. La otra me fue mostrada interiormente, de manera más elevada, y era en realidad una con la primera. Pues, en efecto, la vida y la fuerza que tenemos en la parte inferior procede de la superior, y desciende a nosotros desde el amor substancial del yo verdadero, por la gracia. Entre la una y la otra no hay nada en absoluto, pues todo es un único amor; y este único y bendito amor realiza ahora una doble operación en nosotros. Pues en la parte inferior hay dolores y sufrimientos, compasiones y penas, misericordia y perdones, y todo lo que nos es provechoso. Pero en la parte superior no existe nada de eso, sino que todo es un único y gran amor y una alegría maravillosa; y en esa maravillosa alegría todos los dolores son completamente aniquilados. Con esto, nuestro buen Señor reveló no sólo que nos disculpa, sino también la gloriosa nobleza a la que nos llevará, transformando toda nuestra culpa en honor infinito.

Capítulo 53

Y vi que Dios quiere que sepamos que no considera más grave la caída de cualquier criatura que será salvada de lo que consideró la caída de Adán, el cual, como sabemos, fue amado infinitamente y protegido con gran cuidado en el tiempo de su necesidad; ahora está felizmente reincorporado a una alegría grande e incomparable. Pues nuestro Señor Dios es tan bueno, tan gentil y cortés, que no puede asignar una falta definitiva a aquellos en los que quiere ser eternamente bendecido y alabado.

Y en lo que acabo de decir, mi deseo se vio parcialmente satisfecho, y mi gran temor algo aliviado, por la preciosa y amable revelación de nuestro Señor Dios. En esta revelación vi y comprendí con certidumbre que en cada alma que será salvada existe una voluntad santa que nunca asintió al pecado, ni nunca lo hará, pues es una voluntad tan buena que nunca quiere el mal, sino que desea siempre, constantemente, lo bueno y hace lo que es bueno a los ojos de Dios.

Por eso nuestro Señor quiere que sepamos en nuestra fe y en nuestra creencia, y de forma particular y verdadera, que tenemos esta voluntad bendita sana y salva en nuestro Señor Jesucristo; pues cada una de las naturalezas humanas que llenarán el cielo tenía, por necesidad y por la justicia de Dios, que estarle tan incorporada y tan unida que existe en ella una substancia que jamás pudo y jamás podrá ser separada de él, y todo gracias a la voluntad de Dios en su presciente designio eterno.

A pesar de esta justa incorporación y esta unión eterna, la redención y la nueva creación de la humanidad son sin embargo necesarias y provechosas en todas las cosas, pues se hacen con la misma intención y para el mismo fin que la santa Iglesia nos enseña en nuestra fe. Y vi que Dios nunca empezó a amar a la humanidad; pues así como la humanidad estará en una felicidad infinita, satisfaciendo la alegría de Dios con respecto a sus obras, asimismo esa misma humanidad ha sido conocida y amada en la presciencia de Dios desde toda la eternidad en sus justos designios. Y por la intención, asentimiento y pleno consentimiento de toda la Trinidad, el mediador quiso ser el fundamento y la cabeza de esta bella naturaleza, de la que todos nosotros procedemos, en la que todos estamos envueltos, a la que todos volveremos, encontrando en él la plenitud de nuestro cielo en la alegría sin límites, por los designios prescientes de la santísima Trinidad desde toda la eternidad. Pues antes de crearnos, nos amaba. Y cuando fuimos creados, le amamos. Y este amor procede solamente de la bondad natural y substancial del Espíritu Santo, poderoso en razón del poder del Padre, sabio por la sabiduría del Hijo. Así, el alma humana es creada por Dios y, en ese mismo momento, unida a Dios.

Y así comprendí que el alma humana es creada de nada, es decir, que no ha sido hecha de nada creado; y de esta manera: cuando Dios creó el cuerpo del hombre, tomó el limo de la tierra, que es materia en la que se mezclan y unen todas las cosas físicas, e hizo de ella el cuerpo humano. Pero para hacer el alma no quiso aceptar nada en absoluto, sino que simplemente la hizo. Y así, la naturaleza creada está justamente unida al Creador, que es naturaleza substancial increada, es decir, Dios. Por eso no puede haber, ni habrá jamás, nada en absoluto entre Dios y el alma humana. Y en ese amor infinito el alma humana es guardada en su integridad, como toda esta revelación dice y muestra.

En este amor infinito somos conducidos y protegidos por Dios, y nunca nos perderemos. Pues él quiere que sepamos que el alma es una vida, vida que, por su bondad y su gracia, perdurará eternamente en el cielo, amándole, dándole gracias, alabándole. Y así como no tendremos final, así somos un tesoro escondido en Dios, conocidos y amados desde toda la eternidad. En consecuencia, quiere que sepamos que la cosa más noble que hizo nunca es la humanidad, y la substancia más plena y el supremo poder es el alma bendita de Cristo. Quiere, además, que sepamos que esta alma amada fue preciosamente tejida a él en el momento de la creación por un lazo tan sutil y poderoso que es una con Dios. En esta unión será santificada eternamente. Quiere que sepamos también que todas las almas que serán salvadas en el cielo, para toda la eternidad, están tejidas en ese lazo, y unidas en esta unión, y santificadas en esta santidad.

Capítulo 54

En el gran amor infinito que Dios tiene por toda la humanidad, no hace ninguna distinción de amor entre el alma bendita de Cristo y el alma más pequeña que será salvada. Pues es muy fácil creer y esperar que la morada del alma bendita de Cristo está en lo más alto de la gloriosa divinidad; y en verdad, como entiendo que quiere decir nuestro Señor, donde está el alma bendita de Cristo, allí está también la substancia de todas las almas que serán salvadas por Cristo.

Debemos alegrarnos grandemente de que Dios habite en nuestra alma, y debemos alegrarnos más aún de que nuestra alma habite en Dios. Nuestra alma es creada para ser la morada de Dios, y la morada de nuestra alma es Dios, el Increado. Es gran inteligencia ver y conocer interiormente que Dios, que es nuestro creador, habita en nuestra alma, y es una inteligencia mayor ver y saber interiormente que nuestra alma, que es creada, habita en Dios en substancia, substancia por la cual, a través de Dios, nosotros somos lo que somos.

No vi ninguna diferencia entre Dios y nuestra substancia, sino como si todo fuera Dios. Sin embargo mi inteligencia aceptaba que nuestra substancia está en Dios, es decir, que Dios es Dios, y nuestra substancia es una criatura en Dios. Pues la verdad todopoderosa de la Trinidad es nuestro Padre, que nos ha creado y nos guarda en él. Y la sabiduría profunda de la Trinidad es nuestra Madre, en la que estamos inmersos. Y la suprema bondad de la Trinidad es nuestro Señor, y en él estamos inmersos, y él en nosotros. Estamos inmersos en el Padre, estamos inmersos en el Hijo, estamos inmersos en el Espíritu Santo. Y el Padre está inmerso en nosotros, el Hijo está inmerso en nosotros, y el Espíritu Santo está inmerso en nosotros, todopoderoso, todo sabiduría y todo bondad, un solo Dios, un solo Señor. Nuestra fe es una fuerza que procede de nuestra substancia natural y penetra en nuestra alma sensual por el Espíritu Santo, en cuya fuerza surge toda nuestra fuerza, pues sin ella ningún hombre podría recibirla, ya que no es nada más que la justa comprensión, con fe verdadera y creencia cierta en nuestro ser, de que estamos en Dios y él en nosotros, aunque no lo veamos.

r

Y esta fuerza, como todas las demás que Dios ha ordenado a nuestro servicio, obra grandes cosas en nosotros. Pues Cristo está actuando misericordiosamente en nosotros, y nosotros, por la gracia, estamos en armonía con él a través del don y el poder del Espíritu Santo. Esta obra nos hace hijos de Cristo y nos mueve a llevar una vida cristiana.

Capítulo 55

Y así, Cristo es nuestro camino, y nos conduce con seguridad mediante sus leyes. En su cuerpo, nos lleva al cielo poderosamente. Pues vi que Cristo, teniendo en él a todos los que seremos salvados por él, nos presenta honorablemente a su Padre en el cielo, presente que su Padre recibe con gran agradecimiento y entrega cortésmente a su Hijo Jesucristo. Este don y esta acción es alegría para el Padre, felicidad para el Hijo y deleite para el Espíritu Santo. Y de todo cuanto debemos hacer para complacer a Dios, la mayor delicia para nuestro Señor es que nos alegremos en la alegría que la santísima Trinidad siente por nuestra salvación.

Esto lo vi en la novena revelación[1], donde se dice más sobre este asunto. A pesar de todos nuestros sentimientos de desdicha o felicidad, Dios quiere que comprendamos y creamos que estamos más verdaderamente en el cielo que en la tierra. Nuestra fe procede del amor natural de nuestra alma, de la clara luz de nuestra razón, y del firme recuerdo que tenemos de Dios desde nuestra creación primera. Y cuando nuestra alma es insuflada en nuestro cuerpo, en el momento en que somos hechos sensibles, en ese mismo momento la misericordia y la gracia comienzan a obrar, cuidando de nosotros y protegiéndonos con compasión y amor. Por esta operación, el Espíritu Santo forma en nuestra fe la esperanza de que volveremos a nuestra substancia superior, en el poder de Cristo, incrementada y plenificada por el Espíritu Santo. Así, comprendí que nuestro ser sensible tiene su fundamento en la naturaleza, en la misericordia y en la gracia, y este fundamento nos capacita para recibir los dones que nos conducen a la vida eterna. Pues vi con certeza que nuestra substancia está en Dios, y vi también que Dios está en nuestro ser sensible, pues en el mismo instante y lugar en que nuestra alma es hecha sensible, en ese mismo instante y lugar se convierte en la ciudad de Dios, ordenada por él desde toda la eternidad. Él entra en esa ciudad y nunca la dejará, pues Dios no está nunca fuera del alma, en la que habitará bienaventuradamente por siempre jamás.

Y esto me fue comunicado en la decimosexta revelación[2], donde se dice: «El lugar que Jesús toma en nuestra alma no lo dejará jamás». Y todos los dones que Dios puede dar a la criatura, se los ha dado a su Hijo Jesús para nosotros, dones que él, habitando en nosotros, ha encerrado dentro de sí hasta el tiempo en que hayamos crecido plenamente, nuestra alma junto con nuestro cuerpo y nuestro cuerpo con nuestra alma. Que cada uno ayude al otro, hasta que hayamos crecido a la estatura que nos corresponde según la naturaleza creadora; y entonces, con la naturaleza creadora como

---

[1] Véanse cc. 22 y 23.
[2] Véase c. 16.

fundamento y con la operación de la misericordia, el Espíritu Santo insufla en nosotros, por su gracia, los dones que nos conducen a la vida eterna.

Y, así, mi entendimiento fue llevado por Dios a ver en él y a conocer, comprender y reconocer que nuestra alma es una trinidad creada, a imagen de la santísima Trinidad increada, conocida y amada desde toda la eternidad, y en la creación unida al Creador, como dije antes. Esta visión era dulce y maravillosa de contemplar, apacible y reposada, segura y deleitosa. Y debido a la gloriosa unión que así fue hecha por Dios entre el alma y el cuerpo, la humanidad tiene necesariamente que ser restaurada de una doble muerte, restauración que no podría acaecer hasta que la segunda persona de la Trinidad hubiera asumido la parte inferior de la naturaleza humana, cuya parte superior estaba unida a él en su primera creación. Estas dos partes, la superior y la inferior, que son una sola alma, estaban en Cristo. La parte superior estaba siempre en paz con Dios en alegría y felicidad completas. La parte inferior, que es el ser sensible, sufrió por la salvación de la humanidad. Y estas dos partes fueron vistas y sentidas en la octava revelación[3], cuando mi cuerpo se llenó plenamente con el sentimiento y la memoria de la Pasión y la muerte de Cristo. Además, junto con esto, tuve la percepción secreta y la visión interior de la parte superior, lo que me fue mostrado al mismo tiempo, cuando no podía, a pesar de la sugerencia del intermediario, levantar mis ojos al cielo. Y no podía porque estaba absorta en esa misma poderosa visión contemplativa de la vida interior, que es esa substancia suprema, esa alma preciosa que se regocija por siempre en la divinidad.

[3] Véanse los cc. 16-20.

Capítulo 56

Vi entonces con toda certeza que nos es más rápido y fácil llegar al conocimiento de Dios que conocer nuestra propia alma. Pues nuestra alma está tan profundamente enraizada en Dios y tan bien guardada —como un tesoro— que no podemos llegar a conocerla hasta que no lleguemos al conocimiento de Dios, el Creador, al que está unida. Pero, sin embargo, vi que, por la naturaleza de nuestra plenitud, debemos desear, con sabiduría y verdad, conocer nuestra alma una vez que hemos aprendido a buscarla donde está, es decir, en Dios. Y así, bajo la acción llena de gracia del Espíritu Santo, conoceremos a los dos en uno; que seamos movidos a conocer a Dios, o que seamos movidos a conocer nuestra alma, la moción es, en los dos casos, buena y verdadera. Dios está más próximo a nosotros que nuestra propia alma[1], pues es el fundamento en que se asienta nuestra alma, y el medio que mantiene unidos la substancia y el ser sensible, de manera que nunca se separarán. Pues nuestra alma se asienta en Dios en verdadero reposo, permanece en Dios con fuerza segura, y está enraizada por naturaleza en el amor infinito. Por tanto, si queremos tener conocimiento de nuestra alma, y comunión y conversación con ella, debemos buscar en nuestro Señor Dios, en quien está contenida.

Acerca de cómo el alma está inmersa en Dios, vi y comprendí más en la decimosexta revelación, como diré más tarde[2]. Y con respecto a nuestra substancia, podemos con toda justicia llamarla nuestra alma; y con respecto a nuestro ser sensible, podemos igualmente con toda justicia llamarlo nuestra alma; así es por la unión que tiene en Dios.

Esa honorable ciudad en la que nuestro Señor se sienta es nuestro ser sensible, en el que está inmerso, y nuestra substancia natural está inmersa en Jesús, con el alma bendita de Cristo sentada, en reposo, en la divinidad. Y vi con toda certeza que debemos vivir necesariamente en ardiente deseo y en penitencia hasta el momento en que seamos introducidos tan profundamente en Dios que conozcamos real y verdaderamente nuestra alma. Y vi con toda certeza que nuestro buen Señor nos introduce en ese abismo profundo con el mismo amor que nos creó y con el mismo amor con el que nos redimió, por su misericordia y su gracia, por el poder de su bendita Pasión.

Y a pesar de todo ello, nunca podremos llegar al pleno conocimiento de Dios si no conocemos primero, claramente, nuestra propia alma. Pues hasta que ésta no esté en la plenitud de sus potencias, no podremos ser santos; y eso será cuando nuestra

---

[1] Cf. San Agustín: «autem eras intimior intimo meo» (Confesiones, lib. III, c. 6,11).

[2] Véase c. 68.

sensitividad, en virtud de la Pasión de Cristo, se eleve hasta nuestra substancia, con todas las ventajas que nuestro Señor, por su misericordia y su gracia, nos habrá hecho obtener de nuestra tribulación.

Tuve un toque parcial, y conocí que está fundamentado en la naturaleza, es decir: nuestra razón está fundamentada en Dios, que es la substancia de la naturaleza. De esta naturaleza substancial brotan la misericordia y la gracia, y nos penetran, realizando todo para el cumplimiento de nuestra alegría. Éstos son nuestros fundamentos, en los que tenemos nuestro ser, nuestro crecimiento y nuestra realización. Pues en la naturaleza tenemos nuestra vida y nuestro ser, y en la misericordia y la gracia nuestro crecimiento y nuestra realización. Son tres propiedades en una sola bondad, y cuando una actúa, actúan las otras en todo lo que en ese momento nos concierne.

Dios quiere que las comprendamos, deseando con todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas tener cada vez más conocimiento de ellas, hasta el tiempo en que seamos plenificados; pues conocerlas totalmente y verlas claramente no es sino alegría y dicha infinitas, la alegría y la dicha que tendremos en el cielo y que Dios quiere que empezamos a conocer aquí en el conocimiento de su amor. Pues por la sola razón nada podemos conseguir, a menos que tengamos igualmente memoria y amor; ni podemos ser salvados solamente porque tengamos en Dios nuestro fundamento natural, a menos que tengamos, procedente del mismo fundamento, misericordia y gracia. Por estas tres operaciones juntas recibimos todo nuestro bien, y en primer lugar la bondad de nuestra naturaleza. Pues en nuestra primera creación Dios nos dio tanto bien y tan grande como nuestro espíritu podía recibir; pero su designio presciente, en su sabiduría eterna, quiso que fuéramos esa dualidad.

Capítulo 57

Y en lo que respecta a nuestra substancia, Dios la hizo tan noble y tan rica que nosotros siempre hacemos su voluntad y su gloria. Cuando digo «nosotros» quiero decir todos los hombres que serán salvados. Pues, en verdad, vi que nosotros somos aquellos que él ama, y hacemos constantemente lo que le agrada, sin ningún límite. Y de esta gran riqueza y esta elevada nobleza entran en nuestra alma, mientras está unida a nuestro cuerpo, poderes proporcionados, y en esa unión somos hechos seres sensibles. Y así, en nuestra substancia, somos en plenitud, y en nuestra sensitividad carecemos de algo; carencia que Dios reparará y colmará por la operación de la misericordia y la gracia, que brotarán plenamente en nosotros en virtud de su propia bondad natural. De este modo, esa bondad natural hace que la misericordia y la gracia actúen en nosotros, y la bondad natural que de Dios tenemos nos capacita para recibir la operación de la misericordia y la gracia.

Y vi que nuestra naturaleza está enteramente en Dios, y en ella Dios hace las diversidades que salen a raudales de él para realizar su voluntad. La naturaleza las conserva y la misericordia y la gracia las restauran y llevan a su plenitud. Y de éstas ninguna será destruida, pues la parte superior de nuestra naturaleza está unida a Dios en su creación, y Dios se une a la parte inferior de nuestra naturaleza al asumir nuestra carne. De este modo, en Cristo están unidas nuestras dos naturalezas, pues la Trinidad está comprendida en Cristo, y en ella se fundamenta y enraíza nuestra parte superior; nuestra parte inferior ha sido asumida por la segunda persona, pues fue preparada primero para ella.

Vi con toda certeza que todas las obras que Dios ha hecho o hará, las conoció y previo desde toda la eternidad. Y por amor hizo a la humanidad, y por el mismo amor él mismo quiso hacerse hombre.

El segundo bien que recibimos es nuestra fe, con la que comienza nuestro perfeccionamiento; procede de las grandes riquezas que nuestra substancia natural vierte en nuestra alma sensitiva; se enraíza en nosotros, y nosotros en ella, por la bondad natural de Dios, mediante la operación de la misericordia y la gracia. Y de ahí vienen todos nuestros bienes, por los que somos guiados y salvados. De ahí proceden los mandamientos de Dios, que debemos entender de dos maneras. Por una parte, debemos comprender y saber qué cosas nos manda, amarlas y cumplirlas. Por otra, debemos saber cuáles nos prohíbe, para odiarlas y rechazarlas. Pues en esas dos está comprendida toda nuestra actividad. También están en nuestra fe los siete sacramentos, uno tras otro en el orden que Dios los ha ordenado para nosotros, y todo tipo de virtudes. Pues las mismas virtudes que hemos recibido de nuestra substancia, concedidas a nuestra

naturaleza por la bondad de Dios, son renovadas en nosotros por la operación de la misericordia por el Espíritu Santo; y estas virtudes y estos dones son atesorados para nosotros en Jesucristo. Pues al mismo tiempo que Dios se unió a nuestro cuerpo en las entrañas de la doncella, asumió nuestra alma sensitiva, y al asumirla, habiéndonos incluido a todos en sí mismo, la unió a nuestra substancia. En esta unión fue un hombre perfecto, pues Cristo, habiendo unido a él a todo hombre que será salvado, es hombre perfecto.

Así, nuestra Señora es nuestra madre, en quien todos estamos contenidos, y de la que todos nacemos en Cristo, pues aquella que es madre de nuestro salvador es madre de todos aquellos que serán salvados en nuestro salvador. Y nuestro salvador es nuestra verdadera Madre, en quien somos eternamente engendrados y del que no saldremos jamás.

Esto me fue mostrado abundantemente, plenamente, dulcemente. Y de ello se habla en la primera revelación[1], donde se dice que «nosotros estamos encerrados en él, y él está encerrado en nosotros». Y de ello se habla en la decimosexta revelación[2], donde él dice que se asienta en nuestra alma, pues es su deleite reinar bienaventuradamente en nuestro entendimiento, y que se asienta apaciblemente en nuestra alma y habita eternamente en nuestra alma incluyéndonos a todos en él. En esta obra quiere que seamos sus cooperadores, prestándole toda nuestra atención, aprendiendo sus leyes, observando su enseñanza, deseando que se haga todo lo que él hace, confiando verdaderamente en él, pues vi en verdad que nuestra substancia está en él.

[1] Véanse cc. 5 y 6.
[2] Véanse c. 68.

Capítulo 58

Dios, la santísima Trinidad, es el ser eterno. Y así como es eterno desde toda la eternidad, así estaba en su designio eterno crear la naturaleza humana. Esta bella naturaleza fue preparada primero para su propio Hijo, la segunda persona; y cuando quiso, mediante el pleno acuerdo de toda la Trinidad, nos creó a todos nosotros al mismo tiempo. Y en nuestra creación nos incorporó y unió a sí mismo, y por esta unión somos conservados tan puros y nobles como fuimos creados. Por el poder de esa preciosa unión, amamos a nuestro Creador y nos deleitamos en él; le alabamos y le damos gracias y nos alegramos eternamente en él. Ésta es la obra que constantemente se realiza en cada alma que será salvada, y ésta es la voluntad divina anteriormente mencionada[1].

Y así, en nuestra creación, Dios todopoderoso es nuestro Padre amoroso, y Dios todo sabiduría es nuestra Madre amorosa, con el amor y la bondad del Espíritu Santo, un solo Dios, un solo Señor. En esta incorporación y en esta unión él es nuestro verdadero esposo, y nosotros su amada esposa, su hermosa doncella, que jamás le disgustó. Pues él dice: «Yo te amo y tú me amas, y nuestro amor nunca se dividirá en dos».

Yo contemplaba la obra de toda la santísima Trinidad, en cuya contemplación vi y comprendí estas tres propiedades: la paternidad, la maternidad y el señorío en un solo Dios. En nuestro Padre todopoderoso tenemos nuestra protección y nuestra dicha, en lo que atañe a nuestra substancia natural, que es nuestra por nuestra creación desde antes de la eternidad. En la segunda persona, en su inteligencia y sabiduría, tenemos nuestra perfección, con respecto a nuestro ser sensible, nuestra restauración y nuestra salvación, pues él es nuestra Madre, nuestro hermano y nuestro salvador; y en nuestro buen Señor el Espíritu Santo tenemos nuestra recompensa y el don para vivir y trabajar, sobrepasando infinitamente todo lo que deseamos en su maravillosa cortesía, por la gran plenitud de su gracia. Pues toda nuestra vida se sustenta en tres cosas: en la primera tenemos nuestro ser, en la segunda tenemos nuestro crecimiento, y en la tercera nuestra realización. La primera es naturaleza, la segunda es misericordia y la tercera es gracia.

En cuanto a la primera, vi y comprendí que el elevado poder de la Trinidad es nuestro Padre; la profunda sabiduría de la Trinidad es nuestra Madre; y el gran amor de la Trinidad es nuestro Señor. Y las tres las tenemos en nuestra naturaleza y en nuestra creación substancial. Vi además que la segunda persona, que es nuestra Madre en relación a nuestro ser substancial, esa misma persona amada, se ha convertido

[1] Véase c. 53.

ahora en nuestra madre en relación a nuestro ser sensible, debido a que somos dobles por la creación de Dios, a saber, substanciales y sensibles. Nuestra substancia es la parte superior, que tenemos de nuestro Padre, Dios todopoderoso; y la segunda persona de la Trinidad es nuestra Madre en cuanto a nuestra naturaleza en nuestra creación substancial: en él estamos fundamentados y enraizados y él es nuestra Madre de misericordia al haber asumido nuestra sensitividad. Y, así nuestra madre obra en nosotros de diversas maneras y en ella nuestras partes se mantienen indivisas, pues en nuestra Madre Cristo nos beneficiamos y crecemos. En su misericordia nos reforma y nos restaura, y por el poder de su Pasión, muerte y resurrección, nos une a nuestra substancia. De esta manera nuestra Madre actúa con misericordia hacia todos sus amados hijos que le son dóciles y obedientes; y la gracia actúa conjuntamente con la misericordia, especialmente en dos propiedades, como me fue mostrado, acción que pertenece a la tercera persona, el Espíritu Santo. Éste actúa dando y recompensando. Recompensar es un don para nuestra confianza que el Señor otorga a aquellos que han trabajado esforzadamente; y dar es un acto de cortesía que él da libremente, por gracia, cumpliendo y superando todos los méritos de las criaturas.

Así, en nuestro Padre, Dios todopoderoso, tenemos nuestro ser, y en nuestra Madre de misericordia tenemos nuestra reforma y nuestra restauración: las dos partes que nos constituyen se unen y forman el hombre perfecto, y por las recompensas y los dones de gracia del Espíritu Santo logramos nuestro cumplimiento. Nuestra substancia está en nuestro Padre, Dios todopoderoso, nuestra substancia está en nuestra Madre, Dios todo sabiduría, y nuestra substancia está en Dios nuestro Señor, el Espíritu Santo, todo bondad, pues nuestra substancia está íntegramente en cada persona de la Trinidad, que es un solo Dios. Pero nuestra parte sensible está sólo en la segunda persona, Jesucristo, en quien están el Padre y el Espíritu Santo. Y en él y por él somos sacados del infierno y de la desdicha en la tierra, y gloriosamente llevados al cielo, y bienaventuradamente unidos a nuestra substancia, aumentando en riqueza y nobleza por el poder de Cristo y por la gracia y la obra del Espíritu Santo.

Capítulo 59

Tenemos toda esta dicha por misericordia y por gracia, y nunca habríamos podido tenerla y conocerla de no ser porque la bondad que está en Dios había sido contrariada; por ello tenemos esta dicha. Pues la maldad ha sido permitida para que se alce en oposición a esa bondad; y la bondad de la misericordia y la gracia se ha opuesto a esa maldad, y ha transformado todo en gloria y bondad para todos aquellos que serán salvados. Pues es lo propio de Dios oponer el bien al mal. Por eso Jesucristo, que opone el bien al mal, es nuestra verdadera Madre. De él tenemos nuestro ser, y ahí comienza el fundamento de la maternidad, con toda la dulce protección de amor que continúa ya sin fin.

Tan verdaderamente como Dios es nuestro Padre, Dios es verdaderamente nuestra Madre, y lo ha revelado en todo, especialmente en estas dulces palabras, en las que dice[1]: «Yo soy...», es decir: «Yo soy el poder y la bondad de la paternidad. Yo soy la sabiduría y el cariño de la maternidad. Yo soy la luz y la gracia de todo amor bienaventurado. Yo soy la Trinidad. Yo soy la unidad. Yo soy la gran y suprema bondad de todo tipo de cosas. Yo soy quien te hace amar. Yo soy quien te hace desear ardientemente. Yo soy el cumplimiento final de todos los deseos verdaderos». Pues cuanto más elevada, más noble, más honorable es el alma, más baja, más humilde y más bondadosa es.

Por este fundamento substancial tenemos todos los poderes de nuestra sensitividad como don de la naturaleza y por la ayuda y el apoyo de la misericordia y la gracia, sin las que no podemos progresar. Nuestro gran Padre, Dios todopoderoso, que es el ser, nos conoce y nos amó desde antes que el tiempo comenzara. En este conocimiento, en su maravilloso y profundo amor, por el eterno designio presciente de la santísima Trinidad, quiso que la segunda persona se convirtiera en nuestra Madre, nuestro hermano y nuestro salvador. De esto se sigue que tan verdaderamente como Dios es nuestro Padre, así Dios es verdaderamente nuestra Madre. Nuestro Padre quiere, nuestra Madre trabaja, nuestro buen Señor el Espíritu Santo confirma. Y por tanto, nos corresponde amar a nuestro Dios, en quien tenemos nuestro ser, dándole gracias reverentemente y alabándole por nuestra creación, pidiendo con insistencia a nuestra Madre misericordia y piedad, y a nuestro Señor el Espíritu Santo gracia y ayuda. Pues en estas tres cosas, naturaleza, misericordia y gracia, está toda nuestra vida; ellas nos procuran dulzura, paciencia y piedad, y odio al pecado y la maldad; pues las virtudes deben odiar siempre el pecado y la maldad.

[1] Véase c. 26.

Y así, Jesús es nuestra verdadera Madre en cuanto a la naturaleza por nuestra primera creación, y es nuestra verdadera Madre en cuanto a la gracia por su asunción de nuestra naturaleza creada. Todas las bellas obras y todos los dulces oficios de amor de la maternidad amorosa son apropiados para la segunda persona, pues en ella tenemos esta voluntad santa, entera y segura para siempre, en la naturaleza y en la gracia, por la bondad propia de Dios.

Comprendí que hay tres formas de contemplar la maternidad en Dios. La primera es el fundamento de nuestra naturaleza en la creación; la segunda es su asunción de nuestra naturaleza, en la que comienza la maternidad de la gracia; la tercera es la maternidad en acción. Y en ésta, por la misma gracia, todo es penetrado, en anchura y largura, en altura y profundidad; y todo es un único amor.

Capítulo 60

Ahora debo decir algo más sobre esta trayectoria, tal como entendí que nuestro Señor la contemplaba: cómo somos llevados por la maternidad de la misericordia y la gracia a nuestro lugar natural, en el que fuimos creados por la maternidad del amor, un amor maternal que nunca nos abandona.

Nuestra Madre en cuanto a la naturaleza, nuestra Madre en cuanto a la gracia, pues quiso convertirse por completo en nuestra Madre en todas las cosas, puso los cimientos de su obra muy humildemente, muy dulcemente, en las entrañas de la doncella. Y lo reveló en la primera revelación[1], cuando trajo ante el ojo de mi entendimiento a esa dócil doncella en el aspecto sencillo que tenía cuando concibió; es decir, que nuestro Dios altísimo, la sabiduría suprema de todas las cosas, se atavió y preparó en este humilde lugar, dispuesto a hacer en nuestra pobre carne el servicio y el oficio de la maternidad en todas las cosas. El servicio de la madre es el más cercano, el más dispuesto y el más seguro: el más cercano porque es el más natural; el más dispuesto porque es el más amoroso; y el más seguro porque es el más verdadero. Nadie pudo ni podrá realizar jamás este oficio plenamente, excepto él. Sabemos que nuestras madres nos traen al mundo para el dolor y la muerte. ¡Ay!, sólo nuestra verdadera Madre, Jesús, nos da a luz para la alegría y la vida eterna, ¡bendito sea! Nos lleva dentro de él con amor y esfuerzo, hasta el momento justo en que quiso sufrir las espinas más agudas y los dolores más crueles que nunca existieron ni existirán, para morir finalmente. Una vez terminada esta obra, y habiéndonos dado a luz para la dicha, su maravilloso amor no estuvo todavía satisfecho. Y lo reveló en estas grandes e incomparables palabras de amor[2]: «Si pudiera sufrir más, sufriría más». No podía morir más, pero no quiso dejar de actuar; por eso necesita alimentarnos, pues el amor precioso de la maternidad ha hecho de él nuestro deudor.

La madre amamanta a sus hijos con su leche, pero nuestra preciada Madre Jesús puede alimentarnos consigo mismo, y lo hace muy cortés y tiernamente con el santo sacramento, que es el alimento de la vida verdadera. Con los dulces sacramentos nos sustenta con gran misericordia y plenitud de gracia, y eso es lo que quiere decir con estas benditas palabras[3]: «Yo soy aquel que la santa Iglesia te predica y enseña». Es decir, «toda la salud y la vida de los sacramentos, todo el poder y la gracia de mi palabra, toda la bondad establecida en la santa Iglesia para ti, soy Yo».

---

[1] Véase c. 4.
[2] Véase c. 22.
[3] Véase c. 26.

La madre puede estrechar tiernamente a su hijo contra su pecho, pero nuestra tierna Madre Jesús puede introducirnos fácilmente en su santo pecho a través del costado abierto y mostrarnos allí una parte de la divinidad y de las alegrías del cielo, con la certeza interior de la felicidad infinita. Y eso lo reveló en la décima revelación[4], dándonos la misma interpretación en estas dulces palabras: «Mira cómo te amo», dijo mientras miraba con alegría su bendito costado.

Esta hermosa palabra, «madre», es tan dulce y amable en sí misma que, verdaderamente, no puede decirse de nadie o a nadie[5], excepto de él y a él, que es la verdadera Madre de la vida y de todas las cosas. A la propiedad de la maternidad pertenecen la naturaleza, el amor, la sabiduría y el conocimiento, y esto es Dios. Pues aunque es posible que nuestro nacimiento físico sea poca cosa, simple y humilde en comparación con nuestro nacimiento espiritual, sin embargo es Jesús quien lo hace en las criaturas por quienes lo hace. La madre amable y amorosa que conoce y ve las necesidades de su hijo lo protege muy tiernamente, como requieren la naturaleza y la condición de la maternidad. Y a medida que crece en estatura y edad, actúa de manera diferente, pero su amor no cambia. E incluso cuando el hijo se hace mayor, permite que sea castigado para dominar sus faltas y hacer así que el niño prospere en las virtudes y en la gracia. Esta obra, con todo lo que es bello y bueno, la realiza nuestro Señor en quienes la llevan a cabo. Por eso él es nuestra Madre en cuanto a la naturaleza, por la operación de la gracia en la parte inferior, por amor hacia su parte superior. Y él quiere que lo sepamos, pues quiere que todo nuestro amor esté puesto en él; vi así que todos los deberes que tenemos según los mandamientos de Dios con respecto a la paternidad y la maternidad se cumplen en el verdadero amor a Dios, amor bendito que Cristo engendra en nosotros. Y esto me fue revelado en todas las visiones, especialmente cuando dice[6]: «Yo soy aquel a quien amas».

---

[4] Véase c. 24.
[5] Cf. Mt 23, 9: «A nadie en la tierra llaméis padre, porque uno solo es vuestro padre, el del cielo».
[6] Véase c. 26.

Capítulo 61

En nuestro nacimiento espiritual él muestra aun mayor ternura, sin comparación posible, en protegernos; tanto más cuanto que nuestra alma es más preciosa a sus ojos. Enciende nuestro entendimiento, prepara nuestros caminos, tranquiliza nuestra conciencia, consuela nuestra alma, ilumina nuestro corazón y nos da amor y un conocimiento parcial de su santa divinidad. Nos procura un recuerdo abundante en gracia de su dulce humanidad y su bendita Pasión, que nos llena de asombro por su gran bondad incomparable, y nos hace amar todo lo que él ama por amor a él, y sentirnos satisfechos con él y con todas sus obras. Y cuando caemos, nos levanta rápidamente con su amoroso abrazo y el toque de su gracia. Y cuando somos fortalecidos por su dulce obrar, entonces gustosamente le elegimos por su gracia, decididos a ser sus servidores y amantes, constantemente y para siempre.

Y, sin embargo poco después permite que algunos caigamos más dolorosamente y más gravemente de lo que lo hicimos antes, según nos parece. Y nosotros, que carecemos de sabiduría, pensamos que todo lo que hemos emprendido era nada. Pero no es así, pues necesitamos caer y necesitamos verlo; si no cayéramos, no sabríamos cuán débiles y miserables somos, ni conoceríamos tampoco con la misma plenitud el maravilloso amor de nuestro Creador.

Pues en verdad veremos en el cielo, eternamente, que hemos pecado gravemente en esta vida; y sin embargo veremos en verdad que su amor por nosotros fue siempre perfecto y que, a sus ojos, nunca disminuyó nuestro valor. De la experiencia de esta caída sacaremos un maravilloso conocimiento del amor eterno de Dios; pues perdurable y maravilloso es ese amor que ni puede ni quiere ser roto por las ofensas.

Este fue un entendimiento provechoso; otro es la humildad y dulzura que obtendremos por la visión de nuestra caída, pues por ella seremos elevados al cielo, lo que sería imposible sin haber alcanzado antes esa mansedumbre. Por tanto, necesitamos verlo, pues si no lo viéramos, aunque cayéramos no nos aprovecharía. De ordinario, primero caemos y después lo vemos; y ambas cosas proceden de la misericordia de Dios.

A veces la madre puede permitir que su hijo caiga y se angustie de diversas formas, en beneficio del niño, pero debido a su amor no puede soportar que ningún tipo de peligro le amenace. Y aunque nuestra madre terrenal pueda permitir que su hijo muera, Jesús, nuestra Madre celestial, nunca permitirá[1] que nosotros, que somos

[1] Cf., por ejemplo, Is 49, 15: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ellas llegaran a olvidar, yo no te olvido».

sus hijos, muramos, pues él es todopoderoso, todo sabiduría y todo amor, y nadie es así sino sólo él, bendito sea.

Pero a menudo, cuando nuestra caída y nuestra miseria se nos muestran, nos sentimos tan temerosos y avergonzados de nosotros mismos que ni siquiera sabemos adonde ir. Nuestra cortés Madre no quiere que huyamos, nada le desagradaría más; quiere que nos comportemos como niños. Cuando un niño está angustiado y asustado, corre rápidamente hacia su madre; y si no puede hacerlo, la llama con todas sus fuerzas para que le ayude. Jesús quiere que actuemos con la docilidad de un niño, diciendo: «Madre querida, Madre llena de gracia, Madre amada, ten misericordia de mí. Me he envilecido, no me parezco a ti, y ni sé ni puedo hacer las cosas bien si no es con tu ayuda y tu gracia».

Y aunque después no nos sintamos a gusto, podemos estar seguros de que Jesús se comporta como una Madre sabia. Pues si ve que es beneficioso para nosotros afligirnos y llorar, él lo permite, con piedad y compasión, hasta que llegue el momento oportuno, por amor a nosotros. Quiere entonces que nos comportemos como lo haría un niño, que confía siempre de manera natural en el amor de su madre, en la felicidad y en el infortunio. Y quiere que nos confiemos fervientemente a la fe de la santa Iglesia y encontremos allí a nuestra amada Madre, que nos consuela y nos da el entendimiento verdadero, con toda la compañía de los santos. Pues una persona aislada puede estar con frecuencia separada de él, según ella misma piensa, pero el cuerpo entero de la santa Iglesia nunca lo ha estado ni lo estará. Y por lo tanto, es cosa cierta, buena y digna de gracia desear humilde y fervientemente estar sujeto y unido a nuestra madre, la santa Iglesia, que es Cristo Jesús. Pues el torrente de misericordia que es su querida sangre y su preciosa agua corre abundante para hacernos bellos y limpios. Las benditas heridas de nuestro salvador están abiertas y prestas a curarnos con alegría. Las dulces y graciosas manos de nuestra Madre están atentas y dispuestas para nosotros; pues él, en toda esta obra, realiza el oficio de una buena niñera, que no tiene otra cosa que hacer sino atender a la seguridad de su niño.

Su oficio es salvarnos, su gloria hacerlo, y es su voluntad que lo sepamos; pues quiere que le amemos con dulzura y confiemos en él, dócil e intensamente. Me reveló esto en estas graciosas palabras[2]: «Yo te protejo con toda seguridad».

---

[2] Véase c. 37.

Capítulo 62

Pues en aquel tiempo me fueron reveladas nuestra fragilidad y nuestras caídas, nuestras ofensas y nuestras humillaciones, nuestras contrariedades, nuestras cargas y todo nuestro infortunio, en suma, todo lo que puede sucedernos en esta vida. Y con eso Dios me reveló su santo poder, su santa sabiduría y su santo amor; y me reveló también que en esas ocasiones nos protege tan tierna y dulcemente, para su gloria, y tan firmemente para nuestra salvación como lo hace cuando nos sentimos consolados y reconfortados. Nos eleva así en espíritu hasta el cielo, y torna todo a su gloria y a nuestra alegría sin fin. Pues su precioso amor nunca permite que perdamos el tiempo; y todo esto procede de la bondad natural de Dios por la acción de la gracia.

Dios es esencia en su misma naturaleza, es decir, esa bondad que es natural es Dios. Él es el fundamento, suya es la substancia; él es la misma esencia o naturaleza y el verdadero Padre y la verdadera Madre de toda naturaleza. Y toda naturaleza que ha hecho salir de sí para realizar su voluntad será restaurada y devuelta a él por la salvación del hombre a través de la acción de la gracia. Pues todas las naturalezas que ha impartido de manera separada en las diferentes criaturas están todas en el ser humano, enteramente, en plenitud y poder, en belleza y bondad, en realeza y nobleza, en majestad, valor inapreciable y honor.

Aquí podemos ver que todos estamos unidos a Dios por naturaleza, y estamos unidos a Dios por gracia. Vemos también que no es necesario buscar muy lejos para conocer diversas naturalezas, basta ir a la santa Iglesia, entrar en el pecho de nuestra madre, es decir, en nuestra propia alma, donde habita nuestro Señor. Allí encontraremos todo, ahora en la fe y el entendimiento, y después verdaderamente en él mismo, con toda claridad, en la beatitud.

Pero que ningún hombre, ninguna mujer, aplique esto en particular a sí mismo, porque no es así. Es general, porque es nuestra preciosa Madre, Cristo, y para él fue preparada esta bella naturaleza, para el honor y la nobleza de la creación del ser humano, y para la alegría y la dicha de su salvación, como él vio, supo y reconoció desde toda la eternidad.

Capítulo 63

Aquí podemos ver que verdaderamente pertenece a nuestra naturaleza odiar el pecado, y que nos corresponde a nosotros odiarlo por la gracia; pues la naturaleza es toda buena y hermosa en sí misma, y la gracia fue enviada para salvar la naturaleza y destruir el pecado, y llevar de nuevo la hermosa naturaleza al bendito lugar del que procede, que es Dios, con más nobleza y honor por la poderosa operación de la gracia. Pues todos los santos verán ante Dios, en una alegría sin fin, que la naturaleza ha sido probada en el fuego de la tribulación y que no se ha encontrado en ella ninguna carencia ni defecto.

Así, naturaleza y gracia están en armonía; pues la gracia es Dios, como la naturaleza increada es Dios. Él es dos en su manera de operación y uno en el amor; ninguna de éstas actúa sin la otra, y no están separadas. Y cuando por la misericordia de Dios y con su ayuda seamos reconciliados en cuanto a la naturaleza y la gracia, veremos verdaderamente que el pecado es incomparablemente peor, más vil y doloroso que el infierno. Pues está en oposición a nuestra bella naturaleza; el pecado es en verdad tan sucio como antinatural. Todo eso es algo horroroso de ver para el alma amante, que desearía ser perfectamente bella y resplandeciente a los ojos de Dios, como la naturaleza y la gracia enseñan. Pero no temamos, excepto en la medida en que el miedo pueda ser provechoso; simplemente, lamentémonos humildemente a nuestra amada Madre, y él nos rociará a todos con su preciosa sangre, y hará a nuestra alma más dócil y suave, y nos curará más gentilmente en el curso del tiempo, para su mayor gloria y para nuestra alegría eterna. Y de esta dulce y amable operación nunca cesará ni desistirá, hasta que todos sus amados hijos hayan sido concebidos y dados a luz; él lo reveló cuando me dio entendimiento acerca de la sed espiritual, es decir, del ardiente deseo de amor que durará hasta el día del juicio[1].

Así, nuestra vida está fundamentada en Jesús, nuestra verdadera Madre, en su sabiduría presciente desde toda la eternidad, con el gran poder del Padre y la suprema bondad del Espíritu Santo. Al aceptar nuestra naturaleza, nos ha dado la vida, y muriendo en la cruz nos ha engendrado para la vida eterna. Desde entonces, y ahora y siempre hasta el día del Juicio, él nos alimenta y nos cría, como quiere el supremo amor de la maternidad, y como exige la necesidad natural de la infancia. Bella y dulce es nuestra Madre celestial a los ojos de nuestra alma, preciosos y deliciosos son los hijos de la gracia a los ojos de nuestra Madre celestial, con la amabilidad, la dulzura y todas las hermosas virtudes que por naturaleza pertenecen a los niños. Pues el niño, por

[1] Véase c. 31.

naturaleza, no desespera del amor de la madre; el niño, por naturaleza, no confía en sí mismo; por naturaleza el niño ama a la madre y a todos sus hermanos y hermanas.

Estas hermosas virtudes, y otras semejantes, son las que sirven y complacen a nuestra Madre celestial. Comprendí que no hay en esta vida un estado superior al de la infancia, con su debilidad, su falta de poder e inteligencia, hasta el momento en que nuestra Madre misericordiosa nos lleve a la beatitud de nuestro Padre. Allí conoceremos verdaderamente lo que quieren decir sus dulces palabras[2]: «Todo acabará bien, y tú misma lo verás, todas las cosas acabarán bien». Entonces la dicha de nuestra maternidad en Cristo comenzará de nuevo en las alegrías de nuestro Padre, Dios, nuevo comienzo que durará y recomenzará nuevamente sin fin.

[2] Véase c. 32.

Capítulo 64: decimoquinta revelación

Así comprendí que todos sus hijos bienaventurados, que han salido de él por naturaleza, deberán ser llevados de nuevo a él por la gracia.

Antes de ese momento, yo había anhelado y deseado como don de Dios ser liberada de este mundo y de esta vida. Pues a menudo consideré la desdicha que hay aquí y el bien y la bienaventuranza que hay allí; aunque no hubiera en esta vida ningún otro sufrimiento que la ausencia de nuestro Señor, me parecía en ocasiones que eso era más de lo que podía soportar; esto me hizo llorar y suspirar, también por mi propia tristeza, indolencia y hastío, de manera que no encontraba ningún placer en vivir y en esforzarme como era mi deber.

A todo esto respondió nuestro cortés Señor, para darme consuelo y paciencia, con estas palabras: «Súbitamente serás liberada de todo tu dolor, de toda tu enfermedad, de toda tu inquietud y toda tu desdicha. Vendrás arriba, y yo mismo seré tu recompensa, y tendrás plenitud de alegría y felicidad y nunca más volverás a tener ningún dolor, ninguna enfermedad, ningún tipo de malestar o de desánimo, sino siempre alegría y felicidad sin fin. ¿Por qué entonces tendrías que afligirte por un sufrimiento momentáneo, puesto que es mi voluntad y para mi gloria?».

Y en estas palabras, «Súbitamente serás liberada», vi que Dios recompensaba al hombre por la paciencia que tiene al esperar la voluntad y el tiempo de Dios, paciencia que soporta a lo largo de toda su vida, porque no sabe cuándo le llegará el momento de la muerte. Esta ignorancia es muy provechosa, porque si supiera cuándo iba a morir, pondría un límite a su paciencia. También es voluntad de Dios que mientras el alma esté en el cuerpo le parezca al hombre que está a punto de serle arrebatada. Pues toda esta vida y este anhelo que tenemos aquí es tan sólo un instante, y cuando súbitamente entremos en la dicha, lejos ya del dolor, el dolor será nada.

En aquel momento vi un cuerpo tendido en la tierra; parecía pesado y espantoso, sin forma ni figura, como si fuera un abismo devorador de lodo hediondo; y, de repente de ese cuerpo surgió la más bella criatura, un niño pequeño, con forma y figura, ágil y vivo y más blanco que una azucena, que rápidamente se elevó al cielo.

El abismo que era el cuerpo significa la gran miseria de nuestra carne mortal; y la pequeñez del niño significa la limpieza y la pureza de nuestra alma. Pensé entonces: en este cuerpo no queda nada de la belleza del niño, y en ese niño no queda nada de la suciedad del cuerpo. Es mejor para el hombre ser sacado del sufrimiento en vez de que el sufrimiento sea sacado de él; pues si el sufrimiento es sacado de nosotros, puede volver. Es por tanto un consuelo supremo y una santa contemplación para el alma llena de deseo el que seamos sacados del dolor. En esta promesa vi la compasión

misericordiosa que nuestro Señor tiene por nosotros a causa de nuestra desdicha, y la promesa cortés de una completa liberación, pues él quiere que seamos consolados con una alegría sin igual. Así lo reveló por medio de estas palabras: «Vendrás arriba, y yo seré tu recompensa, y tendrás plenitud de alegría y felicidad».

Es voluntad de Dios que centremos nuestro pensamiento en esta bendita contemplación tan a menudo como podamos y que permanezcamos en ella, en la medida en que podamos, por medio de su gracia; pues para el alma que es conducida por Dios, esta contemplación es dichosa y glorifica a Dios.

Y cuando de nuevo caemos en nosotros mismos, por la depresión y la ceguera espiritual o por experimentar, debido a nuestra fragilidad, sufrimientos espirituales y físicos, es voluntad de Dios que sepamos que él no se ha olvidado de nosotros. Esto es lo que quiere decir y dice para nuestro consuelo mediante estas palabras: «Y nunca volverás a tener ningún dolor, ninguna enfermedad, ningún tipo de malestar o de desánimo, sino siempre alegría y felicidad sin fin. ¿Por qué entonces tendrías que afligirte por un sufrimiento momentáneo, puesto que es mi voluntad y para mi gloria?».

Es voluntad de Dios que aceptemos sus mandamientos y sus consuelos tan generosa y plenamente como seamos capaces; y quiere también que aceptemos nuestras vacilaciones y nuestros sufrimientos tan alegremente como podamos, que no nos ofusquemos con ellos y los tengamos como nada. Pues cuanto más alegremente los aceptemos, menos importancia les daremos —debido a nuestro amor—, menos dolor experimentaremos y más agradecimiento y recompensa obtendremos.

Capítulo 65

Así comprendí que cualquier hombre o mujer que voluntariamente elige a Dios por amor puede estar seguro de que es amado infinitamente con un amor infinito que opera en él esa gracia. Jesús quiere que prestemos verdadera atención a esto: que estemos tan seguros en nuestra esperanza de tener la felicidad del cielo mientras estamos aquí como lo estaremos cuando estemos allí.

Cuanto con más deleite y alegría, reverencia y humildad, aceptemos esa certeza, más agradaremos a Dios. Pues según fue revelado, esta reverencia de la que hablo es un santo y cortés temor de nuestro Señor, al que está unida la humildad. La criatura vería al Señor maravillosamente grande, y a sí misma maravillosamente pequeña. Estas virtudes son concedidas ilimitadamente a los amados de Dios, y cuando eso sucede, puede entonces, en alguna medida, verse y sentirse por la presencia de nuestro gracioso Señor. Esa presencia es así cada vez más deseada, pues crea esa maravillosa seguridad de la fe verdadera y la esperanza cierta que procede de una grandeza de amor en el temor que es dulce y deleitosa.

Es voluntad de Dios que yo misma vea cuán unida estoy a él en el amor, como si todo lo que ha hecho lo hubiera hecho para mí; y así debería pensar toda alma con respecto a su amante. Es decir, el amor de Dios crea en nosotros tal unidad que cuando es vista realmente, ningún ser humano puede separarse de otro. Así, cada alma debe pensar que Dios ha hecho para ella sola todo lo que ha hecho. Él nos lo revela para hacer que le amemos y nos deleitemos en él, y nada temamos sino a él.

Pues quiere que sepamos que todo el poder de nuestro enemigo está encerrado en la mano de nuestro amigo; el alma que sabe esto con certeza no temerá nada, sino a aquel a quien ama. Todos los demás temores los cuenta entre los sufrimientos, las enfermedades corporales y las fantasías que debe soportar. Y por lo tanto, aunque estemos sumidos en tanto dolor, desdicha e inquietud que nos parezca que no podemos pensar en nada sino en nuestra situación, pasemos, tan pronto como podamos, por encima de ello y tengámoslo por nada. ¿Por qué? Porque Dios quiere ser conocido, y porque si le conocemos y amamos y reverentemente le tememos, tendremos paciencia y encontraremos la paz. Y todo lo que él hace será gran deleite para nosotros; nuestro Señor reveló esto en estas palabras: «¿Por qué entonces tendría que afligirte un sufrimiento momentáneo, puesto que es mi voluntad y para mi gloria?».

Os he hablado[1] de quince revelaciones, tal como Dios se dignó presentarlas a mi espíritu, que han sido renovadas por iluminaciones e inspiraciones

[1] Desde aquí, y hasta el final del capítulo, no está en TB.

procedentes, creo, del mismo espíritu que reveló todas ellas. De estas quince revelaciones, la primera empezó por la mañana temprano, sobre las cuatro, y duraron, revelándose en un orden determinado, sucediéndose una a otra con gran belleza y quietud, hasta el mediodía o más tarde.

Capítulo 66: decimosexta revelación

Después de esto, el buen Señor me mostró la decimosexta revelación en la noche siguiente, como más tarde diré; esta decimosexta revelación fue conclusión y confirmación de las quince anteriores. Pero primero debo hablaros de mi debilidad, mi miseria y mi ceguera. Hablé de esto al principio, donde se dice[1]: «Súbitamente, todo mi dolor fue separado de mí». Y no tuve angustia ni aflicción a causa del dolor mientras me fueron mostradas las quince revelaciones. Al final, todo desapareció, y no vi nada más; en seguida tuve la sensación de que iba a seguir viviendo más tiempo; pronto volvió la enfermedad, primero en la cabeza, con zumbido y estrépito; de repente todo mi cuerpo se llenó con la enfermedad, como estaba anteriormente, y me sentí tan vacía y tan seca como si la consolación que antes había recibido fuera insignificante, y, como desdichada criatura que soy, me lamenté amargamente por los dolores físicos que sentía y por la falta de consuelo espiritual y corporal.

Entonces vino un religioso y me preguntó cómo estaba; le dije que había estado delirando todo el día. Él se rió en alto y de manera franca. Le dije que el crucifijo que estaba frente a mi rostro sangraba abundantemente; cuando dije esto, el sacerdote, sorprendido, se puso muy serio. Me avergoncé de mi imprudencia, y pensé: «¡Este hombre se toma en serio cada palabra que digo, y eso que no ha visto nada de todo lo que le he dicho!». Cuando vi que tomaba mis palabras de forma tan seria y respetuosa, me sentí muy avergonzada y quise confesarme. Pero no podía decírselo a ningún sacerdote, pues, pensé, ¿cómo podría creerme un sacerdote cuando yo, al decir que había estado delirando, mostraba que no creía en nuestro Señor? Con todo, creí verdaderamente en él cuando le vi, y entonces fue mi deseo y mi intención creerlo para siempre. Pero, como una insensata, dejé que la visión se fuera de mi mente.

¡Ved qué desdichada era! Fue un gran pecado y una gran ingratitud; fui tan necia que un pequeño dolor corporal me hizo abandonar de manera tan imprudente la fuerza de esta bendita revelación de Dios nuestro Señor. Aquí podéis ver lo que soy. Pero nuestro cortés Señor no quiso abandonarme. Descansé hasta la noche, confiando en su misericordia, y luego me dormí.

[1] Véase c. 3.

Capítulo 67

Tan pronto como caí dormida, me pareció que el diablo se colocaba en mi garganta, poniendo su rostro[1] junto al mío. Aquel rostro era como el de un joven, de rasgos largos y extrañamente delgados. Nunca vi nada semejante; su color era rojo, como una teja cocida al salir del horno, con manchas negras como pecas, más despreciable que una teja. Su cabello era rojo como el óxido, rapado en la frente, con largos mechones colgando por sus sienes. Me hizo muecas con una mirada viciosa, mostrándome unos dientes blancos tan grandes que lo hacían aún más feo. Su cuerpo y sus manos eran deformes, me agarraba por la garganta con sus garras; quería estrangularme y acabar con mi vida, pero no pudo.

Esta espantosa aparición se produjo cuando dormía, lo que no sucedió con ninguna de las otras; mientras duró, confié en ser salvada y protegida por la misericordia de Dios. Y nuestro señor me concedió la gracia de despertarme, más muerta que viva. Las personas que estaban conmigo me observaban, me humedecieron las sienes, y mi corazón comenzó a tomar fuerzas. Entonces entró por la puerta algo de humo, con gran calor y una peste horrible. Dije entonces: «¡Bendito sea el Señor! ¿Se está quemando todo?». Pensé que era un fuego real, que iba a quemarnos a todos vivos. Pregunté a las personas que estaban conmigo si no percibían aquel olor nauseabundo. Me dijeron que no, que no olían nada. Yo exclamé: «¡Bendito sea Dios!», pues supe entonces que era el diablo que había venido a tentarme. En seguida recurrí a lo que nuestro Señor me había revelado aquel mismo día, y a la enseñanza de la santa Iglesia, pues consideraba ambas cosas como una sola, y me refugié en ellas como fuente de mi fuerza. Inmediatamente todo se desvaneció, y quedé en un gran descanso, en una profunda paz, sin enfermedad de cuerpo ni temor de conciencia.

[1] Los siguientes detalles de esta aparición no están en TB.

Capítulo 68

Entonces nuestro buen Señor abrió mi ojo espiritual y me mostró mi alma en el centro de mi corazón. La vi tan grande como si fuera una ciudadela infinita, un reino bienaventurado; y tal como la vi, comprendí que es una ciudad maravillosa. En el centro de esa ciudad se encuentra nuestro Señor Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, una persona apuesta y alta, obispo supremo, rey solemne, señor honorable. Le vi espléndidamente vestido. Se sienta erguido en el centro del alma, en paz y reposo[1], y gobierna y guarda el cielo y la tierra y todo lo que es. La humanidad y la divinidad se sientan allí en reposo; la divinidad gobierna y protege, sin instrumento ni esfuerzo. Y el alma está enteramente habitada por la divinidad, supremo poder, suprema sabiduría y suprema bondad.

Jesús no abandonará nunca el lugar que ocupa en nuestra alma, pues en nosotros está su hogar más íntimo y su morada eterna[2]. En esto[3] reveló el deleite que tiene en la creación del alma del ser humano; pues así como el Padre podía crear a la criatura, y así como el Hijo podía crear a la criatura, igualmente el Espíritu Santo quería que el espíritu del ser humano fuera creado, y así se hizo. Por ello la santísima Trinidad se regocija sin fin en la creación del alma humana, pues vio, desde antes del principio, que en ella se deleitaría eternamente.

Todo lo que Dios ha hecho muestra su dominio, como comprendí al mismo tiempo por el ejemplo de la criatura llevada a contemplar la gran nobleza y autoridad del señor. Cuando hubo visto toda la nobleza de abajo, entonces fue impulsada a buscar arriba, en ese elevado lugar en que habita el señor, sabiendo por su razón que su morada se encuentra en el lugar más honorable. Así comprendí realmente que nuestra alma nunca podrá descansar en nada que sea inferior a ella misma[4]. Cuando se eleva por encima de todas las criaturas y entra en sí misma, no puede sin embargo permanecer en la contemplación de sí misma, sino que toda su contemplación se fija bienaventuradamente en Dios, que es el Creador, que habita en ella, pues en el alma humana está su verdadera morada.

La luz más luminosa y el brillo más resplandeciente de la ciudad es el glorioso amor de nuestro Señor Dios, según yo lo vi. ¿Y qué podría regocijarnos más en Dios que ver que es en nosotros, de todas sus grandes obras, donde tiene su alegría? Pues vi en la misma revelación que si la santísima Trinidad hubiera podido crear algo

---

[1] Véase c. 57.
[2] TB añade: «y es su mayor delicia habitar allí».
[3] El resto de este párrafo y los dos siguientes no están en TB.
[4] Cf. San Agustín: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón andará desasosegado hasta que descanse en ti» (Confesiones, lib. 1, c. 1, 1).

mejor, algo más hermoso, más noble, la Trinidad no se habría sentido plenamente satisfecha con la creación del alma humana. Pero por haberla hecho tan hermosa, tan buena, tan preciosa criatura como era posible hacerla, la santísima Trinidad está plena e infinitamente satisfecha con la creación del alma humana. Y quiere que nuestros corazones se eleven con fuerza por encima de los abismos de la tierra y de todas las vanas tristezas, y se regocijen en ella.

Fue una visión deliciosa y una revelación serena que no tiene fin; y que la contemplemos mientras estemos aquí es lo más grato a Dios y de gran provecho para nosotros. Esta contemplación hace al alma semejante a aquel que es contemplado, y la une a él en paz y sosiego. Fue para mí gran alegría y felicidad verle sentado, pues esa certeza me reveló que habita allí para siempre y me dio conocimiento cierto de que era él quien me había revelado todo anteriormente. Y cuando hube contemplado esto con atención, nuestro Señor, muy suavemente, me reveló con palabras, sin voz y sin abrir los labios, como había hecho antes, muy dulcemente: «Sábelo bien, no ha sido ninguna alucinación lo que has visto hoy; acéptalo y créelo; mantente firmemente en ello, consuélate con ello y confía en ello, y no serás vencida».

Estas últimas palabras me fueron dichas para mostrarme con absoluta certeza que es nuestro Señor Jesús quien me había revelado todo. Y así como las primeras palabras que nuestro buen Señor reveló, aludiendo a su bendita Pasión, fueron: «Con esto el enemigo ha sido vencido», así dijo en estas últimas palabras, con perfecta fidelidad, aludiendo a todos nosotros: «No serás vencida». Toda esta enseñanza, fuente de fortaleza verdadera, se aplica en general a todos mis semejantes en Cristo, como dije antes y es la voluntad de Dios.

Esas palabras, «No serás vencida», fueron pronunciadas con fuerza e intensidad, como certeza y consuelo contra toda tribulación que pueda llegar. No dijo: «No serás molestada, no serás azotada, no serás inquietada», sino que dijo: «No serás vencida». Dios quiere que prestemos atención a estas palabras y permanezcamos siempre fuertes, con confianza fiel, en la felicidad y el infortunio, pues él nos ama y se deleita en nosotros; y por eso quiere que le amemos, nos deleitemos en él y confiemos fuertemente en él, pues todo acabará bien.

De pronto todo se desvaneció, y no vi nada más después de esto.

Capítulo 69

El diablo volvió con su calor y su pestilencia, y me tuvo muy ocupada. La peste era hedionda y nauseabunda, y el calor físico, espantoso y opresivo; también pude escuchar en mis oídos una conversación, como si estuvieran hablando dos personas; parecía que hablaban al mismo tiempo, como si tuvieran una discusión confusa, y todo era como un gruñido sordo. No podía comprender lo que decían, pero me parecía que todo era para llevarme a la desesperación; me parecía que se burlaban de nosotros cuando decimos nuestras oraciones sin convicción, faltos de toda la devota atención y el sabio cuidado que debemos a Dios en nuestra oración.

Nuestro buen Señor Dios me dio la gracia de confiar grandemente en él, y consoló mi alma con sus palabras, en alta voz, como yo habría hecho con otra persona que estuviera tan angustiada. Me parecía que aquella conmoción no podía compararse con ningún acontecimiento natural.

Capítulo 70

Fijé los ojos en el mismo crucifijo en el que antes había encontrado consuelo. Mis labios pronunciaban las palabras de la Pasión de Cristo y repetían la fe de la santa Iglesia; mi corazón se agarraba a Dios con toda mi confianza y con todas mis fuerzas, de manera que pensé para mí: «Lo que ahora tienes que hacer es mantenerte firmemente en la fe, para no ser capturada por tus enemigos. Si desde ahora te afanas en mantenerte libre de pecado, ésa será la ocupación más excelente». Pues realmente pensé que si estuviera libre de pecado, estaría completamente al abrigo de todos los diablos del infierno y de los enemigos de mi alma.

El enemigo me ocupó toda la noche y por la mañana, hasta poco después de la salida del sol; entonces todos se fueron al mismo tiempo y desaparecieron sin dejar nada sino su olor apestoso, que permaneció durante un rato. Le desprecié, y así fui liberada de él por la fuerza de la Pasión de Cristo. Pues es así como se vence al enemigo, tal como había dicho antes nuestro Señor Jesucristo[1].

Y en toda esta bienaventurada revelación, nuestro buen Señor me dio a entender que la visión pasaría, y que es la fe la que preserva la bendita revelación por la buena voluntad de Dios y por su gracia. Pues él no me dejó ningún signo ni toque por el

---

[1] El resto del capítulo es original de TL. TB añade aquí una larga reflexión de Juliana: «¡Oh miserable pecado!, ¿qué eres tú? No eres nada. Pues vi que Dios está en todo, y a ti no te vi. Y cuando vi que Dios ha hecho todo, no te vi. Y cuando vi que Dios está en todo, no te vi. Y cuando vi que Dios hace todo lo que se hace, lo más grande y lo más pequeño, no te vi. Y cuando vi a nuestro Señor Jesucristo sentado tan honorablemente en nuestra alma, y que ama y se deleita y gobierna y guarda todo lo que ha hecho, no te vi. Y, así, tengo la certeza de que tú eres nada, y todos aquellos que te aman y se deleitan en ti y te siguen y de manera deliberada terminan en ti, tengo la certeza de que serán llevados a la nada contigo y eternamente confundidos. Amén, por el amor de Dios.

»Y quiero decir lo que es la miseria, como se me enseñó por revelación de Dios. Miseria es todo lo que no es bueno, la ceguera espiritual en la que caemos por nuestro primer pecado y todo lo que se sigue de esa desdicha, sufrimientos y dolores, físicos o espirituales, y todo lo que, en la tierra o en otro lugar, no es bueno. Entonces, con respecto a esto, se puede preguntar: "Qué somos nosotros?". A lo que yo respondo: "Si se separara de nosotros todo lo que no es bueno, nosotros seríamos buenos. Cuando la miseria es separada de nosotros, Dios y el alma están enteramente unidos, y Dios y el hombre son enteramente uno". "¿Es que todo en la tierra nos separa de Dios?". Yo respondo y digo que en cuanto que nos sirve, es bueno, y en cuanto que es perecedero, es miseria, y en cuanto que el hombre pone en ello su corazón, en la forma que sea, es pecado. Y cuando el hombre o la mujer ama el pecado, si alguno lo amara, estaría en un sufrimiento más allá de todos los sufrimientos; cuando no ama el pecado, sino que lo odia y ama a Dios, todo está bien. Y quien realmente actúa así, aunque a veces peque por ignorancia o debilidad de su voluntad, no cae, porque quiere esforzarse en levantarse de nuevo y mirar a Dios, a quien ama con toda su voluntad. Dios ha hecho cosas para que sean amadas por hombres o mujeres que han sido pecadores; pero él siempre ama y anhela tener nuestro amor, y cuando tenemos un amor fuerte y sabio por Jesús, estamos en paz» (c. 23).

que pudiera saberlo. Pero me dejó la verdadera comprensión de sus propias palabras santas, ordenándome creer con fuerza en ellas. Así lo hice, bendito sea.

Creo que es nuestro salvador quien lo reveló, y que lo que reveló es de fe, y por lo tanto lo amo y me siento unida a ello, feliz siempre, por todo lo que es su intención, y por las siguientes palabras[2]: «Mantente firmemente en ello, consuélate con ello y confía en ello».

Así pues, estoy obligada a mantenerlo en mi fe, aunque el mismo día que me fue revelado, cuando hubo pasado la visión, la negara como una miserable y dijera abiertamente que había sido un delirio. Entonces nuestro Señor Jesús, en su misericordia, no permitió que pereciera, sino que lo reveló todo nuevamente en mi alma, de forma más completa en la luz bienaventurada de su precioso amor, diciendo estas palabras con gran fuerza y mansedumbre[3]: «Sábelo bien ahora, no fue una alucinación lo que viste hoy», como si dijera: «Porque al desvanecerse, la perdiste y no supiste cómo conservarla ni fuiste capaz de hacerlo. Pero sabe reconocerla ahora, es decir, ahora que la ves».

Estas palabras se dijeron no sólo para una ocasión concreta, sino para que fundamentara en ellas mi fe; y continuó diciendo: «Acéptalo, créelo y mantente firmemente en ello, consuélate con ello y confía en ello y no serás vencida».

---

[2] Véase c. 68.

[3] *Ibid.*

Capítulo 71[1]

Con las seis palabras que siguen, cuando dice: «Acéptalo», él quiere decirnos que fijemos fielmente esa revelación en nuestros corazones. Quiere que permanezca con nosotros por la fe hasta el final de nuestras vidas y después, en la plenitud de la alegría; quiere que, conociendo su bondad, confiemos siempre fielmente en sus santas promesas, pues nuestra fe se ve dividida de formas diversas por nuestra ceguera y nuestros enemigos espirituales, internos y externos. Por eso nuestro amante nos ayuda dándonos luz espiritual y verdadera enseñanza, de distintas maneras, desde dentro y desde fuera, a fin de que podamos conocerle. Cualquiera que sea la forma en que nos lo enseñe, quiere que lo percibamos con sabiduría, y le recibamos dulcemente, y nos mantengamos fielmente en él. Pues ningún bien se mantiene en esta vida por encima de la fe, y fuera de la fe no hay salud ninguna para el alma. Es en la fe donde nuestro Señor quiere que nos mantengamos, y a ello nos ayuda con su bondad y su acción. Él permite que nuestra fe sea probada por nuestros enemigos espirituales y, de esta manera, fortalecida. Pues si no existieran enemigos de nuestra fe, ésta no merecería ninguna recompensa, según entendí que quería decir nuestro Señor.

Alegre, dulce y feliz es el bienaventurado y hermoso semblante de nuestro Señor hacia nuestras almas, pues nos ve siempre viviendo en un amor anhelante, y quiere que nuestras almas estén alegremente dispuestas hacia él, en actitud de reconocimiento. Y así espero que, por su gracia, oriente nuestra disposición exterior hacia el interior, uniéndonos a todos con él, y a cada uno de nosotros con los otros, en la verdadera y perdurable alegría que es Jesús.

Recuerdo tres tipos de semblante en nuestro Señor. El primero es el de su Pasión, tal como lo reveló cuando estuvo con nosotros en esta vida, en su agonía; y aunque contemplarlo sea penoso y doloroso, es sin embargo alegre y gozoso, porque él es Dios. El segundo es su expresión de piedad, ternura y compasión, y éste es el semblante que revela a todos sus amantes, con la certeza de la protección que necesariamente va unida a su misericordia. El tercero es ese bienaventurado semblante tal como será eternamente, y éste es el que se me reveló con mayor frecuencia y durante más tiempo. Y así, en el tiempo de nuestro dolor y nuestro infortunio, nos revela el aspecto de su Pasión y su Cruz, ayudándonos a soportarlo por su bendito poder. Y en el tiempo de nuestro pecado nos muestra el semblante de piedad y compasión, protegiéndonos poderosamente y defendiéndonos de todos nuestros enemigos. Estos son los dos aspectos habituales que nos revela en esta vida, mezclando con ellos el tercero, que es su semblante bienaventurado, semejante en alguna medida a como será en el

[1] Este capítulo y el siguiente no están en TB.

cielo. Y así nos los muestra cuando, por la gracia de Dios, somos tocados por las dulces iluminaciones de la vida del Espíritu y guardados en la verdadera fe, esperanza y amor, con contrición y devoción, y también con contemplación y todo tipo de alegrías verdaderas y dulces consuelos. El bienaventurado semblante de nuestro Señor Dios obra esto en nosotros por medio de la gracia.

Capítulo 72

Debo decir ahora cómo vi el pecado mortal en las criaturas que no morirán por el pecado, sino que vivirán eternamente en la alegría de Dios. Vi que dos contrarios no pueden estar juntos en un mismo lugar. Los dos contrarios más opuestos que existen son la dicha suprema y el dolor más profundo. La dicha suprema es poseer a Dios en la claridad de la luz infinita, viéndole realmente, sintiéndole dulcemente, poseyéndole pacíficamente en la plenitud de la alegría; y una parte de este aspecto bienaventurado de nuestro Señor Dios me ha sido revelado. En esta revelación vi que el pecado era la mayor oposición a la dicha suprema, de manera que mientras tengamos algo que ver con cualquier tipo de pecado, nunca veremos claramente el rostro bienaventurado de Dios. Y cuanto más horribles y graves puedan ser nuestros pecados, más honda será entonces nuestra caída y más lejos estaremos de esta bendita visión.

Por eso a menudo nos parece como si estuviéramos en peligro de muerte y en alguna parte del infierno, debido al dolor y la tristeza que nos causa el pecado; así estamos, en verdad, muertos durante ese tiempo a la verdadera visión de nuestra vida bienaventurada. Pero vi con certeza que no estamos muertos a los ojos de Dios, y que él no se separa nunca de nosotros; ahora bien, él nunca tendrá su alegría completa en nosotros hasta que nosotros tengamos toda nuestra alegría en él, contemplando realmente su hermoso y bendito rostro. Pues a ello estamos ordenados por naturaleza, y a ello somos llevados por la gracia.

Así vi cómo el pecado es, durante un breve lapso de tiempo, mortal para las benditas criaturas destinadas a la vida eterna. Pero cuanto mayor es la claridad con que el alma ve el rostro bendito por la gracia del amor, más ardientemente desea verle en plenitud, es decir, según su propia semejanza. Pues aunque nuestro Señor Dios habita ahora en nosotros, y está aquí con nosotros, y nos abraza y nos envuelve en su tierno amor, sin abandonarnos nunca, y está más próximo a nosotros de lo que la lengua pueda decir o el corazón pensar, sin embargo no podremos dejar de gemir y llorar, de buscar y anhelar, hasta que veamos claramente, frente a frente, su bendito rostro; pues en esa preciosa visión no puede subsistir infortunio alguno, ni puede la fortuna estar ausente.

En esto vi un motivo de alegría y un motivo de lamento. Es motivo de alegría que nuestro Señor, nuestro creador, esté tan cerca de nosotros y en nosotros, y nosotros en él, porque él nos guarda fielmente en inmensa bondad. De lamento, porque nuestro ojo espiritual está tan ciego, y estamos tan cargados con el peso de nuestra carne mortal y la obscuridad del pecado, que no podemos ver claramente el rostro bendito de nuestro Señor Dios. Debido a esta oscuridad apenas somos capaces de creer ni de tener

fe en su gran amor y su fidelidad, con la que nos protege. Por eso digo que nunca podemos dejar de lamentarnos y llorar.

Este llanto no sólo significa la efusión de lágrimas que vierten nuestros ojos mortales, sino que tiene un sentido más espiritual. Pues el deseo natural de nuestra alma es tan inmenso, tan inconmensurable, que si toda la nobleza que Dios pudiera crear en el cielo y en la tierra nos fuera otorgada para nuestra alegría y consuelo, con todo, si no viéramos su hermoso y bendito rostro, no cesaríamos nunca de lamentarnos y llorar en el espíritu, debido al dolor que nos causaría nuestro anhelo, hasta que pudiéramos ver el hermoso y bendito rostro de nuestro Creador. Y si sufriéramos todo el dolor que el corazón puede pensar o la lengua decir y en ese momento pudiéramos ver su rostro bendito, todo ese dolor no sería ya para nosotros causa de aflicción.

Así, esa bendita visión es el final de cualquier dolor para las almas amantes, y el cumplimiento de todo tipo de alegría y bendición; eso me lo reveló en las grandes y maravillosas palabras en las que dice[1]: «Yo soy el Altísimo. Yo soy aquel a quien amas. Yo soy aquel que es todo».

Debemos tener un triple conocimiento. El primero es conocer a Dios nuestro Señor. El segundo, conocernos a nosotros mismos, lo que somos en él por naturaleza y por gracia. El tercero es saber humildemente que nuestro yo se opone a nuestro pecado y a nuestra debilidad. Y toda esta revelación fue mostrada, según yo lo comprendí, para proporcionar estos tres conocimientos.

---

[1] Véase c. 26.

Capítulo 73

Toda esta bendita enseñanza de Dios nuestro Señor me fue mostrada de tres maneras, es decir, por visión corporal, por palabras formadas en mi entendimiento y por visión espiritual. En cuanto a la visión corporal, he contado cómo lo vi, de forma tan fiel como soy capaz. Y sobre las palabras, las he repetido tal como nuestro Señor me las reveló. Sobre la visión espiritual he contado una parte, pero no puedo referirla en su totalidad; por tanto, me siento impulsada a decir más sobre esta visión espiritual, en tanto Dios me conceda la gracia.

Dios me mostró que sufrimos dos clases de enfermedad. Una es la impaciencia o la indolencia, porque sobrellevamos con dificultad el esfuerzo y el sufrimiento. La otra es la desesperación o un temor impregnado de duda, como diré más tarde. Me mostró el pecado en general, en el que están comprendidos todos los pecados; pero no me mostró ningún pecado en particular, sino estos dos. Y son estos dos los que más nos abruman y asaltan, por lo que nuestro Señor me mostró, y de los que quiere que nos enmendemos. Hablo de esos hombres y mujeres que por amor a Dios odian el pecado y se disponen a hacer la voluntad de Dios. Por nuestra ceguera espiritual y nuestra pereza corporal estamos más inclinados a ellos; por eso es voluntad de Dios que sean conocidos, para que podamos rechazarlos como hacemos con los otros pecados.

Para ayudarnos, nuestro Señor me mostró con gran dulzura la paciencia que tuvo durante su terrible Pasión, así como la alegría y las delicias que esa Pasión le procura debido al amor. Me lo mostró como un ejemplo de la forma en que debemos soportar alegre y serenamente nuestros sufrimientos, pues eso le complace y es de un provecho infinito para nosotros. La razón de que nos sintamos oprimidos por tales sufrimientos es nuestra ignorancia del amor. Aunque las tres personas de la santísima Trinidad sean semejantes entre sí en su ser único, el alma recibió más entendimiento del amor. Sí, y Dios quiere que tengamos en todas las cosas nuestra contemplación y nuestro deleite en el amor. Es acerca de este conocimiento de lo que estamos más ciegos, pues algunos de nosotros creen que Dios es todopoderoso y puede hacer todo, y que es todo sabiduría y es capaz de hacer todo; pero que es todo amor y quiere hacer todo, ahí se falla. Es esta ignorancia la que más entorpece a los amantes de Dios, según vi; pues cuando empezamos a odiar el pecado y a enmendarnos según las leyes de la santa Iglesia, todavía persiste un miedo que nos entorpece, ya que nos miramos a nosotros mismos y los pecados cometidos en el pasado, y algunos de nosotros los pecados de cada día; no mantenemos nuestra promesa ni la pureza que Dios ha establecido en nosotros, y con frecuencia caemos en tanta miseria que avergüenza decirlo. Percibir esto nos abruma y nos deprime de tal forma que apenas podemos

encontrar ningún consuelo. A veces tomamos ese miedo por humildad, pero es una ceguera y una debilidad reprensibles; no sabemos cómo despreciarlo, como haríamos con cualquier otro pecado que reconocemos; eso se debe a la falta de verdadero juicio[1], y es contrario a la verdad. Pues de todos los atributos de la santísima Trinidad, es voluntad de Dios que tengamos más fe y deleite en el amor.

El amor hace que el poder y la sabiduría sean muy humildes para con nosotros. Así como, en su cortesía, Dios olvida nuestro pecado desde el momento en que nos arrepentimos, así quiere también que nosotros olvidemos nuestro pecado, dejando a un lado nuestro irracional desánimo y nuestros temores llenos de dudas.

[1] TB dice: «viene del enemigo» (c. 24).

Capítulo 74

Pues comprendí que existen cuatro tipos de miedo.

Uno es el miedo a la agresión, que surge en el hombre súbitamente por timidez. Este miedo es bueno, pues purifica al ser humano, como hace la enfermedad corporal y otros dolores que no son pecado; todos esos dolores nos ayudan si son pacientemente aceptados.

El segundo es el miedo al dolor, que agita al hombre y le despierta del sueño del pecado; pues quien duerme profundamente en el pecado no es capaz de recibir la suave energía del Espíritu Santo hasta que ha aceptado este miedo al dolor de la muerte corporal y a los enemigos espirituales[1]. Este miedo nos impulsa a buscar el consuelo y la misericordia de Dios; y así nos ayuda en el comienzo, y nos capacita para la contrición mediante el toque bendito del Espíritu Santo.

El tercero es un miedo lleno de dudas[2]. Dios quiere que este miedo, que induce a la desesperación, se nos transforme en amor por un verdadero conocimiento del amor, es decir, que la amargura de la duda se transforme en la dulzura del amor por medio de la gracia, pues nunca puede agradar a nuestro Señor que sus servidores duden de su bondad.

El cuarto es un temor reverencial; no hay ningún miedo en nosotros que agrade plenamente a Dios, sino el temor reverencial, que es suave. Pues cuanto más se tiene, menos se siente, debido a la dulzura del amor.

Amor y temor son hermanos, están enraizados en nosotros por la bondad de nuestro Creador y nunca saldrán de nosotros. Amar es nuestra naturaleza, y se nos da la gracia de amar. Y es nuestra naturaleza temer, y se nos da la gracia de temer. Es propio del señorío y la paternidad de Dios ser temido, como es propio de su bondad ser amada. Y es propio de nosotros, que somos sus servidores y sus hijos, temerle, por su señorío y su paternidad, como es propio de nosotros amarle por su bondad. Sin embargo, este temor reverencial no es lo mismo que el amor, sino que son diferentes en propiedades y en efectos, y ninguno de ellos puede conseguirse sin el otro.

Por eso estoy segura de que aquel que ama, teme, aunque apenas lo sienta. Cualquier tipo de miedo que podamos sentir distinto a este temor reverencial, aunque aparezca disfrazado de santidad, no es auténtico. Así es como podemos distinguirlos[3]: el miedo que nos hace huir rápidamente de todo lo que no es bueno y caer

---

[1] TB dice: «y al fuego del purgatorio» (c. 24).

[2] El tratamiento de este «miedo lleno de dudas» difiere en TB (cf. nota 1 del c. 73).

[3] Aquí termina la correspondencia con TB; el resto del texto es original de TL. TB finaliza así: «[...] y así es como pueden reconocerse y distinguirse uno del otro. Cuanto mayor es el temor reverencial, más éste

en el pecho de nuestro Señor, como el niño en los brazos de la madre, con toda nuestra voluntad y con toda nuestra mente, sabedores de nuestra debilidad y nuestra gran necesidad, de su bondad eterna y su bendito amor, buscando sólo en él la salvación, confiando en él con fe verdadera, ese miedo que nos lleva en esa dirección es suave y lleno de gracia, y bueno y verdadero. Y todo lo que se opone a esto es total o parcialmente malo.

Éste es el remedio, reconocerlos y rechazar el que es falso; pues el temor que nos es dado en esta vida por la gracia del Espíritu Santo tiene el mismo atributo natural que el que experimentaremos en el cielo ante Dios: es suave, cortés, delicado. Así, en el amor estaremos próximos y cercanos a Dios, y en el temor seremos delicados y corteses con Dios; ambos iguales, de la misma manera.

Así pues, deseemos que nuestro Señor Dios nos conceda la gracia de temerle reverentemente, amarle humildemente y confiar en él con todas nuestras fuerzas. Pues cuando le tememos reverentemente y le amamos mansamente, nuestra confianza nunca es vana. Y cuanto más confiamos y más firme es esa confianza, más complacemos y más honramos a nuestro Señor, en quien confiamos; si ese temor reverencial y ese manso amor nos falta, lo que Dios no quiere, pronto nuestra confianza se verá confundida. Por tanto, debemos pedir a nuestro Señor la gracia y el don de tener ese temor reverencial y ese manso amor en nuestros corazones y en nuestras acciones, pues sin ellos ningún ser humano puede agradar a Dios.

---

suaviza y fortalece y agrada y da descanso; el falso miedo abruma, asalta, perturba. De manera que el remedio es reconocerlos y rechazar el falso miedo, como haríamos con un mal espíritu que quisiera hacerse pasar por un ángel bueno. Pues así con el mal espíritu; aunque pueda venir disfrazado y con el aspecto de un ángel bueno, con su coqueteo y sus operaciones, y por muy bello que pueda parecer, ataca y tienta y perturba a la persona a la que habla; le pone trabas y la deja en gran intranquilidad; y cuanto más se comunica con él, más le oprime y más lejos se encuentra de la paz. Por lo tanto, es voluntad de Dios y provecho para nosotros que los reconozcamos; pues Dios quiere que seamos siempre fuertes en nuestro amor, y pacíficos y tranquilos, como él es hacia nosotros; y quiere que seamos, para con nosotros mismos y para nuestros semejantes en Cristo, lo que él es para con nosotros. Amén. Fin del libro de Juliana de Norwich» (c. 25).

Capítulo 75

Vi que Dios puede satisfacer todas nuestras necesidades; y estas tres necesidades que voy a describir nos obligan a desear ardientemente en el amor[1]. Piedad y amor nos protegen en el tiempo de nuestra necesidad; y el deseo ardiente de ese mismo amor nos atrae hasta el cielo, pues Dios tiene sed de tener a toda la humanidad en él, y en esa sed ha atraído a sí a las almas santas que están ahora en su beatitud. Y así, reuniendo a sus miembros vivos, continuamente los atrae y los bebe, y sin embargo tiene sed y desea ardientemente.

Vi tres clases de deseo en Dios, y todos para el mismo fin. Lo mismo sucede en nosotros, por el mismo poder y para el mismo fin.

El primero: Dios desea ardientemente enseñarnos a conocerle y amarle cada vez más, tal como es conveniente y provechoso para nosotros.

El segundo: Desea ardientemente llevarnos a su felicidad, como las almas cuando son liberadas del dolor en el cielo.

El tercero: Quiere llenarnos con su dicha, lo que se cumplirá en el último día y durará para siempre.

Pues yo vi, lo que es sabido por nuestra fe, que tristeza y sufrimiento acabarán para aquellos que serán salvados. Y no sólo recibiremos la misma dicha que tienen las almas que ya están en el cielo, sino también una nueva, que será abundantemente derramada desde Dios en nosotros y nos llenará por completo.

Ésas son las cosas buenas que desde toda la eternidad dispuso concedernos. Estas cosas buenas son un tesoro encerrado y escondido en él, pues hasta el tiempo fijado ninguna criatura es capaz ni digna de recibirlas. Entonces veremos realmente la causa de todas las obras que Dios ha hecho; y, además, la causa de todas las cosas que ha permitido. Y la felicidad y la plenitud serán tan profundas y tan elevadas que todas las criaturas, maravilladas y asombradas, tendrán por Dios tal temor reverencial que superará lo que ha sido visto y sentido anteriormente, hasta el punto de que los pilares del cielo temblarán y se estremecerán.

Pero esta clase de temor y temblor no causará ningún tipo de sufrimiento, pues es propio de la honorable majestad de Dios ser así contemplada por sus criaturas, temblando y estremecidas de temor, debido a su alegría mucho mayor, alegría que se

[1] Las frases primeras de este capítulo aparecen muy corrompidas. Traduzco según el texto del manuscrito de París establecido por Colledge y Walsh; otra traducción posible, más coherente pero quizás menos fiable, sería: «Y estas tres necesidades son: amor, un deseo ardiente y piedad».

maravilla infinitamente ante la grandeza de Dios, el Creador, y ante la parte más pequeña de todo lo creado.

Esta contemplación hace a la criatura maravillosamente dulce y humilde; y por lo tanto Dios quiere, y es propio de nosotros, por naturaleza y por gracia, que deseemos tener conocimiento de ello mediante la visión y la acción. Pues eso nos conduce por el camino recto, nos mantiene en la verdadera vida y nos une a Dios.

Dios es tan grande como bueno; y así como es propio de su divinidad ser amada, es propio de su grandeza eminente ser temida. Este temor reverencial es la cortesía más bella que existe en el cielo ante el rostro de Dios. Y así como él será conocido y amado mucho más de lo que ahora lo es, así igualmente será temido mucho más de lo que ahora lo es. Por tanto, sucederá inevitablemente que el cielo y la tierra temblarán y se estremecerán cuando los pilares tiemblen y se estremezcan.

Capítulo 76

No me extenderé mucho más sobre este temor reverencial, pues espero que pueda bastar con lo dicho anteriormente. Pero nuestro Señor no me reveló ningún alma, sino aquellas que le temen; pues sé bien que el alma que realmente acepta la enseñanza del Espíritu Santo odia más el pecado, por su vileza y horror, que todos los sufrimientos del infierno. El alma que contempla la bondad de Jesús no odia otro infierno que el pecado, según yo lo vi. Y por tanto, es voluntad de Dios que reconozcamos el pecado, que recemos asiduamente, trabajemos con gusto y busquemos humildemente la enseñanza, de manera que no caigamos ciegamente y, si caemos, podamos levantarnos con presteza. Pues el mayor dolor que el alma puede tener es separarse de Dios, aunque sea un momento, por el pecado.

El alma que quiere permanecer en reposo debería huir como de los dolores del infierno y buscar la ayuda de Dios cuando los pecados de otros hombres le vienen a la mente. Pues la contemplación de los pecados de los otros forma como un espeso velo ante del ojo del alma que impide ver la belleza de Dios; a menos que podamos considerarlos con contrición y compasión por el pecador, y con santos deseos de Dios hacia él. Pues, de lo contrario, esa visión de los pecados hostiga, perturba y pone trabas al alma que los contempla; esto lo comprendí en la revelación de la compasión de Dios[1].

En esta bienaventurada revelación de nuestro Señor tuve la comprensión de dos contrarios. Uno es el acto más sabio que criatura alguna puede realizar en esta vida. El otro es el más insensato.

El acto más sabio para una criatura es actuar según la voluntad y los consejos de su mejor y mayor amigo. Este bendito amigo es Jesús, y es su voluntad y su consejo que permanezcamos con él y nos unamos estrechamente a él, sea cual sea el estado en que podamos encontrarnos. Pues sucios o limpios, somos siempre igual en su amor; en la felicidad o en el infortunio, él quiere que nunca nos apartemos de él. Pero debido a nuestra inconstancia, a menudo caemos en el pecado. Entonces, por instigación de nuestro enemigo y por nuestra propia locura y ceguera, nos apartamos de Dios. Pues nos dicen: «Sabes perfectamente que eres miserable, pecadora e infiel, porque no mantienes tu pacto. A menudo prometes a nuestro Señor que lo harás mejor, y luego vuelves a caer en la misma situación, sobre todo en la indolencia y la pérdida de tiempo»; y ése, según vi, es el comienzo del pecado, especialmente para las criaturas que se han entregado al servicio de nuestro Señor por la contemplación interior de su santa bondad. Y eso hace que temamos aparecer ante nuestro cortés Señor.

[1] Véase c. 28.

De esta manera, nuestro enemigo quiere batirnos en retirada, con sus falsas insinuaciones de temor sobre nuestra miseria o el dolor con que nos amenaza. Pues es su propósito deprimirnos y entristecernos, para que olvidemos la bienaventurada contemplación de nuestro amigo eterno.

Capítulo 77

Nuestro buen Señor me mostró la enemistad del demonio, y así comprendí que todo lo que se opone al amor y a la paz procede del demonio y de su lado. Estamos expuestos, por nuestra debilidad y nuestra locura, a la caída. Pero por la misericordia y la gracia del Espíritu Santo podemos elevarnos a la mayor alegría. Y si bien nuestro enemigo gana algo con nuestra caída, en la que se deleita, es mucho más lo que pierde cuando nos levantamos por la caridad y la humildad. Y este levantamiento glorioso es para él causa de tan gran tristeza y dolor, debido al odio que siente por nuestras almas, que arde constantemente en la envidia. Y toda esa tristeza que quería causarnos se vuelve contra él, por eso nuestro Señor le despreció y reveló que será despreciado; y eso me hizo romper a reír[1].

Así pues, éste es el remedio, que reconozcamos nuestra miseria y nos refugiemos en el Señor; pues, siempre, cuanto más bajo caemos más provechoso es para nosotros acercarnos a él. Digamos en consecuencia: «Sé bien que he merecido el dolor; pero nuestro Señor es todopoderoso y puede castigarme; es todo sabiduría y puede castigarme sabiamente; y es todo bondad y me ama tiernamente». Es provechoso para nosotros permanecer en esta contemplación, pues el alma pecadora se hace entonces más humilde gracias a la misericordia y la gracia del Espíritu Santo, y aceptamos voluntariamente y con alegría la flagelación y el castigo que nuestro Señor nos reserve. Será dulce y fácil, si solamente queremos encontrar nuestro contento en él y en todas sus obras.

En cuanto a la penitencia que uno se impone a sí mismo, no me fue revelada; es decir, no me fue revelada de manera específica. Pero lo que me fue revelado, especial y eminentemente y de la manera más amorosa, es que debemos soportar y sufrir mansa y pacientemente la penitencia que Dios mismo nos impone, con la rememoración de su bendita Pasión. Pues cuando recordamos su bendita Pasión, con piedad y amor, sufrimos con él como hicieron sus amigos que allí estuvieron y lo vieron. Esto me fue revelado en la decimotercera revelación, casi al principio, donde se habla de la piedad[2].

Él nos dice: «No te acuses de ser culpable de tu tribulación y tu infortunio; no quiero que estés inmoderadamente deprimida o apenada. Pues te digo que, sea lo que sea lo que hagas, tendrás infortunio. Y por tanto quiero que entiendas sabiamente la penitencia continua en la que estás, y que la aceptes mansamente. Entonces verás realmente que toda tu vida es penitencia provechosa».

---

[1] Véase c. 13.
[2] Véase c. 28.

Este mundo es una prisión, esta vida es penitencia, y él quiere que aceptemos el remedio con alegría.

El remedio es que nuestro Señor está con nosotros, protegiéndonos y conduciéndonos a la alegría en plenitud; pues es una alegría infinita, porque así lo quiere nuestro Señor, que aquel que será nuestra dicha cuando estemos allí sea nuestro protector mientras estamos aquí, nuestro camino y nuestro cielo en el verdadero amor y la confianza fiel. Me dio la comprensión de esto en todas las revelaciones, y especialmente en la revelación de su Pasión, donde me hizo elegirle con todas mis fuerzas como mi cielo[3].

Refugiémonos en nuestro Señor, y seremos consolados. Toquémosle, y quedaremos limpios. Unámonos a él, y estaremos sanos y salvos de toda clase de peligros. Pues nuestro cortés Señor quiere que estemos tan cerca de él como el corazón puede pensar o el alma desear; pero, cuidado, no tomemos esa intimidad de manera temeraria faltando a la necesaria cortesía. Nuestro Señor es familiaridad suprema, y es tan cortés como familiar, pues él es la verdadera cortesía. Y quiere que las benditas criaturas que estarán con él en el cielo para siempre se le asemejen en todas las cosas; asemejarse perfectamente a nuestro Señor es nuestra verdadera salvación y nuestra dicha mayor. Y si no sabemos cómo hacerlo, deseemos que nuestro Señor nos lo enseñe y él lo hará, pues ésa es su delicia y su gloria, ¡bendito sea!

[3] Véase c. 19.

Capítulo 78

Nuestro Señor, en su misericordia, nos revela nuestro pecado y nuestra debilidad por la dulce y misericordiosa luz de su propio ser; pues nuestro pecado es tan repugnante y tan horrible que él, en su cortesía, no quiere revelárnoslo salvo a la luz de su misericordia.

Quiere que tengamos conocimiento de cuatro cosas. La primera es que él es el fundamento del que proceden nuestra vida y nuestro sen La segunda, que nos protege poderosa y misericordiosamente durante el tiempo que estamos en nuestro pecado, en medio de nuestros enemigos, que tan feroces son contra nosotros; y estamos en un peligro tanto mayor cuanto que les damos ocasión para ello y no conocemos nuestras verdaderas necesidades. La tercera es la forma en que él, en su cortesía, nos protege y nos advierte cuando no extraviamos. La cuarta es cuán firmemente nos espera, sin cambiar de actitud, pues quiere que nos convirtamos y estemos tan unidos a él en el amor como lo está él a nosotros.

Y así, por el conocimiento y la gracia, podemos ver nuestro pecado provechosamente, sin desesperar. Pues realmente necesitamos verlo, y ante su visión deberíamos avergonzarnos de nosotros mismos y abandonar nuestro orgullo y nuestra presunción. Es menester que veamos que en nosotros mismos no somos nada en absoluto, sino pecado y desdicha. Y así, por la visión atenuada que nos revela nuestro Señor, el mal mucho mayor, que no vemos, se disipa. Él, en su cortesía, matiza la visión para nosotros, pues es tan asquerosa y horrible que no soportaríamos verla tal cual es.

Así, por este modesto conocimiento, mediante la contrición y la gracia, romperemos con todo lo que no sea nuestro Señor. Entonces nuestro bendito salvador nos curará perfectamente y nos unirá a él. Esta ruptura y esta curación las quiere nuestro Señor para toda la humanidad, pues el que está más elevado y más próximo a Dios puede verse a sí mismo pecador y necesitado, junto conmigo. Y yo, que soy la más pequeña y la más vil de aquellos que serán salvados, puedo ser consolada junto a él, el más elevado. Así, nuestro Señor nos ha unido en la caridad.

Cuando me reveló que yo pecaría, en la alegría que tuve al contemplarle no atendí con presteza a esa revelación, y por eso nuestro cortés Señor se detuvo allí y no quiso enseñarme nada más hasta que me hubiera dado la gracia y la voluntad de prestar atención. Por ello aprendí que aunque podamos ser elevados a la contemplación por un don especial de nuestro Señor, sin embargo debemos tener, al mismo tiempo, conocimiento y visión de nuestro pecado y nuestra debilidad; sin este conocimiento no podemos tener verdadera humildad, y sin humildad no podemos ser salvados. Vi también que no podemos tener este conocimiento por nosotros mismos ni por nuestros

enemigos espirituales, pues ellos no quieren tanto bien para nosotros. Si por ellos fuera, no lo veríamos hasta nuestro último día. Por tanto, debemos estar muy reconocidos a Dios, que por amor está dispuesto a mostrárnoslo en el tiempo de la misericordia y de la gracia.

Capítulo 79

Tuve también un entendimiento mayor de aquella revelación en la que se dijo que yo pecaría. Al principio la apliqué solamente a mí misma, porque en aquel tiempo no sabía verlo de otro modo, pero gracias al misericordioso consuelo de nuestro Señor que siguió después, vi que él se refería al hombre en general, es decir, a cada ser humano, que es pecador y lo será hasta el último día. De ese hombre yo soy un miembro, así lo creo, por la misericordia de Dios, pues el bendito consuelo que vi es suficientemente generoso para todos nosotros. Y así aprendí que debía ver mi propio pecado y no el de los otros, a menos que eso redundara en consuelo y ayuda para mis semejantes en Cristo.

Y también en la misma revelación, en la que vi que pecaría, se me enseñó a ser prudente debido a mi propia incertidumbre, pues no sé cómo puedo caer, ni conocer la medida o gravedad de mi pecado. En mi pusilanimidad, quería conocerlo, pero no obtuve respuesta.

También en aquel tiempo nuestro cortés Señor reveló, más dulce y poderosamente, la infinitud e inmutabilidad de su amor, y también su gran bondad y la graciosa protección de nuestro espíritu, de manera que el amor entre él y nuestras almas no se romperá en toda la eternidad. Y así, en el temor tengo materia para la humildad que me salva de la presunción, y en la bendita revelación de amor tengo materia para el verdadero consuelo y para la alegría, que me salvan de la desesperación.

Toda esta revelación íntima de nuestro cortés Señor es una lección de amor y una dulce y graciosa enseñanza para consuelo de nuestra alma. Pues quiere que sepamos por la dulzura de su amor íntimo que todo lo que vemos o sentimos, dentro o fuera, contrario a esta enseñanza viene del enemigo y no de Dios; y esto de esta manera. Si nos sentimos movidos a ser más descuidados en nuestra forma de vida o en la custodia de nuestro corazón por el conocimiento de esta abundancia de amor, entonces es muy importante que prestemos atención a ese impulso. Si aparece, es falso, y debemos odiarlo, pues no se parece en absoluto a lo que Dios quiere. Y cuando, por debilidad o ceguera, caemos, nuestro cortés Señor, tocándonos, nos mueve y nos protege. Quiere entonces que veamos nuestra miseria y la reconozcamos humildemente; pero no que nos quedemos en ella, o nos ocupemos con exceso en la autoacusación, ni que nos obsesionemos con nuestra miseria. Quiere que prestamente nos volvamos hacia él, pues está allí, completamente solo, esperándonos continuamente, gimiendo y afligido

hasta que de nuevo volvamos a él. Y se apresura para llevarnos a él, pues somos su alegría y su deleite, y él es el remedio de nuestra vida[1].

Cuando digo que él está completamente solo no tengo en cuenta a la santa compañía del cielo, y hablo de su oficio y de su obra aquí, en la tierra, según las circunstancias de la revelación.

[1] SS: «nuestro remedio y nuestra vida»

Capítulo 80

En esta vida el ser humano se apoya en tres cosas, y por las tres Dios es honrado y nosotros favorecidos, protegidos y salvados. La primera es el uso de la razón natural. La segunda, la enseñanza común de la santa Iglesia. La tercera, la operación interior de la gracia del Espíritu Santo. Las tres proceden del único Dios. Dios es el fundamento de nuestra razón natural, Dios es la enseñanza de la santa Iglesia, y Dios es el Espíritu Santo. Son tres dones diferentes, y él quiere que tengamos gran estima por ellos y que estemos en armonía con ellos. Pues obran continuamente en nosotros, todos juntos, y son grandes cosas. De esta grandeza quiere que tengamos conocimiento en esta tierra, como si fuera un abecedario. Es decir, quiere que podamos tener un pequeño conocimiento de aquello que tendremos en plenitud en el cielo; y esto para beneficio nuestro.

Sabemos en nuestra fe que sólo Dios tomó nuestra naturaleza, y ningún otro sino él, y, además, que sólo Cristo realizó todas las grandes obras referentes a nuestra salvación, y ningún otro sino él. Así, sólo él actúa ahora para nuestro fin último, es decir, él habita ahora en nosotros, y nos gobierna, y cuida de nosotros en esta vida, y nos lleva a su felicidad. Y así lo hará mientras haya un alma en la tierra que esté destinada al cielo; y aunque no quedara en la tierra más que una sola alma, él estaría con ella, solo, hasta que la hubiera llevado al cielo, a su beatitud.

Creo en el ministerio de los santos ángeles, y lo comprendo según lo exponen los doctores, pero no me fue revelado. Pues Dios mismo es el más cercano y humilde, el más alto y el más bajo, y él hace todo, no sólo todo lo que necesitamos, sino también todo lo que es honorable para nuestra alegría en el cielo. Y cuando digo que nos espera, gimiendo y afligido, estoy hablando de todos los sentimientos verdaderos que tenemos en nosotros, en contrición y compasión, y de todos nuestros gemidos y aflicciones, debido a que no estamos unidos a nuestro Señor. Y en cuanto nos beneficia, es Cristo en nosotros; y aunque algunos sólo lo sintamos raras veces, nunca Cristo deja de actuar en nosotros, y así lo hará hasta el momento en que nos haya sacado de todo nuestro infortunio.

Pues el amor no le permite estar sin compasión. Y cuando caemos en el pecado, y nos olvidamos de él y de la salvación de nuestra alma, entonces Cristo lleva solo nuestra carga. Y por eso gime y se aflige. Nos toca entonces a nosotros volvernos rápidamente hacia nuestro Señor, amables y reverentes, y no dejarle solo. Él está solo con todos nosotros; es decir, está aquí solamente por nosotros. Y cuando me distancio de él por el pecado, la desesperación o la pereza, dejo solo a mi Señor, puesto que él está en mí. Y ésta es la situación de todos aquellos que somos pecadores. Pero incluso

aunque actuemos así con frecuencia, su bondad nunca permite que estemos solos: él está constantemente con nosotros, nos excusa con ternura y nos protege de toda culpa a sus ojos.

Capítulo 81

Nuestro buen Señor se reveló a su criatura de diversas maneras, en el cielo y sobre la tierra; pero no le vi residir en ningún lugar, salvo en el alma humana. Se reveló en la tierra en la dulce Encarnación y en su bendita Pasión. Y se mostró también de otras maneras en la tierra, como ya dije cuando conté que vi a Dios en un punto[1]. Y aún se mostró de otra manera en la tierra, como si estuviera de peregrinación, lo que quiere decir que él está aquí con nosotros, conduciéndonos, y estará hasta que nos lleve a todos a su dicha en el cielo.

Se reveló varias veces como rey, como dije anteriormente[2], pero principalmente en el alma humana: ahí tiene su lugar de reposo y su ciudad honorable. De este trono honorable nunca se levantará ni se alejará[3].

Maravilloso y espléndido es el lugar donde habita el Señor. Por eso quiere que atendamos prontamente el toque de su gracia, alegrándonos más de su amor inquebrantable que lamentándonos por nuestras frecuentes caídas.

El homenaje mayor que podemos rendirle es vivir nuestra penitencia alegre y felizmente por amor a él. Dios nos mira con tanta ternura que ve toda nuestra vida en este mundo como una penitencia; pues nuestro anhelo natural y substancial por él es una penitencia duradera, y él en su misericordia nos ayuda a llevarla. Su amor le hace desear ardientemente estar con nosotros, y su sabiduría, su verdad y su justicia le hacen sufrir con nosotros aquí; y quiere que nosotros lo veamos así. Pues ésta es nuestra penitencia de amor, y la mayor de las penitencias, según vi, pues nunca nos abandonará hasta el tiempo en que seamos saciados, cuando le tengamos como recompensa.

En consecuencia, quiere que pongamos nuestros corazones por encima de lo pasajero, es decir, que pasemos del dolor que sentimos a la dicha en que confiamos.

---

[1] Véase c. 11.
[2] Véanse cc. 14 y 51.
[3] Véase c. 68.

Capítulo 82

Nuestro cortés Señor me reveló el significado de los gemidos y aflicciones de nuestra alma con estas palabras: «Sé bien que quieres vivir para mi amor, sufriendo alegre y gozosamente toda la penitencia que pueda llegarte, pero puesto que no vives sin pecado, estás triste y deprimida; si pudieras vivir sin pecar, sufrirías por mi amor todo el infortunio que pudiera llegarte, es verdad. Pero no te apenes tanto por el pecado que te viene contra tu voluntad[1]».

Y aquí comprendí que el señor miraba a su servidor con piedad y no con reproche; pues esta vida pasajera no requiere de nosotros que vivamos totalmente libres del pecado. Él nos ama infinitamente, nosotros pecamos habitualmente, y él nos lo revela de la manera más gentil. Entonces nos entristecemos y nos lamentamos discretamente, volviendo a contemplar su misericordia, apegándonos a su amor y a su bondad, viendo que él es nuestra medicina, sabiendo que nosotros no hacemos sino pecar.

Así, por la humildad que alcanzamos al ver nuestro pecado, reconociendo fielmente su amor eterno, dándole gracias y alabándole, le agradamos. «Yo te amo y tú me amas, y nuestro amor jamás se romperá; es por tu bien por lo que sufro». Todo esto me fue revelado en inteligencia espiritual cuando dijo estas benditas palabras: «Yo te protejo con toda seguridad»[2].

Y por el gran deseo que vi en nuestro Señor de que vivamos así, es decir, en un deseo ardiente y en la alegría, como muestra toda esta lección de amor, comprendí que todo lo que se opone a esto no viene de él, sino del enemigo. Él quiere que lo sepamos por la dulce luz de la gracia de su amor natural y substancial.

Si existe alguien en la tierra que esté continuamente protegido de caer, no lo sé, pues no me fue revelado. Pero esto me fue revelado: que al caer y al levantarnos estamos siempre preciosamente protegidos en un único amor. Pues a los ojos de Dios, no caemos. Y a nuestros ojos, no nos mantenemos en pie. Y las dos cosas son verdad, tal como yo lo veo, pero la contemplación de nuestro Señor Dios es la verdad más alta. Por eso debemos estarle agradecidos, porque quiso revelarnos en esta vida esa elevada verdad; y comprendí que mientras estemos en esta tierra es más beneficioso para nosotros ver estas dos perspectivas juntas. Pues la contemplación más alta nos mantiene en la alegría espiritual y el verdadero deleite en Dios; la otra, que es la contemplación inferior, nos mantiene en el temor y nos hace avergonzarnos de lo que somos.

---

[1] Véase c. 37.
[2] Véase c. 37.

Pero nuestro buen Señor quiere siempre que permanezcamos mucho más en la contemplación más alta, aunque sin abandonar el conocimiento de la inferior, hasta el momento en que seamos elevados al cielo, donde tendremos a nuestro Señor Jesús por recompensa y seremos colmados de alegría y felicidad sin fin.

Capítulo 83

Acerca de ello tuve el toque, la visión y el sentir de tres atributos de Dios, en los que radican la fuerza y el efecto de toda la revelación. Lo vi en cada una de ellas, y más exactamente en la duodécima, donde se dice repetidamente: «Yo soy [...]»[1]. Los atributos son éstos: vida, amor y luz. En la vida hay una cercanía y sencillez maravillosas; en el amor, una gentil cortesía; y en la luz, una naturaleza infinita.

Estos tres atributos fueron vistos en una única bondad, bondad a la que mi razón quería estar unida y adherida con todas sus fuerzas. Yo contemplaba con temor reverente, profundamente maravillada al ver y sentir con dulce armonía que nuestra razón está en Dios, comprendiendo que éste es el don más alto que hemos recibido y que su fundamento está en nuestra naturaleza.

Nuestra fe es una luz, procedente en su naturaleza de nuestro día infinito, que es nuestro Padre, Dios; en su luz nuestra Madre, Cristo, y nuestro buen Señor el Espíritu Santo nos conducen en esta vida pasajera. Esta luz es medida con discreción y está presente a nosotros en nuestra necesidad en medio de la noche. La luz es la causa de nuestra vida; la noche es causa de nuestro dolor y de todo nuestro infortunio, infortunio por el que recibimos recompensa y agradecimiento infinitos por parte de Dios. Por su misericordia y su gracia conocemos gozosamente esta luz y en ella creemos, caminando así con fuerza y sabiduría. Y al término de nuestro infortunio, súbitamente nuestros ojos se abrirán, y en la claridad de nuestra visión nuestra luz será plena, luz que es Dios, nuestro Padre y nuestro Creador, y el Espíritu Santo, en Jesucristo nuestro salvador.

Así vi y comprendí que la fe es luz en nuestra noche; luz que es Dios, nuestro día sin fin.

---

[1] Véase c. 26.

Capítulo 84

Esta luz es caridad, y Dios, en su sabiduría, la mide para nosotros en nuestro beneficio. Pues la luz no es tan abundante como para que podamos ver con claridad nuestro día bienaventurado, pero no está lejos ni oculta a nosotros. En esa luz podemos vivir de manera meritoria, consiguiendo con nuestro esfuerzo el honroso agradecimiento de Dios. Y esto lo vi en la revelación sexta, donde dice[1]: «Te agradezco tu servicio y tu esfuerzo en el tiempo de tu juventud». Así, la caridad nos mantiene en la fe y en la esperanza. Y fe y esperanza nos conducen en caridad, y al final todo será caridad.

Comprendí de tres maneras esta luz de la caridad. La primera es la caridad increada. La segunda es la caridad creada. La tercera es la caridad dada. La caridad increada es Dios. La caridad creada es nuestra alma en Dios. La caridad dada es virtud, y ése es un don de la gracia actuante por el que amamos a Dios por sí mismo, y a nosotros mismos en Dios, y todo lo que Dios ama por amor a Dios.

[1] Véase c. 14.

Capítulo 85

Me maravillé enormemente en esta visión, pues a pesar de nuestra vida insensata y de nuestra ceguera en esta tierra, nuestro cortés Señor nos mira siempre, regocijándose en su obra. Y podemos causarle la mayor alegría creyendo sabia y realmente en ello, y regocijándonos con él y en él. Pues así como realmente estaremos para siempre en la dicha de Dios, alabándole y dándole gracias, del mismo modo, en la previsión de Dios, hemos sido amados y conocidos por él en sus designios desde antes del principio. En este amor sin principio él nos creó, y en el mismo amor nos protege y no permite que seamos heridos, para que nuestra dicha no sea menguada. Por lo tanto, en el tiempo del juicio, cuando todos seamos llevados al cielo, veremos claramente en Dios los misterios que ahora nos están ocultos. Entonces ninguno de nosotros se sentirá impulsado a decir: «Señor, si esto hubiera sido de otra manera, habría sido mejor». Sino que todos diremos con una sola voz: «Señor, ¡bendito seas! Pues así es, todo está bien. Ahora vemos realmente que todo se ha hecho como estaba ordenado por ti antes de que nada fuera hecho».

Capítulo 86

Este libro ha sido comenzado por el don de Dios y por su gracia, pero todavía no está concluido, según veo. Con caridad, unámonos todos a la obra de Dios en la oración, dando gracias, confiando, alegrándonos, pues así quiere nuestro buen Señor que le imploremos, según el entendimiento que tuve de su intención y de las dulces palabras con las que dice gozosamente: «Yo soy el fundamento de tu súplica»[1]. Pues realmente vi y comprendí en la intención de nuestro Señor que lo revelaba porque quiere que sea mejor conocido de lo que lo es. En ese conocimiento quiere darnos la gracia de amarle y unirnos a él, pues contempla el celestial tesoro que tiene en la tierra con tan gran amor que quiere darnos más luz y consuelo en la alegría celestial, arrancando nuestros corazones de la tristeza y oscuridad en la que nos encontramos.

Desde el momento en que esto me fue revelado, deseé muchas veces saber lo que nuestro Señor quería decir. Y más de quince años después me fue respondido en mi entendimiento: «¿Y bien, deseas saber lo que nuestro Señor ha querido decir con esto? Sábelo bien, amor era su significado. ¿Quién te lo revela? Amor. ¿Qué te reveló? Amor. ¿Por qué te lo reveló? Por amor. Permanece en ello, y conocerás más y más el amor. Pero nunca lo conocerás diferente, jamás»[2].

Así me fue enseñado que el amor es el propósito último de nuestro Señor. Y vi con plena certeza, en esto y en todo, que Dios, antes de crearnos, ya nos amaba. Su amor nunca disminuyó y nunca disminuirá. En este amor ha hecho todas sus obras, en este amor ha hecho todas las cosas provechosas para nosotros, y en este amor nuestra vida es eterna. En nuestra creación tuvimos un principio, pero el amor en el que nos creó estaba en él desde toda la eternidad. En este amor está nuestro principio. Y veremos todo esto en Dios ya para siempre. Demos gracias a Dios.

Aquí termina el libro de las revelaciones
de Juliana, la anacoreta de Norwich. Que Dios

---

[1] Véase c. 41.

[2] Véase la semejanza con este diálogo de Raimundo Lulio: «Preguntaron al amigo de quién era. Respondió: —De amor. —¿De qué eres? —De amor. —¿Quién te engendró? —Amor. —¿Dónde naciste? —En amor. —¿Quién te ha alimentado? —Amor. —¿De qué vives? —De amor. —¿Cómo te llamas? —Amor. —¿De dónde vienes? —De amor. —¿Adonde vas? —A amor. —¿Dónde moras? —En amor. —¿Tienes algo más que amor? —Sí, culpas e injusticias contra mi amado. —¿Tiene tu amado indulgencia? Dijo el amigo que en su amado estaban misericordia y justicia, y por eso su aposento era entre temor y esperanza» (*Libro del Amigo y el Amado*, 97).

tenga misericordia de su alma.[3]

Sloane 2499

Que Jesús nos lo conceda. Amén. Así finaliza la revelación de amor de la santísima Trinidad, enseñada por nuestro salvador Jesucristo para nuestro consuelo y alivio eterno, y para que podamos regocijarnos en él en el viaje transitorio de esta vida. Amén. Jesús. Amén. Pido a Dios todopoderoso que este libro caiga solamente en las manos de aquellos que quieren ser fieles amadores, de aquellos que quieren someterse a la fe de la santa Iglesia y obedecer el sano entendimiento y la enseñanza de los hombres de vida virtuosa, edad asentada y enseñanza profunda. Pues esta revelación es alta teología y alta sabiduría, y por tanto no puede permanecer con quien es esclavo del pecado y del diablo. Y cuídate tú de no aceptar una cosa porque es de tu gusto y preferencia, y rechazar otra, pues ésa es la actitud de los herejes. Acéptalo en su conjunto, y compréndelo realmente; todo ello está de acuerdo con la santa Escritura, y tiene su fundamento en ella, y Jesús, nuestro verdadero amor, luz y verdad, mostrará esto a todas las almas puras que de forma humilde y perseverante le pidan esta sabiduría. Y tú, que tienes este libro en las manos, da gracias de todo corazón a Jesucristo, nuestro salvador, que hizo estas visiones y revelaciones para ti y a ti por su infinito amor, misericordia y bondad, como guía y conducción segura para ti y para todos nosotros hasta la felicidad eterna. Que Jesús nos la conceda. Amén.

Sloane 3705

Aquí terminan las sublimes y maravillosas revelaciones del indecible amor de Dios, concedidas en Jesucristo a una muy querida amante suya; y, en ella, a todos sus queridos amigos y amadores, cuyos corazones, como el de esta mujer, hace arder en el amor de nuestro muy querido Jesús.

[3] Aquí finaliza el manuscrito de París. Los dos manuscritos de Sloane —2499 y 3705— añaden un colofón, sin duda obra de algún copista fervoroso admirador de Juliana; este añadido es tardío, probablemente del siglo XVII.

Testimonio de Margarita Kempe (m. 1440) sobre su visita a Juliana de Norwich

Entonces nuestro Señor le pidió que se dirigiera a una reclusa, en la misma ciudad [Norwich], llamada Dama Julian, y así lo hizo. Y ella le mostró la gracia que Dios había puesto en su alma, a saber, compunción, contrición, dulzura y devoción, compasión, santa meditación y elevada contemplación, y muchos santos discursos y conversaciones que nuestro Señor habló a su alma, y muchas revelaciones maravillosas que ella mostró a la reclusa para asegurarse de que no había ningún engaño en ellas, porque la reclusa era una experta en esas cosas y podía dar buenos consejos.

La reclusa, al oír la maravillosa bondad de nuestro Señor, dio gracias a Dios de todo corazón por su obra, aconsejando a esta criatura que fuera obediente a la voluntad de nuestro Señor Dios e hiciera fructificar plenamente, con todas sus fuerzas, todo lo que pusiera en su alma, siempre que no fuera contra la gloria de Dios y el beneficio de sus compañeros cristianos, pues si no fuera así, entonces no se trataría de mociones del buen espíritu, sino de un espíritu del mal.

El Espíritu Santo nunca mueve a nadie contra el amor, pues si lo hiciera, sería contrario a su propio ser, pues él es todo Amor. Además, mueve al alma a la castidad total, pues la persona casta es llamada Templo del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo hace al alma estable y firme en la verdadera fe y en la verdadera creencia.

El hombre, que es doble en su alma, es siempre inestable y voluble en todos sus caminos. Quien duda siempre es semejante a las olas del mar, que van y vienen con el viento; no es fácil que ese hombre reciba los dones de Dios.

Cualquier criatura que tenga tales signos, puede creer firmemente que el Espíritu Santo habita en su alma. Y mucho más cuando Dios visita a la criatura con lágrimas de contrición, devoción y compasión; entonces puede —y debe— creer que el Espíritu Santo habita en su alma. San Pablo dice que el Espíritu Santo intercede por nosotros con lágrimas y gemidos inefables, es decir, que nos hace pedir y rezar con gemidos y llanto tan abundante que las lágrimas no se pueden contar. Ningún espíritu del mal puede ofrecer esos signos, pues san Jerónimo dice que las lágrimas atormentan al demonio más que las penas del infierno. Dios y el diablo son siempre contrarios, y nunca vivirán juntos en un mismo lugar. ¡Y el diablo no tiene ningún poder sobre el alma del hombre!

La Sagrada Escritura dice que el alma del justo es el trono de Dios. Y yo creo, hermana querida, que tú lo eres. Pido a Dios que te conceda perseverancia. Pon toda tu confianza en Dios y no temas las murmuraciones de la gente, pues cuanto más

desprecio, vergüenza y reprobación tengas en el mundo, mayor será tu mérito a los ojos de Dios. Has de tener paciencia, pues ésta te permitirá guardar tu alma.

Unidas en el amor de nuestro Señor Jesucristo, la reclusa y esta criatura tuvieron conversaciones muy edificantes durante los muchos días que pasaron juntas.

(The Book of Margery Kempe, c. 18)

Datos editoriales:

Libro de visiones y revelaciones

de Juliana de Norwich

Edición y traducción de María Tabuyo

Editorial Trotta

La presente obra ha sido editada con la ayuda del Instituto de la Mujer (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales)

Colección Estructuras y Procesos - Serie Religión

ISBN: 84-8164-559-1 Depósito Legal: M-40380-2002

Impresión Marfa Impresión, S.L.